

A vuelta de rueda
tras la muerte

Ricardo Viguera obtuvo el premio único de cuento en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2013. El jurado estuvo integrado por Ana Clavel, Agustín Monsreal y René Avilés Fabila.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

RICARDO VIGUERAS

A vuelta de rueda
tras la muerte



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Erasto Martínez Rojas,
Raymundo E. Martínez Carbajal, Raúl Vargas Herrera,
Fernando Muñoz Samayoa,

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

A vuelta de rueda tras la muerte

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Ricardo Viguera Fernández

ISBN: 978-607-495-343-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/58/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A Gerardo González Guerrero, Manuel Arroyo y Alfonso
Martínez Luján, camaradas en las trincheras de la enseñanza,
quienes cayeron bajo las balas de una guerra que no era la suya.*

*A todos los hombres y mujeres honrados de Ciudad Juárez, que
se levantan muy temprano para chamber duro, sacar adelante
a sus familias e intentan ser un ejemplo para sus hijos.*

Va por ellos.

Es imposible que el hombre exista en sociedad sin que una gran parte de su felicidad particular no dependa de la bondad de las leyes, de la riqueza nacional, de la prosperidad pública, y el interés de cualquier particular está unido con el interés de la sociedad. Toda desgracia pública, todo revés acaecido a la nación, tendrá seguramente una débil influencia sobre un gran número de particulares, pero también una gran influencia sobre otro gran número. Es imposible que el espectáculo de la desgracia que afecta a quienes nos rodean, que la propia desgracia, nos sea ajena absolutamente, que no excite en nosotros sentimientos muy dolorosos. La idea de que existan cien mil desgraciados a nuestro alrededor es un dolor tan real como un ataque de gota.

MARQUÉS NICOLÁS DE CONDORCET (1743-1794)

Un grito en la madrugada

Pocamadre despertó sobresaltado en la madrugada y volvió a leer el telegrama. Lo había encontrado en el buzón al volver a casa por la noche, y al principio no quiso leerlo. Era de su hermana Honorata, la de Delicias, la que ahora vivía en Kansas City, a quien no echaba el ojo desde hacía titipuchal de años. Sacto, recordó: desde que Honorata y su marido cruzaron de mojados el Río Bravo para alcanzar los Estates. Los coyotes los abandonaron en el desierto y allí encontró él un lugar donde blanquear sus huesos después de que su carne se convirtiera en pitanza para los buitres. Pero Honorata no le escribía para recordar nada de esto. Ella ahora era feliz en Kansas City, porque, sabrosa como fue en sus tiempos mozos, había sobrevivido tras encamarse con los coyotes y salvar el pellejo. Con el tiempo se volvió a casar con otro delisciense. De todas las

hermanas, Honorata había sido siempre la más bruta. Mira que mandarle un telegrama, con lo caro que salen, en vez de enviar un *e-mail*. Ya nadie mandaba pinchis telegramas. De todos modos, había sido lo mejor, porque Pocamadre no tenía computadora ni necesitaba *e-mail* para nada. Un taxista de Ciudad Juárez sin esposa ni hijos conocidos puede permitirse despreciar ciertas servidumbres de la modernidad.

Honorata le escribía nada más para avisar de que su sobrina Dorita llegaría pronto a Juárez y que ahí se la encargaba mucho. *Stop*. Que no la dejara preñarse de ningún cabrón. *Stop*. Que al menos viviría un año en Juárez para ganar algún dinero. *Stop*. Que lo más pronto posible le arreglaría papeles en Kansas City. *Stop*. Pocamadre había visto sólo una vez a Dorita, en una foto que le mandó su otra hermana de Delicias, la Toña. Ahora debía de tener dieciocho años o ansina. Pues muy bien. Pues que viniera, él la recibiría con gusto, pero no tenía ganas de hacer de papá de naiden a esas alturas del partido. Que se buscara la vida y moviera la cola para llenar de frijoles su olla.

Pero no fue por el telegrama que Pocamadre había despertado en mitad de la noche. ¿Qué hora era? Miró el reloj. Las cuatro. En realidad despertó porque le había parecido escuchar un grito en mitad de la noche; sin embargo, al sentarse en el borde de la cama ya no sintió nada. No llegaban ruidos de la calle, salvo los maullidos de algún gato en celo o las ruedas de algún auto que se deslizaba sobre la foresta de lodo y cemento. Ahora que las noches de Juárez están llenas de gritos que recorren las calles, no hubiera sido tan extraño que el grito naciera en la oscuridad de alguna de las casas cercanas. Al parecer no había sido así. La ciudad parecía flotar en el líquido

amniótico de la noche. Sólo los latidos del corazón de la luna reverberaban contra las arenas del mar de Tetis. El grito lo había escuchado durante su sueño. ¿Acaso era un grito que habitaba dentro de su cabeza?

Encendió un cigarrillo Delicados, un alacrán que le picó en la garganta, y entonces un crujir de sábanas le recordó que no estaba solo. Se volvió hacia la mujer que ocupaba la otra mitad de su cama, y Pocamadre advirtió que continuaba en un sueño profundo y reparador. Su respiración era dulce y confiada. Parecía estar descansando de veras, y esto lo alegró. Trini era una mujer pequeña y morena en sus hermosos y rotundos cuarentas. Tenía uno de esos cuerpos oscuros y musculosos que ciertas mujeres heredan de alguna bisabuela india. La cada vez más lejana juventud ahora se había convertido en un cuerpo de volúmenes descendentes y pletóricos. Su piel olía a sándalo y chocolate. Su cuerpo se abría húmedo como si estuviera lleno de crema, y al mismo tiempo encendido como una antorcha. La había conocido una tarde cuando ella le hizo el alto y exigió que la llevara a la Biblioteca Ma'Juana, ubicada en cierta barriada de casas deslavadas y calles sin asfaltar en la contigüidad del aeropuerto. Que porque su niña iba a leer un cuento que había ganado en un concurso. Habló poco, la llevó adonde había pedido y luego le soltó que doscientos pesos por el ráid. Ella protestó a gritos, exclamó que los taxis de Juárez eran los más caros de toda la república, que no traía tanta feria encima, que vaya pinche robo culero. Pocamadre no quiso ponerse a alegar, le respondió que la tarifa hasta el aeropuerto era de doscientos varos, que otros taxistas eran más careros y más ratas, que los del sitio Moridero intentaban alivianar a la raza y eran derechos. Pero ella sí quería ponerse a alegar, y replicó que no iba al

aeropuerto, sino con la maestra Ana Laura a la Biblioteca Ma'Juana, no veía a su hija desde hacía más de un año y ahora quería escucharla leer su cuento. Al final se pusieron a mano y Pocamadre le dejó el viaje en cien varos. Para que le quedase algo con qué comprar una bolsa de papitas a su hija. Cuando uno navega en taxi, muchas veces se gana y muchas se pierde. El chiste está en sobrevivir a vuelta de rueda sin estrellarse contra la, cada vez más, puta realidad.

Luego su presencia se volvió recurrente. De vez en cuando le telefoneaba para que la llevara a tal sitio, o tal otro. Que Pocamadre supiera, nunca volvió a la Biblioteca Ma'Juana. Poco a poco, empezó a conocer ciertos detalles de su vida. Que estaba divorciada, por ejemplo, y que su única hija vivía con el padre. Que trabajaba como maestra en una primaria por el barrio de Los Cerrajeros. Que vivía sola en una pequeña casa en las inmediaciones del Monumento. Era hermosa y bien aventada, tenía un carácter muy independiente y, cada vez que le daba servicio y la traía o llevaba, Pocamadre aprendía alguna palabra nueva de las muchas y muy raras que sabía. Por ella supo, por ejemplo, que los beocios no eran borrachos, sino un pueblo de quién sabe dónde, o que Petra significaba piedra. Cuando iba a recogerla, Pocamadre cotorreaba con los demás taxistas y les avisaba de que iba por la “hermosa india apache”. Entre taxistas era normal informar adónde iba cada quién, aunque no mucho. Más que nada por seguridad. También asesinan taxistas en Ciudad Juárez.

Un día vio su foto en el *PM*, el diario que compartían todos los taxistas del sitio Moridero, al cual pertenecía Pocamadre después de haber pasado muchos años en la Vicente. Y lo que vio no le gustó nada. Los reporteros la habían fotografiado inclinada sobre

un cuerpo ensangrentado, arrancándose los cabellos de dolor, su hermoso rostro indio transformado en máscara de odio por algún descuido de Manitú. En la foto, donde sólo vestía un traje deportivo, parecía una mujer cualquiera llorando ante un cadáver cualquiera. Como cualquiera en cualquier hora del día o de la noche. Al leer el artículo descubrió que su exmarido había sido asesinado por un comando que lo siguió hasta el colegio donde recogía a su hija cada tarde a la una. Delante de los demás padres y de los niños comenzaron a disparar, como suelen hacer los comandos. En una guerra, el enemigo es el enemigo, y quien se halle cerca del enemigo será porque también es el enemigo, y si no, pa' su chinga. El hombre quedó pajarito en el acto por veintitantos impactos de bala. Su hija, de quince años, había sido alcanzada por siete proyectiles y se encontraba en estado muy grave.

Las ambulancias tardaron lo suyo en llegar, porque en Juárez las ambulancias sólo llegan cuando los paramédicos se aseguran de que los criminales no van regresar para rematar a las víctimas. A ver quién recogería a los heridos si también matan a los de las ambulancias. Primero llegaron los reporteros de los diarios y de las televisoras. Después, pero mucho después, arribó una patrulla de policía. Al fin, casi una hora y media más tarde, una ambulancia se llevó a la chiquilla agonizante.

Así están las cosas entre las ruinas de la Heroica Ciudad Juárez, y Pocamadre no moralizaba sobre ello. Nadie moralizaba sobre ello. La moral no cuenta en tiempos de corre y agáchate, maldito. Sólo cuenta que la bala que tiene tu nombre no pueda encontrarte. Los derechohumanistas, los intelectuales y los artistas seguían levantando el grito al cielo, pero como que ya no se la creían ni ellos.

Hasta había venido de México en caravana ese sabio cristiano del sombrero, aquel Indiana Jones de la poesía mexicana: Palermo o Nápoles se apellidaba, quién sabe. Pocamadre no recordaba bien porque no era hombre de libros. Trini había conocido al meromero ése, se había tomado fotos con él, ella se las había enseñado. De nada podía servir, y de nada sirvió. Pocamadre pensaba que Juárez no necesitaba poetas chilangos de visita, pero Trini le respondía que mejor poetas que sicarios, que mejor palabras que balas. Y que a veces, aseguraba Trini, para que te enteres, pinche Pocamadre bruto más que bruto, las palabras son como las balas en una revolución justa, y esa revolución está por venir, ya lo verás, bestia. Pocamadre creía entenderla, pero no compartía su sentir. Unas veces las palabras se hacen discursos, y un candidato gana sus elecciones. A veces se vuelven poemas. Y son las mismas palabras. ¿Con cuántas de las mismas palabras con que los políticos ganan sus votos las bandas armadas y los narcos firman sus sentencias de muerte? Estos no son tiempos de palabras. No cuando Abraham ya decidió sacrificar a su hijo y no hay Dios que detenga el puñal en su mano.

Los periódicos y los noticieros pronto se olvidaron de Trini y de su pobre hija. De su marido se olvidaron desde el mismo momento en que consignaron su muerte. Los muertos en Juárez no tienen rostro, porque tampoco tienen nombre ni historia. Todos los muertos son el mismo muerto. Todos los días mueren los mismos muertos. Son los muertos habituales. Muertos sin importancia, como los de las películas: figurantes para las escenas de guerra sin derecho a figurar en los créditos. O así es como al final acaba pareciendo en Juárez. Pero Trini tuvo que seguir viviendo y luchando para sacar adelante su vida y la de su nena.

La volvió a encontrar una tarde en el café La Nueva Central, uno de aquellos lugares del viejo Juárez que desprenden la sensación de que hubo un tiempo en que la vida era sencilla y despreocupada. Había quedado allí con Zebulón, el taxista más viejo del sitio, para llevarlo a recoger su auto del mecánico, y entonces la reconoció sentada sola en una mesa: Qué tal, maestra, cómo le ha ido. Qué sorpresa, Pocamadre, cuánto tiempo sin verlo. Supe lo de su marido y su hija, lo siento mucho. Ella guardó silencio antes de contestar: A veces desearía que Diana hubiera muerto aquella misma tarde. No diga eso, maestra, porque no es lo que usted siente. No, no es lo que siento... Bueno sí, a veces sí.

Una semana más tarde Trini telefonó a Pocamadre para que éste la llevara con su abogada. Poco a poco volvieron a retomar el contacto. Su hija había sobrevivido, sí, pero había quedado en estado muy grave. Una de las balas había quedado enterrada en la columna, y retirarla era poner en riesgo la vida de la chamaca. La única esperanza, le explicó esa misma tarde Trini, era llevarla a un hospital de Salt Lake City, pero el traslado al gabacho y la operación no bajarían de treinta mil dólares. Sobraba decir que ella no podía juntar ese dinero. Comenzó a querer llorar de frustración y de coraje. A Pocamadre algo se le removió dentro cuando la vio a punto de desmoronarse.

Lléveme donde sea, Pocamadre. Lléveme a alguna parte donde nadie me pueda ver llorar. Llorar es cosa de viejas argüenderas, y yo siempre he sido bien cabrona y quise que todo el mundo lo tuviera bien claro.

Pocamadre encendió otro alacrán y expulsó el humo con gusto. De haber podido, se hubiera servido un trago de tequila, pero entre

él y Trini dieron al traste con la botella que guardaba en la despensa. A su lado dormía la hermosa india apache. En realidad la sentía en pie de guerra. Seguro soñaba con las cabelleras de sus enemigos escalpadas en las praderas infinitas. Volvió a prestar atención a los sonidos de la noche: rodar de llantas en calles lejanas, crujir de ci-mientos asentándose sobre la tierra, polvo de huesos mezclándose con la arena de las dunas donde la ciudad se disuelve mientras el desierto la corroe y la conquista... Volvió a tenderse en el lecho cuando entendió que la ciudad ya no volvería a gritar aquella noche.

Día de campo

Cuando los rigores invernales de Ciudad Juárez se disuelven, se precipita una primavera casi veraniega. La explosión de luz y de calor llega con alegría después de inviernos variables, en general de nevadas esporádicas en navidad, y vientos helados que congelan los cuerpos de quienes habitan casas de cartón. A principios de marzo las familias comienzan a contar los últimos días de los calentones y desempacan las ropas para un clima más proclive a la convivencia, a la esperanza que abre cada noche de fiesta. En marzo el sol empieza a pavonearse por el cielo, quizá al advertir las piernas morenas y bien torneadas que ya asoman bajo las faldas; y a mediados de mayo, la ciudad comienza a oler a mezquite y carbón en los asadores comprados en el barrio de Los Cerrajeros. Quizá un viejo y resentido filósofo afirmara aquello de que “donde empieza la carne

asada, empieza la barbarie”, en claro desprecio a las costumbres del norte. Los domingos de Ciudad Juárez traen de todas partes aromas de carne asada por una miríada de barriadas perdidas. Cuando así sucede, puede asegurarse que la primavera ha llegado con toda su alegría y su fuerza. No existe mayor tormento que no conservar una buena dentadura con la cual proporcionar dentelladas que podrían competir con las de un lobo. Estalla contra los paladares la grasa churruscada de las soberbias viandas tasajeadas a las vacas, mientras las mandíbulas hacen bailar felices las costillitas y chuletas en sabroso camino a los estómagos. Vuelan entonces las chelas bien heladas y las familias y grupos de compas celebran haber sobrevivido, una vez más, a las desgracias del invierno y todas sus tristezas, acumuladas sobre las demás peripecias calamitosas que, de costumbre, acompañan la vida en la mejor frontera de México, como cantara Juan Gabriel.

A las cuatro de la tarde un aroma a leña de mezquite golpeó con admonición de gratos momentos las dilatadas fosas nasales de Pocamadre. Era un domingo de finales de mayo, un domingo cualquiera en que el taxista abandonaba el sitio Moridero después de comprobar que la pequeña caseta del teléfono se hallaba bien cerrada, para dirigirse hacia el parque del Chamizal. Según cómo hubiera ido la semana, trabajaba la mañana del domingo o no. A veces, un par de viajes extras a El Paso o unas imprevistas singladuras hacia el Cereso o los barrios alrededor de la estatua del benemérito proporcionaban el suficiente desahogo como para prescindir de trabajar en domingo, y un cristiano podía tomarse todos los pistos que se le antojara el sábado en la noche y dormir a pierna suelta hasta mediodía. Otras semanas, como aquélla, había que fregarse y madrugar un

poco para hacer guardia en el sitio a ver qué caía: quizá un ancianito requería de viaje para llegar a comer con el hijo y la nuera, a lo mejor una señora que necesitaba carro para llevar las bolsas del mandado a casa... Pocamadre tomó la Panamericana rumbo al centro. Volvía de la calle Sandía, por el rumbo de Jilotepec, tras dar servicio a un marido que anduvo toda la noche de tingolilingo; había acabado en un hotel barato del centro, con una fulana a quien no recordaba y con la que no tuvo tiempo de conocer mucha gloria.

—Piruja de lo peor —se quejaba con amargura el individuo—... Debí de quedarme dormido nomás me tumbé sobre la cama.

—Poco le duró la pachanga, pues —a Pocamadre le gustaba tirarles de la lengua a los clientes, para que éstos, con sus cuentos, lo entretuvieran durante la carrera. No siempre encontraba pasajeros de ésos, pero eran los mejores. A veces, con el tiempo y la confianza, algunos taxistas se convertían en psicoanalistas de sus clientes, pero podía suceder también al revés, que algunos clientes se volvieran psicococos de sus taxistas. Las vueltas de rueda del señor son infinitas, evocó el taxista que dijo el listo de san Evaristo.

—No me acuerdo de ni madre, sólo que desperté pasadas las doce, con un dolorzote de cabeza que ni pa' qué. ¿Y ahora qué le digo a mi señora?

—Dígale que se le pasaron las copas y se quedó en casa de un compa —sugirió Pocamadre.

—¿Y sabe qué es peor? Que la muy huila aprovechó para esculcarme los bolsillos mientras estaba dormido y se quedó con la paga de la semana...

—¿Con todo? —a Pocamadre se le prendió un foco rojo dentro de la calavera.

—Menos doscientos varos que traía en un guardadito del pantalón. Hija de su cochina madre... ¿Y ahora cómo se lo explico a mi señora? —volvió a barruntar acongojado, rojo como un tomate y los dos ojos como dos huevos duros a punto de descolgarse de las cuencas.

—Dígale —sugirió Pocamadre con parsimonia— que se los prestó a su compa para que acabalara a cruzarse a los Estados de mojado. Que por eso se quedó hasta las mil y quinientas, porque lo andaba despidiendo al bato toda la tropa.

Tardó cerca de cuarenta y cinco minutos en llegar a la casa de la calle Sandía. Una mujer muy entrada en kilos salió gritando en cuanto vio llegar el taxi y reconoció a su marido salir de él.

A Pocamadre le dio un poco de pena el infeliz y sólo le cobró ciento cincuenta pesos de los doscientos que le quedaban. Que tenga durante la semana pa' sus chicles, pensó. Con ellos en el bolsillo, Pocamadre metió la reversa y dio marcha atrás mientras veía cómo la señora le propinaba tamaño puñetazo al pobrecillo. Comenzó a recriminarle a gritos para que se enterara todo el vecindario:

—Méndigo infeliz, ¿dónde anduviste? ¿Sabes cuántos ejecutados dijo la tele quihubo anoche?

Pocamadre ya no acertó a escuchar más, aunque por el espejo retrovisor advirtió cómo la fornida señora aferraba a su marido por el cuello de la camisa y lo bamboleaba como a monito de feria. Alcanzó enseguida la avenida Jilotepec y, vista la hora que era, decidió hacer caso omiso de uno o dos clientes del mercado que le hacían el alto. A buenas horas mangas verdes, se dijo. En realidad, Pocamadre enfiló hacia el Chamizal y se puso a pensar en las últimas palabras

de la mujer de aquel briago. Se enteró al encender la radio por la mañana de que había sido un sábado caliente: matarile para ocho en distintos puntos de la ciudad. Ejecuciones, como las llamaba la prensa. Negocios del narco, que andaba peleándose la zona, y los cuicos a buen resguardo protegiendo su pellejo debajo de la cama. La DEA aseguraba que mientras durara la pelea por la plaza iba a correr la sangre como cerveza en día de campo. Ocho asesinatos, pero eso no era sino el pan nuestro de cada día. En cada jornada caían seis, siete, cuatro, tres, y hasta doce hubo un solo día. Veinte hubo otro. Y la cosa de momento no tenía fin. Pocamadre se preguntaba de dónde sacaría el narco tanto cliente para las funerarias, chingados, había más muertitos entre un amanecer y otro que gatos por los tejados...

Pensando en estos sucesos, alcanzó la avenida Rivereño y enfiló pronto a la izquierda para entrar en el Chamizal. La idea había sido de Zebulón, el taxista más veterano del Sitio: ochenta años recién cumplidos, y todavía al frente del volante cada mañana bien temprano.

—Ya hace buen tiempo para un día de campo, Chango —comunicó a Pocamadre una mañana mientras desayunaban flautas con salsa bien picosa—. Mientras Dios me dé salud y muelas, quiero seguir celebrando con ustedes la primavera. Y con los que venga, eso que ni qué, pero con los compas primero.

Ya dijo, pues. En realidad, no había que lidiar mucho para convencer a los demás taxistas del Sitio de acudir a un día de campo un domingo cualquiera. En Juárez se le llama día de campo, pero esto es un eufemismo, puesto que en toda la ciudad no hay campo ninguno, ni verdes bosques con claros donde reunirse al fresco para

comer carne asada. En los alrededores de la ciudad no hay más que montañas secas y cerros pelones. Día de campo quería decir acudir a algún terreno privado con piscina y asadores (por el cual había que pagar) o reunirse con las familias en el popular parque del Chamizal, una pequeña franja de tierra devuelta por Estados Unidos a México en 1967, para convertirse en parque público y centro de reuniones familiares al aire libre durante los fines de semana. Ubicado frente al cauce seco de lo que fuera el grande Río Bravo, el Chamizal tiene cuanto las familias necesitan para pasar un buen rato: mesas de cemento sobre las que comer, árboles, jueguitos para los niños y terrenos lo bastante amplios como para echarse unas partiditas de fútbol. No es Chapultepec, pero basta para unas horas de convivencia en torno a un asador.

Pocamadre llegó enseguida al lugar de reunión. Habían quedado en el punto de siempre, no demasiado alejado de los baños, y pronto reconoció desde la lejanía a Zebulón. Estaba sentado en la misma silla plegadiza de tela que usaba durante el verano para guarecerse bajo una sombra mientras aguardaba a que llamasen los clientes. No era el único, como pudo comprobar enseguida. Así, a ojo de buen cubero, pudo distinguir a un grupo de dieciocho personas. Zebulón lo saludó largamente con la mano mientras daba voces para que se aproximara. Pocamadre era el único en llegar solo. Algunas veces había llegado con una amiga, pero en esta ocasión había telefonado a Petra Puncteta, y ésta le respondió desde su celular en Coahuila, donde protagonizaba un combate de lucha libre femenina. Había pensado en llamar a la maestra Trini, pero al final no se animó. No le acongojaba mucho su condición, que se tomaba de una manera romántica: Pocamadre era un gorila solitario que manejaba un taxi en Ciudad Juárez.

De su cajuela extrajo una bolsa con hielos y tres seis de cerveza. A pesar de que estaba prohibido beber alcohol en la vía pública (y el Chamizal no era una excepción, por mucho día de campo que se terciara), casi todo el mundo llevaba sus seis o su botella de tequila para echarse unos tragos a la sorda. Por lo general, la policía municipal no interfería en los asuntos de los domingueros mientras éstos se comportaran dentro de un orden, y los celebrantes procuraban no llamar la atención de los munipas. La historia de Juárez le pasaba así factura a la vida cotidiana en la urbe: entre los extremos de refugio de maleantes a paraíso de puritanos, la ciudad sabía encontrar un equilibrio entre lo permitido y lo ilegal demostrando que era lo bastante sabia para poder vivir sin la ingerencia moral de sus gobernantes.

Pocamadre se aproximó al grupo y ostentó los seis, que se aprestó a introducir en una hielera. Por lo que pudo ver en el interior de la misma, no estaban desprovistos de cerveza con qué torear un poco las cornadas del becerro solar de primavera. Reconoció a Víctor con su esposa y sus cuatro hijas; a Mau Chan, que tras enviudar de su segunda cónyuge había vuelto a juntarse con la primera; al Cuacua, antiguo policía un poco tartamudo que había abandonado el servicio antes de que se lo tronaran por no querer mirar hacia otro lado; no podía faltar Blasillo Morales, acompañado por su madre como siempre; y Elvispresli, que hoy lucía tan madreado como su nombre: mostraba la cara golpeada y se refugiaba de la mirada de los congregados en un rincón. Casi todos habían venido con su familia, y los sobrinos de algunos correteaban por el terreno jugando con una pelota. Frente al asador reconoció al yerno de Zebulón, el marido de la dentista, una chaparrita morena muy graciosa que le guiñó el ojo

con coquetería aprovechando que su marido no la veía. Pocamadre se colocó junto a Zebulón y le dirigió una sonrisa mientras sacaba un alacrán del paquete de cigarros y se lo llevaba a los labios. Carmela, se llamaba. Conocía a Carmelita desde escuincla. Había estudiado dientología, o como se llamara lo que estudian los sacamuelas. Tres años atrás había cruzado de mojada con su marido para el chuco, y en Oregon se deslomaron limpiando escaleras o podando el césped hasta reunir suficiente dinero para volver a Juaritos. Ahora habían comprado una casita en la avenida Lerdo y la habían transformado en consultorio. Les iba bien, y Zebulón se sentía muy orgulloso de la chamaca. Mejor o peor, lo cierto es que los más viejos habían sacado adelante a sus cachorros y les habían dado estudios.

—¿Por qué esa cara, Chango? —quiso saber Zebulón mientras tomaba alguna clase de bebida helada, quizá un té sin azúcar. Zebulón ya había bebido todo lo que había que beber y fumado todo lo que tenía que fumar. Se cuidaba lo más que podía, sobre todo porque su esposa padecía más achaques que él y procuraba sacar fuerzas para cuidarla.

—Ya ves, viejito —comenzó a explicar Pocamadre mientras miraba la carne chisporrotear sobre la parrilla del asador—, me abandonaron las morras.

—¿Pues dónde anda la enorme chava de la Chaveña?

—Petra anda en Coahuila repartiendo chingadazos. Ni modo, mi buen. A más carne tocaremos.

Los más pequeños correteaban de aquí para allá, muy entusiasmados por el juego. Cuando se es chamaco, cualquier tarde de domingo puede ser tarde de gloria. Arrinconada bajo la sombra de un pequeño árbol, Pocamadre reconoció a la esposa de Zebulón.

A su lado había otra pequeña mujer encorvada, vestida de riguroso negro. Tenía las manos entrelazadas y la mirada perdida por el suelo. De vez en cuando la levantaba para vagar sin interés entre los concurrentes, y a continuación se perdía cansada entre los matorrales o la dejaba caer soñolienta sobre el ridículo *skyline* de El Paso, Texas. Debía tener poco más de sesenta años, y su aspecto de cuervo colgado de una rama le llamó la atención entre la bullanguera alegría dominical de todo el grupo.

—¿Qué pues, Cha-Cha-Chango? —le increpó el Cuacua mientras agitaba junto a Víctor y su hijo mayor un bote de cerveza— ¿Te que-queadas a platicar con los viejitos o vienes con los hombres?

Zebulón barruntó en voz bien alta una mentada de madre dedicada al Cuacua. Pocamadre se acercó al pequeño grupo y aceptó una cerveza que le ofrecía Víctor. Al abrirla bebió casi la mitad de un trago. Le supo a gloria bendita al restallar en su boca y descender por su garganta. Hasta los ojos se le empañaron de emoción.

El Cuacua ya traía unas cuantas cervezas (en realidad, no había dejado de beber desde la noche anterior) y se mostraba tan animado que hasta la tartaja se le cortaba a veces. Al contrario, Víctor había adoptado una expresión adusta. Marcaba las distancias con su esposa, que guardaba las apariencias hablando con una opulenta rubia en un rincón; el chisme era que no andaban en buenos términos en tiempos recientes.

—Te desapareciste pronto antes de las once —comentó Pocamadre a Víctor de pasada, como quien no quiere la cosa. El otro caviló antes de responder. Como traía gafas oscuras, la duda no la notó en los ojos, sino en el labio inferior que temblequeó un momento.

—Me hablaron para que fuera a recoger pasaje al aeropuerto. Les di aventón a la avenida de las Torres.

Pocamadre no comentó nada delante del Cuacua, pero sabía que Víctor andaba un poco perdido por rumbos lejanos. Se había encaprichado de una morrita a quien recogió una noche de lluvia y no traía para pagarle el viaje. Al final se pusieron a mano como Adán y Eva antes de la manzana, y a Víctor le gustó. Una chava de veinte años que lo traía de cabeza y era causa de desavenencia entre él y su esposa. Lo peor es que andaba corto de dinero, todo el día para arriba y abajo llevando a la muchachita. El Cuacua le hizo una señal para mostrarle algo en una hielera entre la cual rebuscaba. Pocamadre se dirigió hacia él y dejó a Víctor solo, enfrascado en sus cervezas y pensamientos.

—¿Qué transa?

—No le ti-tires de la lengua al centrocampista —así lo llamaban porque en su juventud había jugado futbol en un equipo local que alcanzó cierta notoriedad nacional—. Anda tome y tome, y en cualquier momento se le bota la canica. ¿Qué no sabes?

—¿Lo de su morrita?

—Más. Hace una semana que se separó de su espo-posa. No creas que ella vino para disfrutar de la tarde. Quiso sa-saber si venía con la otra, para meterles un plumazo.

—¿Tanto así?

—¡Aguas con ella! Antes de salir de casa con los niños, su vecina la chichona la vio sa-sacar a escondidas una pipa y meterla en el bolso. Nomás llegar yo, me ha llamado: Cuacua, Cuacuita, ven que te cu-cu-cuenta una cosa... Yo creía que iba a invitarme a un brinquito por los matorrales de la selva de Tarzán, pero no, que la güera de

bote me ha so-soltado todo el chisme. Dizque la anda vi-vigilando para que no haga una locu-cura delante de las criaturas. ¿Cómo ves?

—Ta cabrón. Eso le pasa por andar de papichulo.

A la pareja se unió con sigilo Zebulón, que sabía lo que cocían ambos hablando por lo bajini.

—Pinche Víctor... —comenzó a decir Zebulón mientras fingía buscar algo entre los hielos; al fin sacó una soda de dieta y se incorporó mientras la abría haciéndose el disimulado—. A mí con cincuenta años recién cumplidos también había que ponerme freno con las viejas y las cantinas, pero no era lo mismo. Cada noche dormía en mi casa, nunca fui desobligado con mi señora.

Pocamadre y el Cuacua extrajeron sendos botes de cerveza y los abrieron mientras examinaban con cuidado los alrededores, no fuera que los sorprendiera la policía. Pocamadre volvió a mirar a la mujer enlutada que conversaba de tanto en tanto con la esposa de Zebulón. Ésta le proporcionaba plática, pero el cuervo respondía con monosílabos y regresaba a su mutismo.

—¿Con quién habla tu señora, Zebuloncito?

—La vecina de al lado, Engracia. Recién le mataron al marido.

—¿Cómo estuvo eso?

—¿Te acuerdas de aquella balacera que hubo la semana pasada? Un comando armado acorraló a unos tránsitos entre la Gómez Morín y la Ejército Nacional.

Pocamadre se acordaba con vaguedad. Desde que las bandas armadas se disputaban el territorio, todos los días había muertos frescos. Era difícil llevar la cuenta, acordarse de esta balacera o de la otra. Pocamadre asintió sin demasiada convicción, pero algo

recordaba. Una de las actividades habituales de los taxistas es prestarse el *PM* unos a otros y leerlo de cabo a rabo para conocer las noticias del día.

—Tito, su marido, ya pasaba de los setenta... Los dos andaban bien ahorcados con la pensión que le tocó a él, quinientos pesos al mes... Puestas así las cosas, aceptó trabajar como vocero del *PM*...

Pocamadre asintió. El *PM* era el vespertino que leía la raza todas las tardes de cabo a rabo. Superaba con creces la tirada del *Diario de Juárez*, el periódico casi oficial de la ciudad y propiedad de los mismos dueños. Muchos hombres lo abrían por las páginas centrales, donde siempre había una muchacha bonita ligera de ropa con algún mensaje picante: “Quítame la timidez, papito”, o “Mírame y pídemme un deseo”... cosas así que entusiasmaban a los lectores del *PM*. Todos los talleres mecánicos estaban forrados con esas páginas centrales... y en portada, de preferencia alguna foto donde asomase mucha sangre. Las ventas subían como espuma las tardes en que el *PM* se vendía con foto de algún decapitado en portada. Ver cabezas rodantes por la vía pública como balones de fútbol hacía gracia a los niños y causaba expectación en parte de la ciudadanía.

—Ya llevaba seis meses en la Gómez Morín... Con lo que sacaba, pues ya era un aliviane... Lo malo, nos contaba Engracia, es que, desde que salía el *PM* hasta que caía la tarde, tenía que estar a la intemperie entre los carros, de aquí para allá voceando el diario: cuando hacía frío, pasando frío; cuando hacía calor, pues como pollo en salsa... Una vez se desmayó por el calor, y en el Seguro le dijeron que tenía la presión por las nubes, que era o seguir trabajando o seguir viviendo...

—Lo suyo era de dos sopas: o morir en la vía pública...

—O morirse los dos de hambre en casa... Engracia temía porque su ruquillo un día cayera bajo las ruedas del carro de algún loco... Además, como tenía una pierna chueca y no era el único vendedor del cruce, hacía esfuerzos para librarse de su fajo de peemes... Para no hacértela muy larga, le tocó bola negra. Pasó una suburban persiguiendo una patrulla de tránsito, ésta se estrelló contra el semáforo en que se encontraba Tito, y éste no reaccionó... De la suburban salieron dos encapuchados con tamaños cuernos de chivo y dejaron la patrulla como queso de agujeros, y detrás...

Zebulón se entretuvo un momento para apurar su refresco y limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo. Hizo un gesto de fatalidad.

—Y detrás —continuó Pocamadre— estaba Tito, pegado al semáforo donde se produjo la balacera.

—Dicen que los demás voceadores y vendedores de tiliches saltaron como cucarachas en petate caliente. Pero allí se quedó el menso de Tito, pasmado bajo el semáforo, con su paquete de peemes mirando el reloj con los ojos muy abiertos mientras los demás voceadores le gritaban y corrían para esconderse donde fuera. Y le tocaron siete balas, tres en la cara, una en la aorta y tres en el pecho... ¿Cómo ves, Chango?

Pocamadre examinó cómo Engracia se incorporaba con dificultad de su asiento. El aroma de los primeros cortes de carne que salían de las brasas invitaba a darle carrilla a las muelas.

—Dicen que bailoneó un poco ahí parado... Luego se le cayeron los peemes que traía en las manos y se murió apoyado contra el semáforo mirando fijamente al cielo... Igual miraba a los ángeles que venían a buscarlo...

—¡No mames, Zebulón...! Igual veía a su pinche madre sin calzones que le cagaba encima...

—¡Cuidado con esa boca, Chango! ¡No te metas con las cosas del cielo! —sentenció Zebulón muy ofendido.

Por toda respuesta, Pocamadre escupió contra el suelo y luego tomó otra cerveza de la hielera.

—Así es la vida, Poquita.... Por eso mi parienta me dijo en la mañana: vamos a invitar a Engracia, pobrecita, que por lo menos salga un rato de casa y se coma un buen plato de carne...

Todos guardaron silencio alrededor. ¿Había algo que decir? Nada merecía ser dicho. Cada quien cuidaba sus espaldas lo mejor que sabía. Doña Lourdes, la esposa de Zebulón, recibió de su yerno un par de platos de cartón bien surtidos de filetes, con una papa asada rebotante de mantequilla, y tendió uno a doña Engracia. La mujer volvió a sentarse en una silleta plegadiza y, con la mirada siempre itinerante por las ventanas de los rascasuelos de El Paso, procedió a comer su carne con resignación.

El yerno de Zebulón hizo una seña a los rezagados. Sin mediar ni una palabra más, todos se encaminaron con entusiasmo hacia el asador rebotante de succulentas viandas.

El precio de una vida humana

Poco después de las siete, Pocamadre y Zebulón entraron, como casi todas las tardes, en la cantina El Moridero. Sobre todo entre lunes y miércoles, la cantina estaba vacía. No tanto por el carácter del Sepulturero, que así era como todos conocían al dueño, sino porque, a partir de cierta hora, los juarenses se refugiaban en sus hogares y no comparecían por las calles hasta el día siguiente. Quién había visto y ahora veía la avenida Juárez. Sus cantinas (incluso el célebre bar Kentucky) desfallecían ya mientras las calles de la ciudad se sembraban de cadáveres. Era un día de agosto, ya duraba dos años la guerra del gobierno contra el crimen organizado, y Juárez se convertía en urbe fantasma al ponerse el sol. Los jefes del narcotráfico que dictaban órdenes, así como los sicarios que las ejecutaban, dormían o paseaban tranquilos por las calles de El Paso, conocida como la

ciudad más segura de Estados Unidos, mientras el banquetazo de sangre se celebraba en Juárez, a cualquier hora del día y de la noche.

Era cosa triste de ver la emblemática avenida sin su antigua vidilla, aquella que le proporcionaba la multitud de clientes que entraba y salía de sus cantinas, quienes sólo buscaban un par de tragos o un rato de esparcimiento antes de retacharse al cantón. Los mariachis que aguardaban ser contratados por sus servicios languidecían con las canciones atoradas en las cuerdas vocales. Ni siquiera las damas de mediana edad que antes los buscaban para que les tocaran bien las rancheras se atrevían a desafiar aquel toque de queda impuesto por las chocalatinas que regalaban las cuernos de chivo.

De cualquier forma, Pocamadre y Zebulón entraron en El Moridero. Pocamadre advirtió que sólo Víctor los esperaba en la mesa que ocupaban después de rocanroleo al volante toda la jornada. Blasillo, el Cuacua y Elvis debían de andar por otros rumbos, o caerían al rato. A Pocamadre le pareció muy silencioso y circunspecto, entretenido con la lectura de su *PM*. O igual no lo estaba leyendo, se dijo Pocamadre, sólo revisaba las curvas de la chica de las páginas centrales. Mientras se dirigía a la barra, Pocamadre se preguntó por qué las mentadas muñecas de esas páginas nunca tenían pezones: les brillaban las tetas como si a éstas las hubiera creado Diosito, no para amamantar con leche, sino para proveer como la General Electric durante un apagón.

—¿Quién tranza? —saludó Pocamadre al Sepulturero estrechando las manos y luego haciendo chocar los puños al puro estilo chihuas.

—El que avanza —acusó el dueño del Moridero mientras se volvía a la cámara frigorífica. Extrajo dos botellas de cerveza Victoria

y distribuyó cada una a sus clientes, y una soda para Zebulón. Víctor, constató Pocamadre al mirar a su compa de soslayo, no tomaba nada. Parecía más confuso o espeso que de costumbre, medio zombi o medio zumbado.

—¿Quieres una chela, güey? —le interpeló Pocamadre desde la barra. Éste levantó la vista del diario y lo miró haciendo una especie de gestillo como que así, como que fúchilas, como si anduviese sentido con el Pocamadre o alguna chingadera le carcomiera las entrañas.

—¿Qué traes, cabrón? ¿Te comieron la lengua los ratones?

Víctor no respondió nada y volvió a sumergir el mostacho entre las páginas del vespertino.

Pocamadre echó un vistazo general al Moridero y le pareció un galeón hundido. Le daba quién sabe qué cosa verlo tan infrecuentado. El Moridero no era cualquier cantina. Era una gran ballena blanca de quinientos metros cuadrados con dos pisos y un sótano inmenso. Había tenido muchos nombres a lo largo de las décadas, desde que fuera inaugurada a mediados de los años veinte por un gángster de Chicago, el célebre Tricky Triggers nada menos, en una sonada fiesta de la que se oyó hablar hasta en Ciudad de México y Washington. Fueron los años gloriosos del Juárez de la tolerancia, cuando en Estados Unidos causaba estragos la prohibición del alcohol y muchos gringos llegaban a Juaritos para nadar como pececitos en cerveza y Straight American Whiskey. Desde hacía más de veinte años la cantina se llamaba El Moridero, y a su nuevo patrón no se le ocurrió cambiar el nombre cuando pasó a regentarla. El Moridero le parecía buen nombre porque era la última cantina antes del puente internacional de la avenida Juárez, o la primera con que topaban quienes cruzaban

el puente desde Gringolandia. Allí murieron muchas noches de farra y desconsuelo, o de jarana y tragos antes de un acostón y una pesañeada antes de volver a casa. En El Moridero se moría lo que tenía que morir, o bien nacía lo que merecía vida por delante. Durante muchos años fue la última fortaleza donde tomar el trago final.

Zebulón apuró media soda de un solo gluglulgú y se encaminó con Pocamadre hasta la mesa que ocupaba Víctor. Cuando estuvieron más cerca, descubrieron que tenía los párpados hinchados y las patas de gallo destacaban especialmente aquella tarde, o bajo aquella luz. En un ángulo del bar, la televisión transmitía el noticiero local con los avatares de la jornada: asaltos bancarios, balceras en la vía pública, fusilamientos en barriadas perdidas, decapitados; en fin: los muertitos frescos de ese día.

—Mira, mira nomás, qué silencioso andas, ¿qué traes? ¿Te dejó la morrita con que andabas? —aguijoneó Pocamadre para conseguir en Víctor alguna reacción.

Zebulón aproximó una silla y enseguida Pocamadre hizo lo mismo sin quitar la vista de Víctor. Éste, por toda respuesta, arrastró el *PM* sobre la mesa hacia ellos. Desde el ángulo donde se retrepaba la televisión, el periodista Cabada se mostraba impertérrito mientras supuraba como letanía los cataclismos que había traído la jornada.

—¿Qué no leyeron lo de la chava ésta? —Víctor formuló la pregunta con osquedad.

—¿Qué chava, güey? —inquirió Pocamadre intuyendo a dónde quería llegar Víctor.

—Toda la ciudad lo sabe, pinche Pocamadre, no te hagas... —le censuró Zebulón achicando los ojos detrás de los gruesos vidrios de sus lentes. Dio otro trago a su refresco.

Pocamadre tomó el *PM* por donde Víctor lo tenía abierto y comprobó que no andaba errado. El titular era más que explícito: “Se la llevaron por bonita”. Pocamadre barruntó algo y tragó una maldición antes de proporcionar otro besito a su cerveza.

—¿Es que esos hijos de la chingada no tienen madre? —se preguntó Víctor. Por supuesto, no era más que una pregunta retórica, que no esperaba ninguna respuesta de sus compañeros de sitio, pues nadie la iba a proporcionar. En Juárez todo el mundo sabía que ciertas preguntas desafiaban toda explicación, que la vida se había vuelto una interrogante abierta.

—¿La conocías? Más o menos vivía por donde tú —tentó Zebulón a Víctor. Éste, todavía con la mirada llena de rabia y confusión, sólo negó con la cabeza e hizo una seña al Sepulturero para que se acercara.

—Era del barrio —explicó Víctor con mucho énfasis—. Conocida de Julietita, mi hija menor. Estaba rebonita: eso la mató.

Tal cosa afirmaban los titulares del *PM*, subrayó para sí Pocamadre antes de sumergirse un poco en la lectura de la nota periodística, que todo el mundo conocía en Juaritos. A pesar de que cada jornada arrojaba su nuevo saldo de crímenes, había asesinatos que conmovían con fuerza la conciencia de los ciudadanos. Hasta Pocamadre, sólo algunos días, pero cada vez con mayor frecuencia, leía noticias en los periódicos de la ciudad que le daban ganas de morir, de arrancarse la vida machucándose la cabeza contra la pared como si fuera un tomate podrido.

El caso de Ana Karen era uno de esos, pero había intentado no pensar más en ello durante el día. Se trataba de una chicuela a punto de celebrar su tradicional fiesta de quince años. La noche anterior,

alrededor de las ocho, sicarios armados abrieron fuego desde dos vehículos contra unos jóvenes que paseaban por las calles Lechuguilla y Jitomate, en la colonia Hortalizas. Muy cerca, y sólo por casualidad, daban la vuelta Ana Karen y dos amigas, que sí alcanzaron a huir. Ana Karen no tuvo tanta suerte. Al llegar al portón de su casa comenzó a aporrear la entrada del hogar mientras pedía auxilio. Se oyeron tres disparos. La madre se arrojó contra la puerta para permitir que su hija entrara en casa, pero la aterrorizada hermana de Ana Karen se lo impidió. Al fin, cuando consiguió zafarse de su hija, la madre abrió la puerta y sólo alcanzó a ver que Ana Karen era introducida a la fuerza en un auto. Cincuenta minutos después llegaron los federales, que no hicieron nada por encontrar a la adolescente y se dedicaron sólo a recolectar casquillos de bala. Ya eran más de las dos de la mañana cuando la madre de Ana Karen acabó de reportar la desaparición de su hija en la Subprocuraduría de Justicia de la Zona Norte. Tras la vuelta a casa, sólo la dolorosa espera de que Ana Karen tocara a la puerta.

Antes de amanecer, la madre y la tía comenzaron a buscar a la muchacha por el barrio y a peinar los numerosos terrenos baldíos. Poco después de la una, la madre de Ana Karen atisbó en lontananza cómo un hombre descendía de una camioneta color guinda mientras arrastraba a una jovencita que se resistía a seguirle y a la cual acabó por arrinconar contra unas tapias. La madre y la tía comenzaron a correr en aquella dirección, escucharon tres disparos y vieron que el hombre subía a la camioneta para enseguida abandonar el escenario de la desolación. Su madre la encontró con dos balazos en el tórax. Aunque vivía aún, a Ana Karen le costaba respirar porque la sangre había hecho de su boca una poza donde borbotaba

un futuro en estado de descomposición. La niña dirigió a su madre una mirada, condujo las manos al pecho y se dejó morir con un espasmo nervioso como un gato atropellado. Los peritos forenses determinaron que durante las últimas catorce horas la chica había sido violada una docena de veces. Diagnosticaron que la causa de muerte había sido un *shock* hipovomélico consecutivo a laceración pulmonar provocada por herida de bala recibida en tórax. A saber qué mafufada significaba todo eso. En Juárez todos sabían que la causa de muerte se llamaba Gobierno. Por bonita, se la llevaron por bonita, sentenció al fin la desconsolada mujer.

Pocamadre dejó a un lado el *PM* con un gruñido y evocó los viejos tiempos en que gobernaba el PAN la ciudad, cuando comenzaron a desaparecer chavas, obreritas que luego aparecían caldeando sus huesos en el desierto, con las ropitas hechas jirones e intercambiadas unas con otras, como si fuesen muñecas con las que un niño juega con descuido y luego confunde. En Juárez ser bonita es correr peligro de muerte. Los gobernantes municipales recomendaron entonces a las muchachas que, en caso de sufrir una agresión sexual, se provocasen cuanto antes el vómito. Es posible, sugerían las autoridades, que así los hombres sientan asco de tocarte y te dejen marchar. Grandes ideólogos aquellos gobernantes municipales. Sutiles concedores del alma humana.

Pocamadre sabía que volver a leer aquello le envenenaría la sangre, y cuando el Sepulturero llegó con la cerveza para Víctor, éste le rogó que le trajese un mezcal doble. Zebulón ya había terminado su soda en el mismo silencio incómodo, un silencio que en realidad era un grito de dolor renuente a salir del pecho día tras día.

—¿Hasta cuándo vamos a vivir así? —se preguntó Víctor a media voz, con esa indignación de las personas decentes que no quieren creer cuanto les sucede. Todos asintieron compungidos, pero ni Zebulón ni Pocamadre comentaron nada. Ya todo estaba dicho desde hacía tiempo, pero nadie escuchaba.

Pocamadre dirigió la mirada hacia el televisor. Después de un corte publicitario en el noticiero de Cabada y Varela, apareció muy contento el alcalde mientras recibía en Guanajuato un premio al buen gobierno municipal. Era una especie de rombo de hojalata con dos circunferencias incrustadas a manera de antiguo micrófono de radio. Se veía radiante el Chaparrito Feliz, como muchos lo llamaban en Ciudad Juárez, pavoneándose por todas partes con su premio de hojalata. Un premio nacional avalado por la ONU, nada más y nada menos, mira tú. Canelita en rama. El Chaparrito sonreía todo el tiempo ante los periodistas y las cámaras, los cachetitos le brillaban con lozanía y destacaban su piel fina y sonrosada. Estaba bonito el Chaparrito Feliz, constató Pocamadre siguiendo las imágenes del noticiero. Parecía un cerdito dibujado por Walt Disney.

—¿Es que la vida en Juárez no vale nada? —volvió a preguntar Víctor de manera retórica—, yo no agunto más, me retacho para mi tierra por mis hijas.

—¡La vida es lo más grande que existe! ¡Sólo Dios puede disponer de ella! ¡La vida no tiene precio! —pontificó Zebulón, un poco por decir algo.

—Pos si no tiene precio, eso quiere decir que no vale nada —salió al quite Víctor.

—Al revés, Víctor, al revés... quiere decir que la vida vale tanto-tanto que no se la puede tasar ni valorar en dinero —siguió

Zebulón—. No hay nada ni nadie que pueda pagar el precio de una vida humana, tan grande es su valor.

—Pues algo hay que no entiendo, Zebulón: ¿cómo puede ser que lo que vale tanto no valga nada? ¿Qué vale más? ¿Una vida humana que no tiene precio, o un hotel de Paris Hilton?

Zebulón barruntó algo para sus adentros, con incomodidad.

—Ya te lo estoy explicando: la vida humana es lo más grande que hay. Sí, vale más que un hotel, que un edificio de gobierno, que una iglesia...

—Pues no capisco, viejito... Entonces, ¿quién debería pagar a la mamá de Ana Karen el precio de su vida?

—Nadie —sentenció Zebulón—, porque no hay nadie que pueda pagarlo. La vida de cualquiera vale más que un hotel de Paris Hilton. Lo dicen los filósofos, los sacerdotes, los maestros de la UACJ.

—Entonces, si no hay nadie que pueda pagarla es que no hay nadie que quiera pagarla. Eso, Zebulón, sólo quiere decir que la vida no vale nada.

—Ándale, Víctor, ya estás grande pa' entender —aconsejó Pocamadre un poco avergonzado de ver a su compañero razonar como adolescente—, tómate la cerveza y no te agüites, que hay cosas que no tienen remedio.

—Pues yo quisiera que la vida humana tuviera un precio, para que alguien pudiera pagarlo —afirmó Víctor muy solemne.

—No seas menso —interrumpió Zebulón—, que ya te lo he explicado.

—Pues no entendí, Zebulón.

—Luego le das más vueltas —atajó Pocamadre ante tanta obcecación.

—¿Y cuántas vueltas hay que darle pa' entender que algo que no tiene precio no vale nada? Yo quisiera que la vida humana tuviera un precio. Uno, algo, no sé... Mil dólares por ejemplo.

—Mil dólares es una cagada, Víctor pendejo, una vida humana vale más —a Zebulón el tema comenzaba a alimentarle malas pulgas.

—¡Pues valdrá las perlas de la Virgen, pero vale madres! —contraatacó Víctor empezando a levantar la voz y a enrojecer— ¡Porque si valiera mil dólares una vida humana, al menos la madre de Ana Karen no hubiera tenido que vender el mugre carro para poder enterrarla! ¡Le hubieran pagado mil dólares, y ya!

—¿No te das cuenta de que lo que dices es ridículo? —intervino de nuevo Pocamadre— ¿Tú crees que la vida del Chaparrito Feliz vale mil dólares?

—Pongamos que la del Chaparrito vale dos mil dólares, o tres mil, o cinco, por sonrosado y cachetón.

Zebulón bufó indignado desde su asiento y miró hacia la puerta con intención de levantarse y marchar a casa. En vez de hacerlo, recordó con toda sencillez:

—También el Chaparrito está amenazado por el narco.

—Por eso vive en El Paso —sentenció Pocamadre, y añadió con sorna—. Pero el alcalde de El Paso dice que no nos preocupemos, que mientras viva en El Paso los juarenses podemos estar tranquilos por su seguridad.

—Pues tendría que vivir aquí —se obstinó Víctor—, que alguien pagaría los dos mil, o tres mil, o pinchemil dólares de su entierro. Además, ¿ya qué? El Chaparrito ya mero se va y vuelve el Teto. ¿Ya qué más da que lo maten? No, algo huele a podrido en todo esto...

—Lo que huele a queso podrido es tu cabeza —le recriminó Zebulón.

—No, no es mi cabeza. Yo quiero que la vida valga algo, algo que pueda tocarse, que pueda invertirse en tu entierro o tu recuerdo. A mí, déjeme de filósofos y de maestros de la UACJ, que a esos también los andan matando como a pollos.

Todos callaron por breves instantes, hasta que Víctor volvió a hablar por última vez antes de que todos se levantaran para dirigirse a sus taxis y catorciaran en la noche hacia sus madrigueras.

—Si la vida valiera mil dólares, habría menos muertos porque alguien tendría la responsabilidad de pagarlos. Aunque fuera el Chaparrito Feliz desde El Paso —apostilló.

Guacanieve

Y llegó la navidad, como siempre lo hace. La navidad que siempre es roja y es blanca. A veces roja como la sangre que bombea por la ilusión del reencuentro con los seres queridos; blanca como la nieve que tapiza las calles para que los niños las pueblen de muñecos con nariz de zanahoria. En Juárez la navidad también es roja y es blanca: roja como la sangre que se derrama cada día por la calles, blanca como un sudario.

La navidad llegó sin grandes pompas ni alharacas. Por la puerta trasera del invierno. Discreta como cuando la mitad de los juarenses cruzó a El Paso para celebrar la Independencia de México en Estados Unidos. Esa noche el Chaparrito Feliz, alcalde del famoso matadero de seres humanos, agitó su banderita ante una Plaza de Armas vacía de ciudadanos y llena de fantasmas.

Pero el ser humano es un pertinaz superviviente de sí mismo. Resulta ser su mayor destreza. Las tradiciones humanas permanecen incólumes, a pesar incluso del dolor y del hambre, del no encontrar un motivo de celebración cuando no se cuenta ni con un mendrugo de pan que mojar en vino una Nochebuena. Fue la tradición la que impulsó a algunos juarenses a adornar la fachada de sus casas con la parafernalia que invoca la paz y el amor en un camposanto con reclamo perpetuo de nuevos inquilinos.

Pero atención, ya nunca podrá ser como antes. Ni aunque todas las almas así lo quieran. Si por un momento permaneces atento estos días, ya no escucharás aquel trasiego de autos que surcaba las calles en busca de regalos y concedía a la ciudad la característica de un rugido perpetuo. Escucharás sólo un zumbido cauto y sigiloso, el ahogado sonido de una manada de animales acorralados que mueven sus músculos para huir de la crueldad de un tigre que recorre la jungla. Ya no verás los centros comerciales rebosantes de ciudadanos que aprovechan cualquier ocasión para encontrarse con la mirada y sonreír con solidaridad ante fechas tan familiares. Nadie tiene razones para sonreír, y mucho menos para mirar a los ojos a un desconocido o esbozar una sonrisa que invoque el antiguo candor. Los juarenses se mueven en estos días por laberintos de silencio, con la vista baja y la mano nerviosa en la cartera. Antes de abrir la puerta del auto, miran con recelo a todas partes, por si aquel Papá Noel que se acerca lo hace con una pistola en la mano, o por si los adolescentes aturrados de agua celeste le han puesto un precio a tu cabeza. Llegará un año nuevo para quienes sobrevivan, pero nadie sabe a ciencia cierta quién participará a partir del 1 de enero en la nueva pozolada colectiva de sangre. Pero todos sin excepción

se cocerán en esa sopa recetada por los chefs de las cocinas de México y de Washington.

Los que pueden se marchan, por unos cuantos días o para siempre, a regiones menos furiosas donde puedan comprender los conflictos de James Stewart y su ángel de la guarda. Donde puedan escuchar campanillas que les aseguren que un ángel ha ganado sus alas. En El Paso, por ejemplo. No hay ángeles que recorran Juárez para ganar sus alas. Incluso en navidad puedes escuchar cómo los demonios truenan los huesos de sus dedos antes de empezar a ganarse el Infierno.

Las iglesias están vacías. Los monaguillos se bebieron el vino y los cholos se comieron los últimos restos del cuerpo de Cristo. Los cuadros de santos robados se subastan por E-Bay y las últimas vírgenes sin pedestal ponen un precio a su relicario porque ya no hay trabajo ni dinero. Estos son tiempos de pecado, brody, de afrentar a Dios si es preciso; al cabo, con suerte mañana vendrán tiempos de arrepentimiento.

Así es como ahora la navidad se desenvuelve en la frontera. Un atisbo de su antiguo encanto se produce cuando, como por ensalmo, los cielos se convierten en un tapiz de cristal crujiente y por sus rendijas cósmicas se abalanza sobre Juárez la nieve. Llega discreta y silenciosa, pero persistente. Sin el rugido del trueno ni el destello del relámpago. Llega limpia y humilde, se desvanece ante los ojos antes de posarse sobre los árboles, las avenidas y las casas con sus melindres de pluma y sus cosquilleos de agua.

Así lo siente Pocamadre mientras mira por la ventana. Incluso él, que conoció tiempos mejores, guarda inviolable un rincón sensible a las navidades que no volverán. La Nochebuena se

fue sin nieve donde pintar con la sangre de los muertos palabras complacientes de guerra justa. Pero hoy, cuestión de magia por las fechas, el cielo ha sido generoso con Juárez y le concede el pictórico don de la nieve. Son las nueve de la noche, y Pocamadre tiene una cita en casa de Zebulón. Es Nochevieja y las alegrías de los niños ya pasaron. Recibieron a algún Papá Noel zaparrastroso con barbas falsas, pero a ellos no les importó cuando de su saco rojo extrajo los ansiados regalos. Y con aquellas ilusiones cumplidas, se desvanecieron también los billetes en los bolsillos de sus papás.

La navidad es cosa de niños, se recuerda Pocamadre. No tiene sentido afrentarla o sentirse mal con ella. Lo importante es ver cómo los niños la reciben con la ilusión que a los grandes ya no les corresponde. Vuelve a su sillón y toma un trago de una botella de mezcal que unas noches antes había dejado Blasillo. De todos modos, se dice Pocamadre, yo no tengo niños ni falta que me hace. Entonces recuerda el viejo dicho que cifra una vida plena: plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. El mezcal bien derecho comienza a hacer su efecto. A veces, en invierno, lo vuelve ingenioso. Piensa que no ha cumplido con esos ideales de vida. Todo lo más, chocar un par de árboles, quemar algunos libros para una carne asada y tener a las hijas de otros (cuando se dejan). Enciende un Delicados y arroja el humo contra la lámpara de la recámara. No le gusta la navidad porque todo le recuerda que es navidad.

El ambiente comienza a volverse más frío por el efecto de la nieve que poco a poco cubre las calles. Podría tomar su celular y llamar a Zebulón para disculparse, pero no le apetece. Todos están en casa con sus familias, como Víctor, Elvis y Blasillo. Petra anda en

Zacatecas haciendo lo propio en compañía de Dorita. Sólo Zebulón está, como quien dice, tan solo como él.

—¿Qué transa con la noche de año nuevo, Pocamadre? —sondeó con cuidado.

—La pasaré en mi cantón con una botella y mirando tele.

—No seas gacho, Poquita. Ven conmigo a casa. Lourdes y yo estaremos solos.

—¿Y los chamacos?

—En los Estates, dónde si no. Este año no vienen, se les complica el viaje y no se atreven a venir a Juárez por los crímenes. Además, están los de la migra mexicana, que los asaltan en cuanto ven que vienen del gabacho y traen feriota.

—¿Y por qué no fueron allá ustedes?

—Ya sabes, Poquita, que la Lourdes está delicada. La diabetes la tiene sometida.

—Uta.

—Sin llorar, Poquita, que aquí seguimos para contarlo. Aunque tú seas un hereje, ¡Dios es grande y todavía mira por nosotros!

Mugre telescopio el de Dios, pensó Pocamadre, pero se calló porque no tenía caso discutir con Zebulón.

—Trae tu botella a casa, acá te la echas y cenamos algo. Luego vemos una de vaqueros bien chidota.

Ah, qué Zebulón, pensó Pocamadre con una sonrisa. Ya me quiere enjaretar una de sus pelis de vaqueros. Las de vaqueros eran las favoritas de Zebulón. Le recordaban sus buenos tiempos de juventud, cuando traía y llevaba a John Wayne y se acodaba con él en la barra del Kentucky. Los tiempos dorados de la ciudad, cuando las cantinas de la Juárez y la Mariscal se llenaban de turistas gringos.

Cuando John Wayne andaba por la zona y quería comprar *mexican curious* para su rancho y luego echarse unos tragos en Juaritos, llamaba a Zebulón y éste lo paseaba todo el día. Gracias al Duque comenzó a hacerse de clientes que venían a la frontera a divorciarse o a echar un *quicky*, y a Zebulón le gustaba presumir de líos y aventuras con algunos de ellos. Cuando se juntaban todos en El Moridero, Zebulón a veces se ponía necio y afirmaba que él debería tener una estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood, y los muchachos gastaban bromas a su costa que él encajaba con mal talante.

—Ustedes, cabrones, no saben quién fui yo —zanjaba siempre Zebulón el cotorreo a su costa. A veces contaba algunas historias de sus viejos tiempos que nadie creía.

Pocamadre apuró el cigarro y el trago y se vistió con suficiente ropa como para no helarse durante el trayecto hasta la casa de Zebulón. La nieve continuaba cayendo, ajena al porvenir y al presente de la ciudad. Después de tomar una botella de la alacena, entró en su nave y la echó a rodar. A medida que avanzaba hasta su destino advirtió la desolación de la ciudad, que parecía el vientre de una bestia con intestinos de ladrillo y de acero. Se detuvo frente a un Superette a comprar algunas viandas, en el fondo sólo unas tonterías: unas bolsas de tostitos, algunas aceitunas y un par de dips, uno de cebolla agria y otro de queso cheddar. Quiso adquirir una botella de whisky, pero le dolió el codo. Al cabo Zebulón no bebería nada mientras viese su película del Oeste. Las fiestas eran malas fechas para los taxistas, sobre todo ahora que la mayor parte de la raza se había quedado sin un cinco y no se congregaría en familia para recibir el año nuevo, ni con alegría ni con pesadumbre. No sentía mucha ilusión por el año que llegaba, sólo deseaba que 2010 acabara de marcharse mucho a la chingada.

Al salir del Superette le llegó el jolgorio proveniente de una casa cercana. Se trataba de una vivienda vieja, de aquellas que antaño se construían con ladrillos de adobe, calientes en invierno y frescas en verano. El patio estaba cercado por unas bardas de madera semi-derruidas, y en el exterior advirtió un Peugeot casi desmantelado, con la cajuela convertida en trastero del hogar por donde asomaban unos fierros viejos. Tres niños jugaban con la ilusión de los siete u ocho años, se arrojaban puñados de nieve bajo un árbol tan triste como el paisaje general. Sólo los chiquillos no parecían advertirlo, inmunes a la desolación de la miseria. De la destartada casa provinieron unas voces y uno de ellos corrió hacia el interior.

Mientras se dirigía a su taxi, Pocamadre advirtió que aquel pequeño reaparecía con una torre de tortillas de maíz calientes.

—¡Buenas noches, señor! —le saludó uno.

—Buenas noches —respondió Pocamadre divertido— ¡y feliz año!

—¡Feliz año, señor! —corearon los tres chamacos mientras se repartían las tortillas con felicidad.

Mientras abordaba su mueble, Pocamadre advirtió con cuánta fruición rellenaban las tortillas calientes con puñados de nieve fría mientras se pasaban uno a otro una lata vieja rellena de guacamole. Sirviéndose de una cuchara, embadurnaban con alborozo la nieve de las tortillas, y antes de que éstas se enfriaran, corrían hacia sus bocas inocentes para derretirse al fin en sus estómagos vacíos.

Pensara lo que fuese Pocamadre en aquel momento, lo interrumpieron los gritos de dos mujeres y un hombre y el fragor de un AK-47 a pocas cuerdas de allí mismo. Los cuernos de chivo habían vuelto a hablar. Los niños reaccionaron con entusiasmo.

—¿Oíste?

—¡Qué chido!

—¡Córrele!

Y a continuación salieron disparados en aquella dirección, excitados por el espectáculo de la sangre.

Pocamadre consultó su reloj y supo que eran las 9:40 de la noche. De la última noche del año. Un año que dejaba en la ciudad un saldo de 3,111 cadáveres sobre la banqueta. Como ahora aquellos desdichados sobre la nieve. Números, nada más. Ni siquiera personas. Vidas de desecho, como las de todos.

Pocamadre le metió sietechanclas al acelerador y emprendió de nuevo el trayecto hasta casa de Zebulón.

Los ojos de la ciudad

Pocamadre estacionó su nave frente al local. No quiso adentrarse en el concurrido estacionamiento, pues sabía que, al ser sábado por la noche, lo encontraría a rebosar. Aparcó el taxi en la acera contraria, al lado del Rapiditos, bien a la vista de los borrachos que necesitaran ráid, o de las dulces meseritas, bovinas y sentimentales, que constituían una de las principales atracciones del Butterfly.

El Butterfly era todavía una de las principales cantinas de Ciudad Juárez: tan vieja como la luna de los años setenta. A pesar de que la mayor parte de los negocios del ramo había tenido que cerrar por culpa de las extorsiones, ésta había aprendido a sobrevivir en mitad de la guerra. Al entrar descubrió el Butterfly aturrado de clientes. Un olor a perfume barato, alcohol y cigarrillos lo envolvió como un disfraz de esquimal durante una fiesta en agosto. Se acercó a la barra,

se acomodó como pudo entre dos cheros y se sentó frente a Dorita, que lo contempló con inmensa alegría.

—Hola, tío, ¿qué le pongo? —le preguntó ella dedicándole una amplia sonrisa.

Dorita se encontraba recién llegada de su pueblo, allá por Delicias, y era una buena chica. Era la menor de las hijas de su hermana Honorata, la que ahora vivía en Kansas. Lozana, oronda y graciosa, Dorita vestía con frecuencia en el Butterfly un traje rojo. Parecía un hermoso queso gouda llegado de Holanda para dar guerra.

—Una chela bien helada y un reposado. Luego ya veremos.

Dorita se volvió veloz hacia las botellas y le sirvió un tequila dorado y brillante que se deslizó sedoso por el caballito como terciopelo. A continuación, de un refrigerador extrajo una cerveza Victoria.

—Ya hacía rato que no me lo topaba, tío. Tiene que darse la vuelta más seguido.

Pocamadre sonrió con ternura mientras tomaba la cerveza y depositaba un primer sorbo entre sus labios. Era bien buena chica la Dorita. Diecinueve años recién cumplidos, buena cristiana y desprendida como pocas. Pocamadre le guiñó el ojo y le dedicó un gesto con la botella antes de volver a ponerla sobre la barra. A él no le importaba que Dorita trabajara en el Butterfly. Lo que hacía con su cuerpo era cosa de ella, y si al rato quería encamarse con alguien era muy su rollo, que al fin y al cabo, nadie la obligaba y se trataba de una jovencita fresca y apetecible como una cocacola helada un día de campo. Y él no estaba ya para juzgar a nadie, ni dar lecciones de moral. En los viejos tiempos de la Juárez había amanecido más de una vez entre muslos succulentos y melones pletóricos de leche y miel. Y estaba la pinche crisis mundial de la que no

paraban de hablar las televisoras... Ni las maquilas tenían ya trabajo para quienes lo necesitaban. Estos no eran tiempos de remilgos.

Pocamadre miró hacia su derecha mientras Dorita coqueteaba con un crucifijo sobre su escote y se inclinaba hacia adelante para que el vaquero de la izquierda, güerito como un mormón de Casas Grandes, dejara patinar sus ojos por aquellas manzanitas más ricas que las de Cuahutémoc. Llegaba del fondo del local gran alboroto. Dos individuos con pinta de gabachos constituían el centro de atención de una turba de clientes entusiasmados. Contemplaban unas hojas que se pasaban unos a otros.

—¿Pues esos qué traen? —preguntó a su sobrina.

—¡Ay, tío, si supiera! Son dos artistas franceses que andan haciendo un libro sobre Juárez. Pintan su retrato a todos los que se lo piden, y la raza anda bien volada. ¿Quiere ver el mío?

Dorita se agachó para registrar entre sus pertenencias, y aprovechó para marcarle al vaquero de la izquierda dos nalgas que parecieron el mapamundi desplegado de Américo Vespucio. Cuando se incorporó, ostentó muy contenta ante su tío un retrato en blanco y negro. Él lo tomó para examinarlo antes de volver a beber de su cerveza y proporcionar el primer beso a su tequila. Estaba relinda la Dorita en el retrato, se dijo Pocamadre, como un queso redondo que presidiera una vitrina.

—¿Y te cobraron mucho, m'ija?

—¡Ay, tío, cómo cree que van a andar cobrando! ¿No ve cómo se vuela la raza de contenta? ¡Es que son artistas, tío! ¡De Francia! ¿Cómo ve?

Pocamadre devolvió el retrato a Dorita y se detuvo a mirar con atención al concurrido grupo de clientes. En un rincón el mayor de

ellos, un individuo pequeño y muy delgado, extraía de los rostros que le rodeaban trazos que vertía con un pincel sobre un cuaderno de dibujo; el segundo de los franceses, un hombre de cuarenta años con el cabello estropajoso, dibujaba también en un cuaderno más pequeño sobre otra de las mesas. En medio del trasiego de cervezas y botellas de licor, en mitad de la jarana y de la celebración, distinguió entre los festejantes a un viejo cliente suyo de otros tiempos. Tocado con un sombrero negro, había adelgazado bastante y caminaba ahora con la ayuda de un bastón. Era un periodista llamado Miguel Ángel. Una reportera española, a quien a veces traía y llevaba en su taxi, le había contado que Miguel había sobrevivido a una embolia. Pocamadre sonrió al verlo. Él también lo había descubierto pertrechado en la barra.

—¡Pocamadre! —le gritó dirigiendo el bastón hacia donde estaba sentado. Con pasos lentos, apoyándose siempre sobre el bastón, Miguel comenzó a aproximarse con cadencia de punto y coma. Los franceses guardaron sus aperos de dibujo y, detrás de ellos, al menos quince individuos se desplazaron en bloque. Miguel estrechó la mano de Pocamadre.

—¿Qué onda, cabrón? ¿Ya no paras por la Vicente?

—La Vicente está muerta, Miguelón. Ahora estoy en el Sitio Moridero, cerca de la Juárez. Todavía resiste un poco.

Detrás de él, los franceses lo miraban con atención, como si radiografiaran los vellos de su cuerpo de gorila. El mayor extrajo una hoja de su morral y le dirigió la palabra.

—Te cambio tu *diburro* por tu *merror* sueño para *Ruarés*.

Pocamadre se quedó atónito. No había entendido ni media palabra.

—¡Ándele, tío, aproveche! —lo espoleó Dorita— ¡Saldrá en el libro y lo verán todos en Francia!

Pocamadre sonrió con esa media sonrisa oblicua que usaba cuando quería decir que ni mais sin parecer agresivo.

—Mis sueños son cosa mía —respondió antes de devolverse a su cerveza—; pero me alegro de verte, Miguelón.

A continuación sacó una tarjetita de papel común del bolsillo de su camisa y se la tendió al periodista. En ese momento reparó por primera vez en que un integrante del grupo lo examinaba con ojos demasiado penetrantes, más de cuánto le gustaba que lo mirase cualquier cabrón.

—Por si un día te hace falta, Miguel, ya sabrás dónde encontrarme.

—Vientos. Ya no salgo como antes, pero igual te llamo para que le des ráid a los franchutes. Cuídate, cabrón.

Miguel inició el camino hacia la puerta seguido por los franceses. Pocamadre se concentró entonces en su cerveza mientras el resto del grupo se dispersaba y volvía a las botellas, todos muy contentos con sus retratos en mano. Sólo uno de ellos permaneció bien quieto en el sitio, a un costado de Pocamadre, mirándolo con mucha atención. Demasiada, para su gusto. El taxista fingió no verlo, apuró el tequila de un trago y tomó otro sorbo de cerveza.

—¿Qué, ya no le gusta el sotol, o aquí no tienen? —le preguntó el individuo como si le recriminase algo.

Pocamadre se volvió hacia él con agresividad.

—¿Se dirige a mí?

Se le quedó viendo fijamente, de arriba abajo. No tenía ni medio chingadazo el desgraciado. Ni tenía pinta de ser cliente habitual del Butterfly. Era un individuo flaco, casi escuchimizado, con un pantalón

de mezclilla azul, una camisa corriente y una chamarra muy equis. No mediría más de un metro cincuenta de estatura. Pocamadre lo miró con desprecio y luego se detuvo en su cara. Tendría alrededor de cuarenta años mal conservados, cabecilla aplanada con un rostro moreno y demacrado, los ojos pequeños y muy separados en la cara, más bien derrumbados sobre unas ojeras que parecían sepulcros, debajo de unas cejas tan lampiñas como el bigotucho recortado que lucía bajo un hocico protuberante. Lo que más jodió a Pocamadre era la mirada inquisitiva de aquellos ojillos negros de comadreja, y una sonrisa de sabelotodo que ganas le dieron de borrarle con patadón en los huevos para luego arrojarle a la calle por la puerta del Butterfly.

—Creí que le gustaba más el sotol —volvió a insistir aquella especie de comadreja con sonrisa de profesorcillo sabihondo.

Pocamadre se le quedó mirando todavía con mayor atención, mientras cerraba el puño de la mano izquierda y apretaba más la botella de cerveza con la derecha. Le sonaba de algo la cara de aquel fulano, pero no podía recordar de dónde ni de qué. Intentó hacer memoria, pero en aquel momento resultó en vano. Sí, le encantaba el sotol, sobre todo en las noches de invierno, cuando el frío aprieta y cuerpo y alma agradecen una botellita de sotolito y una morrita, calientes los dos para ahuyentar el frío. Pocamadre resopló antes de contestar:

—¿Nos conocemos de algo?

A modo de respuesta, sonrió como si tuviera algo que recriminarle, como si Pocamadre le hubiera bajado la novia en tiempos de la secundaria.

—Pues si no nos conocemos —concluyó el taxista con desprecio—, diríjase a sus asuntos, que yo tengo los míos.

Pocamadre hizo una seña a Dorita para que le sirviera otra cerveza, y ella extrajo una del refrigerador. Con movimientos casi imperceptibles, la comadreja aquella se disolvió en el fondo del antro y se pertrechó en un rincón mientras examinaba con cierto aire de superioridad al taxista, con resentimiento de apache relegado en una reserva. Éste le dirigió un par de miradas con disimulo, pero a la tercera advirtió que ya había desaparecido del rincón y tampoco resultaba visible en el interior del Butterfly. Entonces se clavó en su cerveza y sus pensamientos.

Putá madre, se dijo. Me ha cagado el pendejo aquel. Ni para qué ponerle la mano encima al cabrón, me lo hubiera quebrado como huesito de pollo a la primera maroma y me habría visto bien gacho. Además, no lo iba hacer delante de Dorita. Pocamadre no quería crearle problemas a Dorita en su lugar de trabajo, así que no era momento para riñas. Como se lo encontrara en la calle, iba a ver el hijo de la chingada lo que era bueno. Lo pondría bien a caldo y además le pasaría el taxi por encima. No hubiera sido la primera vez, pero, ¿de qué le sonaba la cara de aquella comadreja metiche?

—Psstt, Dorita, m'ija.

—Dígame, tío.

—¿Viste al bato que estaba hace un momento a mi lado?

—Cómo no, tío, ¿qué tiene?

—¿Lo conoces de algo? ¿Es cliente de aquí?

—Cómo cree, tío. Creí que era algo de usted por cómo lo miraba.

—Ándale, m'ija, está bien, vuelve a tus asuntos.

—¿Algo va mal, tío?

—Qué va, reina. No te preocupes.

El taxista barruntó una pequeña blasfemia antes de volver a su chela. Calma, se dijo. La comadreja aquella ya había desaparecido. Le sonaba su cara, pero con dificultad podía ser de haberlo visto en el Butterfly, o quizá sí. ¿Cuánto hacía que no pisaba aquel antro? Echó cálculos. Fue cuando Dorita llegó de Delicias en busca de trabajo. Se había dado la vuelta por allí la primera noche, y vio a Dorita muy contenta con su vestido rojo, bien acoplada con las otras meseras y la clientela. Quizá la comadreja andaba entonces por allí, pero intentó hacer memoria. ¿Por qué le había mentado el tema del sotol? Él no había tomado sotol en aquella ocasión, todavía hacía calor entonces, lo recordaba a la perfección, y cuando se daba vuelta por un antro sólo pedía cerveza, o cerveza con tequila helado. ¿Cuándo había vuelto por el Butterfly? Durante las dos semanas siguientes anduvo dándose sus vueltas por el antro para saludar a Dorita, pero, lo recordaba muy bien, había pedido cerveza sola. Luego dejó de ir, cuando comprobó que su sobrina estaba bien asentada y no tenía caso andar dándose la vuelta tan seguido. Al cabo, ella tenía su número de celular. En definitiva, no la veía desde hacía mes y medio, quizá más.

Agotó la cerveza de su botella, chistó a Dorita y depositó un billete de doscientos sobre la barra.

—Yo le invito, tío.

—Ni de broma, m'ija, cóbrate lo que te debo y agarra cincuenta más para tus chicles.

Dorita sonrió y los cachetes se marcaron como sendos globitos de nácar.

—Pues no sea desobligado, tío, que ya ve que sólo lo tengo a usted en Juárez, y poco lo veo.

—A la próxima semana me doy otra vuelta.

—A ver si es cierto. Cuídese mucho, tío.

—Tú también, m'ija, recuerda que no estás en Kansas.

Abandonó el Butterfly con pesadez, mirando hacia todas partes por si volvía a ver a la comadreja en cualquier esquina. Esperó cinco minutos junto a su taxi, esperando que cayera algún cliente. Como no fue así, cuando montó en su nave comenzó a pensar de nuevo en aquel tipo mientras manejaba hacia su cantón.

Si no lo conocía del Butterfly, tenía que tratarse de un pasaje que hubiera levantado en tiempo reciente, o quizá no tanto, pero ahí estaba más difícil. No se trataba de ninguno de sus clientes habituales, eso resultaba claro, ni de nadie vinculado con ellos. Siguió haciendo memoria. ¿Se trataría del cliente de alguna de las meseras o suripantitas que rondaban por los alrededores del Moridero? Lo descartó de inmediato. Y si era así, ¿qué tenía que ver el sotol con todo aquello? Intentó recordar si había sido algún pasajero que hubiera tomado al vuelo, de esos que a veces te hacen el alto cuando vienes de dejar a otro cliente y te dan conversación mientras los llevas a donde te piden. A veces ocurre que los taxistas somos medio “psicolocos”, reflexionaba Pocamadre mientras se acercaba a su casa, y le damos cháchara a los clientes para hacer más llevadero el trayecto. O ellos nos dan conversación a nosotros, por aquello de congeniar un poco con el conductor. A veces resulta que también los clientes son nuestros “psicolocos”, se recordó. De todos puede aprender uno algo, en un momento dado, o comentar una noticia del *Diario*, o ciscarse en la madre del alcalde o de los políticos pelagatos que tenemos en Juaritos. Hablar por hablar, nomás por humanidad. Sus ojos grises se detuvieron sobre el espejo retrovisor mientras intentaba visualizar a la comadreja sentado allí atrás, enmarcado en el rectángulo del

espejo. Hecho un mierdecilla planchado sobre los asientos, mirán-dole con los ojillos escrutadores mientras platicaban de pistos y de cantinas. Imposible, se reafirmó, aquel individuo no había estado nunca sentado ahí atrás, y menos en los últimos tiempos, porque yo lo tendría bien recortadito en la memoria.

Al llegar a casa introdujo el auto en la estrecha cochera, suficiente para que su nave quedara a buen resguardo durante la noche. Desde que Calderón enviara a Juárez a los de la Federal y el Ejército, la ciudad se había llenado de amigos de lo ajeno. Jodido estaría si le robaban su único medio de sustento. Con pesadez se sentó frente al televisor y lo encendió para ver si había alguna noticia de interés. Al cabo mañana no tenía que levantarse demasiado temprano, pues eso era lo bueno de ser autónomo y manejar su propio vehículo y no tenerlo de renta, eso era lo bueno de no compartir la paga con una esposa, lo bueno de no tener hijos, ni padres ni a nadie. Sólo Dorita era ahora su único pendiente, pero la chamaca había demostrado ser bien trucha y saber nadar por la corriente. Al rato tendría su guardadito para dirigirse a Kansas con su madre o hacer con sus billetes lo que se le pegara la gana. Se agitó incómodo en el asiento al ver que en la tele sólo emitían pendejadas, y volvió a sentirse violento al recordar a la comadreja. Se levantó con determinación y, de un mueble de la pequeña cocineta llena de trastos por lavar, extrajo justamente una botella de sotol en la que quedaba un cuartillo. Se la llevó con él ante la televisión y se sirvió un caballito primero, luego otro y luego un tercero.

Por lo general, sólo tomaba sotol cuando se encontraba en su cantón, y habitualmente nadie extraño entraba en él, mucho menos una comadreja fétida. Tampoco habían entrado a robarle desde que

vivía allí, por eso había abandonado su anterior piso de alquiler por éste más pequeño, menos caro y más discreto. Si no era un ladrón ni había sido invitado a su casa, ¿cómo sabía la comadreja que por lo general guardaba una botella de sotol para que el sueño se aprontara cuando llegaba el fin de la jornada? De nuevo intentó hacer memoria. ¿Quién había entrado en su casa recientemente? El pasado domingo Petra había pasado por allí antes de irse a las luchas, pero ni le había ofrecido sotol ni había venido acompañada. También los muchachos del sitio sabían de los gustos de Pocamadre, no eran ningún secreto, y hace poco lo habían visitado Zebulón, Víctor y Blasillo, y se habían echado unos buenos tragos antes de decir ahí nos wachamos. Hacía como un mes, evocó, se permitió un capricho. Se había llevado a una chava de un bar y había pasado la noche con él, tomaron sotolito bien rico, pasó lo que tenía que pasar y, a continuación, la invitó a tomar las de Villadiego. Ella hizo algo de borlote, que cómo la ponía así en la calle como a una piruja; porque eso es lo que eres, no te hagas, ya te pagué; te a va a cargar la chingada, cabrón, y dónde voy yo a estas horas; pues llama a tu padrote, golfa, que venga por ti y se la sigas chupando a alguien por el camino; no tienes madre, cabrón, insistió ella; Pocamadre me llaman, ya te dije, y no me gusta roncar a dúo por las noches; 'ora verás, puto, voy a llamar a un compa que venga por mí y al rato te va a hacer la vida de cuadritos...

Y Pocamadre le dio con la puerta en las narices, salió dando voces y esperó en la calle un rato hasta que un carro pasó por ella y se la llevó con rumbo a lo desconocido y al olvido eterno.

Sintió cómo la cabeza le pesaba un poco. No era bueno mezclar los pistos, eso se aprende desde quinceañero, y ya llevaba varias cervezas, tequilas, y ahora el sotol que lo convidaba al sueño. Agarró la

botella vacía, la tiró al bote de basura, extrajo la bolsa y salió para depositarla en el tambo de la calle. Mientras hacía todo esto de forma mecánica se dijo que bah, que al demonio con todo aquello, que daba igual quién fuera la comadreja o de quién fuera compa o qué supiera de su vida. Si un cliente, o un familiar de Blasillo, que tiene decenas y a todos les platica de su compa Pocamadre, que para Blasillo es como un padre.

Durmió a pierna suelta toda la noche y despertó con los primeros atisbos de la madrugada. Ahora su ánimo estaba sereno, se dio un buen regaderazo y luego preparó café bien cargado para acompañarlo con dos o tres Delicados sin filtro que le acabaran de despertar.

En la calle escuchó ruidos como si un perro escarbaba entre las sobras de una Nochebuena. Se asomó con discreción por la ventana retirando un poco la cortina por la que se filtraban los primeros rayos. Un hombre pequeño vestido con una chamarra muy equis, de orejas protuberantes y redondas, hurgaba en su tambo de la basura. De la bolsa pepenaba unos cuantos botes que con cuidado depositó en otra bolsa que cargaba en la mano izquierda. Pocamadre lo miraba con desinterés hasta que del contenedor extrajo la botella de sotol que había tirado la noche anterior, y el hombre levantó la mirada. Pero antes de que el individuo se encontrara con los ojos de Pocamadre, el taxista dejó caer la cortina de la ventana y se alejó lo más que pudo de su vista.

El laurel del sol

Los dáctilos del sol hubieran querido marcar su cuerpo con uñas de fuego.

Se llamaba Dafni Otilia, pero nunca respondía por Dafni. Le gustaba escuchar “Otilia”, sobre todo cuando era pronunciado por voz varonil. Entonces ella se volvía dirigiendo primero la cabeza por encima del hombro: ¿Mande? Clavaba sus ojos violetas y violentos sobre ese hombre y coqueteaba con él hasta sonarse la nariz con aquel insignificante corazón. Otilia se trataba de un nombre rudo que no hacía mucho honor a su persona. Ella era una pitusa trigueña que servía platos en un restaurante de Arbolillo, un diminuto rincón de Veracruz frente al océano. Dos hileras de casas a ambos lados de la autopista, muchos restaurantes y el bravío mar. Aquella rudeza de su nombre contrastaba con ella, por eso le encantaba. Le gustaba

sentarse con los clientes a platicar del mar y del sol, sobre todo cuando comían a medio día arroz a la tumbada, que la cocinera sabía preparar como nadie. Arroz a la tumbada, manjar de cardenales y de reyes: arroz cremoso rebosante de camarones y calamar, jaiba y jitomates, pulpo y una pizca de sol del Golfo, para enamorar también la mirada. Los lugareños aseguraban que, a veces, los ángeles descendían a la tierra para comer en Arbolillo arroz a la tumbada. En esos momentos de mediodía, el sol se reflejaba en sus ojos color violeta y Otilia refulgía como astro insólito.

—¿Y bajas seguido a la playa, Otilia? —le preguntaban a veces los clientes.

—Sólo cuando cae la tarde —respondía mientras miraba de reojo al sol de Arbolillo como si le retase—. Durante el día no voy. No quiero que *ése* me quite mi color —concluía coqueta acariciándose ambos hombros con cada mano.

Aunque ella se sentía orgullosa de ser güera y no prieta, en realidad no era güera, sino trigueña. Se sentía dichosa de su piel color de miel y del tono dorado de maíz salvaje de su cabello. No toleraba que la llamasen Dafni en vez de Otilia. Le molestaban esos nombres con que algunos tontonacas, como ella los llamaba, infligían a sus hijas: Dafni, Petunia, Larissa, Bombay o Saharay. Como si con esos nombres se les fuese a quitar a las chavas el olor a pescado. Una chica debe oler a pescado donde debe oler a pescado, se decía siempre Otilia. A ella le gustaba llamarse Otilia, y que así le dijeran, porque había un contraste entre ese rudo nombre y la gallardía de su cuerpo. Otilia no era muy alta, pero sí espigada y ligera. Con unas caderas bien proporcionadas, lo justo para llamar la atención sobre sus dos nalguitas que ella sabía mover ni mucho

ni poco, para captar el interés de los hombres sin que nadie creyera comérsela entera con los ojos. Para dejarlos con ganas de más. Tetas como mandarinas jugosas coronadas por un dátil dulzón. Su cabello era muy largo, pero llamaba la atención que siempre lo recogiese en un moño tan alto que en él bien hubiera podido esconder una pistola.

Y le gustaba el sonido de Otilia al pronunciar su nombre. Le encantaba sentir un redoble de tambores salvajes al escucharlo. No podía saberlo, porque apenas había concluido la primaria, pero su nombre sobre ella adquiriría toda su belleza por contraste. A veces, cuando se aburría esperando que llegaran los clientes al restaurante se ponía a pronunciarlo hasta hartarse: Otilia. Otilia. Otilia. ¡Otiliaotiliaotiliaotiliaotilia! Su nombre resonaba dentro de su cabeza como a visigodos entrando en Roma para saquearla, a tribus de apaches rugiendo por las praderas, a burgundios o frisonos incendiando iglesias y pueblos a su paso...

A ella le gustaba Otilia porque era un nombre feo y ella era muy bonita. No necesitaba que nadie se lo dijera, porque ella lo sabía, pero además se lo decían. Se lo decían Tomás el de la tortillería, Genaro el de la gasolinera y Everardo el dueño de varios restaurantes de Arbolillo. Y por eso se sentía bien cabrona. Se sentía la vieja más cabrona de Arbolillo, le gustaba pensar que por donde pasaba no volvía a crecer la yerba, y aquello la excitaba. Se sentía como princesa soñada de libros antiguos.

Un día llegó allí un mindundi de Ciudad Juárez y ella se sentó con él mientras comía arroz a la tumbada. Se cayeron bien. A él le gustó ella por todo lo anteriormente dicho. A ella le gustó él porque se llamaba Aníbal y lo decía todo bien bonito: decía Shihuahua,

shela, shiquita, shiquistriquish. Le explicó que trabajaba como numerario no temporal para la banda de los Literatos Parricidas. Pasaron las horas y él le contó de sus chambitas y chambotas, de los gritos de sus víctimas y de su profesionalidad, de la mejor manera de cortar una cabeza con un hacha sin dañarse la muñeca o de cómo preparar la mejor emulsión de ácido para hacer desaparecer los restos de un cadáver. Ella lo miraba fascinada, con la boca abierta como bebé que pidiese biberón.

Aquel día ya nadie más comió arroz a la tumbada en aquel restaurante de Arbolillo.

¿Y saben por qué? Porque aquel fue el día en que comenzó esta historia.



—Yo la conocí cuando todavía era morrita de aquel bato, el de la cicatriz —explicaba Blasillo con candor a sus compas del taxi. Todavía traía los ojos rojos y apuraba su tercera cerveza. Se encontraban en la cantina Moridero, como siempre. Eran el Pocamadre, Zebulón, el Cuacua y Elvispresli. A pesar de todo, todavía hacían un esfuerzo por echar juntos una chela al día. Y es que estos tiempos ya no eran buenos tiempos. Desde que Felipe Calderón iniciara su guerra de los ratones y las ranas, el trabajo había menguado porque la mitad de los clientes de antaño habían huido de Juaritos o habían sido asesinados. Unos dizque por andar en malos pasos, otros por fuego cruzado.

Zebulón había sido el primero en leer la nota en el *PM*, y entonces le pasó el diario a Pocamadre, luego al Cuacua y a los demás

taxistas, y por último a Blasillo. Desde entonces, Blasillo había pasado el tiempo llorando.

—Al bato lo vi una vez, pasaba yo con el taxi y me hizo una seña. Me pidió que los llevara a tal sitio, y yo los llevé. Ella estaba bien chula, con aquel chongo tan alto que la volvía tan especial, con esa piel color canela o no sé qué. Ellos hablaban de sus cosas y ella se veía bien colada; se reía a veces de una manera especial: como un pajarito.

—¿Quién escuchó alguna vez reírse un pájaro? —intervino Pocamadre con intención de hacer guasa de Blasillo—, los que se ríen son las hienas, menso. Y las hienas no vuelan.

—Deja que siga, Pocamadre —zanjó Zebulón con autoridad.

—Cuando llegamos a destino, el bato me pagó con un billete de quinientos. No traigo cambio, le dije nervioso al ver el billete. Guárdate las vueltas, m'ijo, me respondió, sirve que le compras un vestido a tu amá. Entonces empezaron a alejarse y yo me quedé mirando a la chava bien bonito. Espere, les grité. Al darse media vuelta, el bato se me quedó viendo como diciéndome qué traes. Tome, añadí mientras le tendía una tarjeta del sitio, por si otra vez se le ofrece ráid. Él agarró la tarjeta sin mirarla, la metió en el bolsillo del saco y se dio media vuelta de nuevo sin decir palabra. Ella me miró con una sonrisa muy especial y unos ojos violetas que me volvieron loco. Me pareció una princesa, y Princesa la llamé a partir de entonces.

—Ay, Blasillo —interrumpió Zebulón—, ¿cómo que a tus treinta y tantos todavía creyendo en princesas?

Blasillo se encogió de hombros, suspiró como un niño y encendió un farito antes de dar otro sorbo a la cerveza. Al pequeño grupo se unió el Sepulturero.

—¿Y cu-cu-cuándo te la vo-volviste a cruzar? —quiso saber el Cuacua.

—Como a las dos semanas ella me marcó al celular. Me preguntó: ¿Es usted Blasillo Morales, un taxista muy educado y apuesto? Luego escuché su risita y la reconocí porque no había dejado de pensar en ella. ¿Pa qué soy bueno?, pregunté un poco nervioso. Me había puesto todo rojo al saber que me recordaba. ¿Podría recogerme frente al motel talicual dentro de media hora? Y en media hora ahí le caí.



Otilia no podía creer que Aníbal se hubiera portado como bárbaro africano. ¡Méndigo infeliz! Palabras de hombre, cagadas de gato, le advertía siempre su madrina. Por eso Otilia había sido siempre tan cabrona con los hombres: la más cabrona: la supercabrona. Pero a cada cerdo le llega su San Martín, sentenciaba siempre su madrina. Otilia recordaba sus sabias palabras mientras trapeaba los suelos del motel Las Once Mil Vírgenes para pagar la cuenta de las dos semanas que ella y Aníbal habían pasado en él a toda madre. Se fugó con Aníbal aquel mismo día que cruzó por Arbolillo. Fue un impulso irresistible. Su conversación la había vuelto tan loca que, al anochecer, se lo llevó a la playa para cogérselo bien rico y que él se la cogiera, así, apretadito. Se abrió para Aníbal como alas de mariposa y dejó que él, la noche y el mar la llenasen por completo.

—Vente conmigo a Juaritos —le pidió él mientras fumaba un cigarro mentolado tras otro de Mason & Dixon. El brillo de la luna

producía un efecto hipnotizador sobre la cicatriz que le cruzaba la cara, y los pelos de su bigote todavía brillaban por las gotas que había dejado en ellos la savia sabor de fémina de la que había bebido con ganas de acabarse el mar—. Te enseñaré a cortar cabezas y a hervir vivas a las personas. Juaritos es como un paraíso, y tú tienes talento pa eso y más. Lo malo es que orita hay musha competencia, y hasta los shamacos traen hieleras cargadas de cabezas. Serás mi cómpliza, shurrito. Ya verás... Te enseñaré a arrancar uñas como si fueran pétalos de margarita.

Desgraciado... En cuanto amaneció montaron en su descapotable y apretaron el acelerador hasta Juaritos. Otilia no se despidió ni de su madrina. Tuvieron sexo bajo el sol o bajo la luna, en los paisajes más lindos o donde se les pegara la gana. Llegaron directos a Juaritos y, tras sortear retenes de federales y del ejército, alcanzaron el motel donde ahora trapeaba suelos. La primera semana fue fantástica: la pasaron encerrados en el cuarto cogiendo a todas horas como macacos. Sólo lo abandonaban para comprar whisky o cerveza, encargaban para comer pizzas del Peter Piper y tacos del Tacotote.

—¿Me llevarás al Paso un día? —le preguntaba mimosa.

—Nomás que los gringos de los puentes andan bien culeros y seguro te niegan el permiso.

—¿Y cuándo dejarán de ser culeros?

—Sepa la bola. Esos no tienen pa' cuándo.

—¿Cuándo podré seguirte a la chamba?

—No sé, shurrito, ya veremos. Tengo antes que platicarlo con el jefe.

—Prometiste que me enseñarías a sacar ojos con una cuchara.

—Pos si te lo prometí, ya es un hesho. Ándele, ésheme más whisky y vaya bajándose de nuevo los calzoncitos.

Hijo de la vagándula madre... ¿Cómo pudo ella caer tan bajo? Dejarse engatusar, todavía, no digo que no, verbo mata carita en Arbolillo y en China, pero enamorarse... Esto era lo que más Otilia se reprochaba: que se hubiera enamorado de aquel gañán, de aquel estuprizador de meseras. Que si mi amor esto, mi shurrito lo otro; que ya verás qué buena pareja haremos, mi quesito shedar; que si ríete de Bunny an' Claid y que si la madre; que si le iba a enseñar esto y lo otro y brindarían con copas de champán rebosantes de sangre.

¡Pendeja mil veces! A la segunda semana comenzó a hacerse el desobligado, pero ella no se dio cuenta: era nomás verlo y la pancha se le hacía cocacola. Comenzó a ausentarse por motivos de trabajo, y ella no pudo decir que no fuera cierto. Volvía con fajos de billetes que olían bien padre, a fosa recién abierta, a lluvia repique-teando sobre los mármoles de los cementerios. Su mente se cegaba cuando él le contaba los detalles de sus trabajos y ella se prometía mil maravillas.

Un día la dejó tirada como un trapo, por eso ahora tenía que limpiar suelos y recoger condones en el Once Mil Vírgenes. Le salió con la excusa más vieja del mundo, cómo fue tan tonta de no darse cuenta en ese momento y pararle su carrito...

—Voy al Paso por más cigarros, ya no me quedan.

—¿Qué no puedes comprarlos en un Oxxo, papuchi?

—¿Tas loca? Yo sólo fumo Mason & Dixon, y éstos no los venden acá en el ransho, nomás en los Lunáited.

—Ta bueno pues, nomás no te tardes mucho.

—Nomás cruzo y ahí mero los compro, en el Ueta.

—Miraré la tele pues.

—Guashe los canales gringos, shurrito, aprenda inglés.

—¿Alguna vez mataste un gringo?

—Cinco o seis.

—¿Sentiste rico?

—Musho, la neta. La muerte sí es democracia, no shingaderas.

—¿Y... me quieres?

—Cómo no, shurrito. No desespere. Cuatro horas, cinco lo más, según esté la línea para pasar al Paso.

¡Pinche y repinche pendeja, una y mil veces! Y esperó las cuatro horas y las cinco, y esperó cinco por cuatro veinte, y veinte por cinco cien, y cien horas por quién sabe qué tantas... La había dejado sin dinero, sin celular... Pasaron tres y cuatro días, y a veces salía a dar una pequeña vuelta por los alrededores para matar el tiempo y para que la viesan viva los encargados del motel, y que de paso limpiasen el cuarto, porque apestaba a gata en celo y desatendida. Durante ese tiempo se alimentó de restos de pizza mientras comenzaba a masticar su resentimiento.

Una mañana tocaron a la puerta con toda la fuerza de unos puños insistentes, y ella acudió a abrir. Era la patrona del motel, una mujer alta y morena de mirada rigurosa que venía a reclamar el pago de las tres últimas semanas: cinco mil pesos.

—Yo no sé nada —respondió Otilia nerviosa mientras daba vueltas por el cuarto—. Se fue así, sin más, ¿qué quiere que le diga?

—Pues que alguien tiene que pagar lo que se me debe.

—Yo no traigo un cinco, el cabrón no me dejó ni pa' chicles. Avise si quiere a la policía.

La dueña profirió una carcajada sarcástica.

—¿Estás loca, mi'jita? No metamos a la policía en esto. ¿Dónde vas a vivir hasta que vuelva tu hombre, si es que vuelve? ¿Tienes familia en Juárez? ¿Conocidos?

Otilia negó con la cabeza y propinó una patada a un zapato.

—Te diré lo que haremos. Como necesito este cuarto, te sales de él ahora mismo. Me pagarás con tus servicios y te acomodaré en otro más chico.

—No me venga con eso de servicios. ¿Me tomó por puta?

La dueña del motel dibujó en su rostro una sonrisa que podía querer decir muchas cosas.

—Yo no alojo putas, por aquí las putas sólo vienen y van. Necesito quien limpie las habitaciones y alce las camas. Me pagarás con ese servicio mientras te adaptas a la ciudad y quedamos a mano con el dinero del cuarto.

Otilia pasó dos semanas limpiando habitaciones en el motel para pagar la deuda con la dueña, que a su manera se portó bien siempre. Era comprensiva con Otilia porque en su adolescencia también a ella se la trajeron de un rancho en Delicias y la dejaron tirada chiflando en la loma. Empatía entre mujeres, comprensión ante la adversidad y esas cosas. Un día la patrona le comunicó que ya había saldado la deuda, pero le ofreció quedarse a cambio de un sueldo para ir tirando. Otilia no lo pensó mucho. Mientras tanto, tomaba sus decisiones.

Una noche, mientras rumiaba en la oscuridad de su pequeño cuarto que casi parecía trastero su venganza contra Aníbal y contra los hombres, se dijo que ya tenía un pequeño dinero guardado y la ciudad estaba llena de maquilas donde pedir trabajo. Pero para eso necesitaba moverse y necesitaba un carro, o más bien necesitaba

quien lo condujese, porque ella no sabía hacerlo. Entonces se acordó de aquel taxista con pinta de infeliz que les había dejado su tarjeta. Ella había advertido cómo se la comía con los ojos y le escurría la baba mientras la miraba. Aníbal había arrojado por cualquier lado su tarjeta, pero ella la había recogido. La tomó de su monedero y leyó el número.



—Y así te salió la chofireteada de la muñeca —sentenció Pocamadre mientras hacía una seña al Sepulturero para que trajese una nueva ronda de cervezas.

Todos sabían que Blasillo tenía una clienta propia, una que no era del sitio. Pensaban que era alguna morrilla que se había echado. Que ya iba siendo hora.

—Mismamente. Cada mañana pasaba por ella a las cinco, metía la chancla y la dejaba en la maquila, en la Forward Input del parque industrial Bermúdez. A las tres y media lo mismo, la recogía y llevaba a su depa. Las dos primeras semanas continuó alojándose en el motel, pero a partir de la tercera rentó un depa.

—Muy ufano te veías tú en aquel tiempo —rememoró Zebulón—. Cada día tus paseítos con ocho-dieciséis, chilindrina con aguacate, tomate y chile y todo el baile.

—Para mí era como una princesa. ¿Cómo amaneció hoy mi Princesa?, la saludaba yo de buena gana cada mañana cuando salía por la puerta de su depa. Me sonreía con esos labios carnosos y me respondía: Mire nomás y contéstese usted solo, aquí bien chula esperando a mi

Blasillo; y usted, Blasillo, ¿qué tal pasó la noche? Siempre era la misma pregunta y la misma respuesta. Era como un juego entre nosotros.

Elvispresli se retorció un momento en la silla y gruñó antes de hablar.

—¿Y a cuánto le cobrabas el viajecito?

—¿Cómo creen que iba a cobrarle? Era la Princesa. Bastante pago era ya que me dejara traerla y llevarla, y después me regresaba al sitio a seguir chambeando.

Blasillo suspiró antes de continuar.

—Así estuvimos como dos meses, entrando y saliendo. A veces la invitaba a comer, pero nunca la veía más allá de las cuatro de la tarde, cuando la dejaba en el depa. Allí se la pasaba encerrada con las persianas bajadas. Decía que el sol de Juárez le abrasaba la piel. Nunca hacía horas extras ni se desvelaba. Decía que tenía que levantarse temprano para esperar a su Blasillo, así decía siempre con su sonrisa. Un sábado me invitó a pasar al depa y vimos las pelis de *Kill Bill*.

—¿Pe-pero te la co-cogiste alguna vez? —intervino el Cuacua con impaciencia. Blasillo bajó los ojos bovinos y acuíferos antes de responder.

—¿Qué no entienden? Ella era la Princesa, y cualquiera a quien hubiera pedido mi cabeza sobre una bandeja, tenía permiso para llevársela.

Blasillo calló abruptamente. No debía haber mencionado aquello de la cabeza. Hizo un amago de querer romper a llorar pero supo controlarse. Tomó de su cerveza antes de continuar.

—Yo le echaba mis indirectas, no se crean que soy pendejo. También le decía que cómo me gustaba traerla y llevarla, pero lo que yo quería era salir en serio... Ella siempre agitaba la cabeza con

resolución y me contestaba: Ay, Blasillo... Aquí donde me ve, yo soy viuda, ¿sabe? Mucho daño me han hecho los hombres y ya no estoy para ellos. Usted es distinto, Blasillo. Un caballero. Mi caballero galopante. No insista ni me haga cambiar de opinión sobre usted. Además, ¿quién cuidaría de su mamá si usted anduviera de volado? Mire que yo tengo muy malas pulgas y no se me dan las suegras. Así de chula como me ve y de bombón como a usted le gusto, soy un bombón relleno de licor venenoso.

Pocamadre bostezó antes de hablar.

—Y un día apareció el que le quitó tanta palabrería.

—Un día —precisó Blasillo con resentimiento— apareció el hijo de la chingada que se robó a mi Princesa.



A veces Otilia no podía dormir y se incorporaba de madrugada. Durante las primeras semanas padecía insomnio, se sentaba en el borde de la cama y comenzaba a lanzar recriminaciones contra sí misma como pedruscos. ¿Qué le estaba pasando? ¿No que tan cabrona? Pfff... ¿Dónde se le había quedado lo cabrona, pues? Cuando se hacía estas preguntas su cólera no tenía fin y comenzaba a darse de cachetadas en la cara. La furia se convertía en una ponzoña veloz que se extendía por todo su cuerpo, corría al baño, extraía de una pequeña bolsa de aseo una cuchilla y se producía cortes en los muslos mientras se abofeteaba.

¿Qué carajos hacía en Juárez? Sola y más que sola, y peor: abandonada. Al satanás de Aníbal ya no tenía sentido recriminarle nada.

Ella había sido la idiota, la sacó de su pueblo tras llenarle la cabeza con mil fantasías y la dejó tirada a la más mínima oportunidad. ¡Basta! Era tiempo de planear una nueva estrategia. Ahora estaba en Juárez y trabajaba en una maquila. No era progreso, ciertamente. Al día sacaba 59 pesos como operadora, una miseria muy por debajo de lo que Aníbal le había prometido como chalán de sus fechorías. Ni para qué acordarse de aquello. Sueños de juventud, se repetía Otilia. Ahora necesitaba salir del hoyo, y el zangolotino del taxista aquél le servía poco para sus fines. Lo malo era que, cuando se volvía tierno y le ponía ojos de borrego, a ella le entraban ganas de vomitar. Hombres así, pensaba Otilia, deberían ser sacrificados en el día de su nacimiento.

Otilia se dijo que el amor era una enfermedad mental; pero el sexo, una vía razonable. Aquel viernes se puso sus mejores garras para apuntarse a la fiesta que la gente de la maquila haría en un salón de las colonias orientales. Se marchó a la fiesta con Leti y Marisol, dos operadoras recién llegadas de Torreón. Marisol le había asegurado pachanga tranquila, que habría vigilancia por si caía de pronto un comando llevado por el diablo para descargar una lluvia de balas sobre los asistentes. Pero nunca se sabía. En cierto modo eso gustaba a Otilia. El olor a miedo y a muerte que rondaba por Juárez y levitaba sobre sus barrios y negocios abandonados la excitaba. El olor a podredumbre de la carroña era un estímulo para no regresar a Arbolillo. Oh sí, se decía Otilia. En el fondo, Juárez era como una pantalla blanca sobre la cual ella podía proyectar las fantasías que había tenido durante toda su vida.

En la fiesta probó las aguas locas que Leti y Marisol le ofrecieron, pero enseguida comenzó a circular otra clase de mercancías

con las que poder encontrar la gloria en el fondo del pozo. Ignorancia, miseria y esclavitud legal eran vocablos que no significaron nada aquella noche viendo a la raza bailar y beber, meterse coca y fumar marihuana por los rincones.

Al anochecer llegó un grupo de siete hombres vestidos de negro. Llegaron todos juntos como los ladrillos de una pared y enseguida se mezclaron con la raza, pero no del todo. Se notaba que ellos se sentían de otro nivel. Vestían sombrero vaquero y usaban lentes tan oscuros como sus ropajes. Enseguida se parapetaron bajo un toldo y algunos se acercaban a hablar con ellos. Sobre todo con uno, se dio cuenta Otilia, que parecía conceder audiencia y proporcionaba pequeñas bolsitas que extraía de sus bolsillos. Esos hombres habían venido por cuestión de negocios y para echarse unos tacos de ojo con los mangos de la fiesta, pero nada de tomarse confianzas ni de ponerse a bailar entre la bola de mugrosos. Ellos no se creían de éstos, eran de los que partían el queso y proporcionaban a cada quien sus sueños y alguna que otra pesadilla.

Cuando Otilia acudió a los lavabos para aliviar la ingesta de diversas clases de aguas locas, encontró a dos de los hombres de negro que, sin ninguna clase de ocultamiento, golpeaban en el baño de hombres a un fulano vestido con chamarra de mezclilla. Éste se encontraba de rodillas y su cara se había convertido en una especie de geranio que chorreaba con profusión y se extendía por toda la camisa. Uno de los hombres de negro le sujetaba los brazos mientras el otro, provisto en la mano derecha de una manopla de acero, destrozaba la cara ya irreconocible mientras pateaba también el pecho y los testículos. Los gritos de dolor eran extinguidos por la música de cumbias y el atronador vocerío de los festejantes. El aroma de la

sangre, el espectáculo de la destrucción de un ser humano, atrajeron de forma morbosa la atención de Otilia, quien sin proferir ningún grito permaneció fija frente a la puerta de los baños bebiéndose la sangre de la víctima y comiéndose con los ojos los jirones de carne que colgaban de su rostro. El hombre de la manopla descubrió enseguida a aquella indiscreta espectadora, y al reparar en su mirada penetrante sintió la obligación de dirigirse a ella.

—¿Qué tanto miras, pinche vieja? ¿Conocías a este cabrón de algo?

Otilia no respondió, sólo negó con la cabeza sin poder separar la vista de aquel despojo de carne y huesos.

—Pues vete a mear, y déjanos con lo nuestro —volvió a increparle el individuo de la manopla.

—¿Puedo yo también? —preguntó ella con ansiedad.

El fulano no debió escucharla por culpa del griterío, así que después de mentarle la madre cerró la puerta con fuerza.

Otilia se quedó primero como pasmarote, pero enseguida tomó una decisión. Se dirigió hacia la puerta y comenzó a abrirla lentamente, con mucha cautela, con la dulzura de quien se asoma al cuarto de un bebé para comprobar si está dormido. Los dos hombres se quedaron sorprendidos de verla reaparecer como una vampira comparece a la luz de la luna deseosa de su alimento de sangre. La víctima había perdido el conocimiento y colgaba de los brazos del hombre de negro como un muñeco de trapo al que un niño ha retirado todo el relleno.

—Por favor, déjame ayudar —rogó Otilia extendiendo la mano hacia la mano del bigotón donde brillaba, a pesar de las manchas de sangre, la manopla de acero.

—¿Qué traes, vieja loca? ¿Qué buscas?

—Yo también quiero participar en la madrina.

—Aquí ya no hay nada que madrear, princesa. Esta fiesta cerró las puertas.

De pronto los dos empezaron a reír. La aparición de Otilia les había relajado.

—¿Te pone cachonda la sangre? —preguntó el del bigote.

—Aquí ya no hay más que hacer —intervino el otro—... ¿Y si recurrimos a una manita inocente para concluir la chamba?

Los dos tipos se miraron el uno al otro y a continuación voltearon hacia Otilia. Ambos empezaron a reír y el de atrás extrajo una pistola del cinto con silenciador y se la pasó al del bigote.

—Adelante, linda... Si andas buscando trabajo es tu oportunidad. Tenemos una vacante.

Otilia tomó con resolución la pistola que le ofrecían. Volvió a cerrar la puerta. Los dos hombres reían entre ellos como escolares que hubieran introducido un ratón muerto en la lonchera del nerd de la clase.

El que sujetaba al tipo lo arrastró hasta dejarlo contra la pared y le chascó los dedos a Otilia.

—Sujeta bien el arma, bonita. Que no te tiemble la mano.

—¿Es tu primera vez? —le preguntó el otro—, será la más dulce.

Como una autómatas, sin darse muy bien cuenta de cuanto le decían, Otilia levantó el brazo y apuntó con firmeza hacia aquel cuerpo exánime de aspecto ridículo. Su excitación crecía sola a cada movimiento. Disparó primero una vez hasta alcanzarle el pecho. El cuerpo sufrió una convulsión. Disparó por segunda vez y le alcanzó en la boca. Por fin, un tercer balazo entró por la parte superior del

cráneo y éste saltó astillado arrastrando numerosos fragmentos de cerebro, sangre y coágulos.



Eran buenos tiempos para la contratación de chicas. Todos eran felices: ellas porque sacaban buena tajada impensable en otra clase de actividad; ellos, porque pensaban que la compañía de féminas es el más bello adorno que puede tener un varón. Como puchadoras en las maquilas, como asesinas a sueldo. Las chicas estaban de moda en el negocio de las mafias. Elegían a las más bonitas y les enseñaban a pasar droga o a disparar un arma. Eran formidables para los secuestros: con sus minifaldas y sus piernas bien torneadas distraían un momento a las víctimas, lo suficiente para que los otros pudiesen caer sobre ellos, bien para secuestrarlos, bien para descestrarles la cajuela de los sesos y dejarlos tirados como basura sobre el pavimento. Entraban en el negocio cuando los miembros de los cárteles les echaban el ojo, por lo general chavas sin instrucción ni posibilidad de obtener empleos bien remunerados. Carne de lujo.

Después de matar a aquel fulano en los baños, Aurelio, el tipo de la manopla, se llevó a Otilia a un motel próximo y mantuvieron una tórrida noche de amor donde a ella le hizo de todo: le mordió los pezones hasta arrancarles sangre, la azotó con la hebilla del cinturón, paseó sobre su espalda y le clavó las espuelas de sus botas, la masturbó con el cañón de la pistola cargada... Otilia pasó días deleitándose con las marcas de todo su cuerpo como si fuesen medallas muy bien ganadas.

—Antes estaban los masajes —le explicaba Aurelio con suficiente convencimiento—. Una chica linda podía ganar mucho en unas pocas horas, por las mañanas o las tardes. O por las noches. O los lunes. O los sábados por la noche y los miércoles por la mañana. Al gusto. Ahora está esto. Un cargamento de mota protegido o una pistola. Al cabo —concluyó Aurelio con lógica aplastante mientras arrojaba la colilla de su cigarro al suelo—, ¿qué es mejor? ¿Mamársela a un bato por trescientos pesos o matar al mismo cabrón por dos mil?

Aurelio tomó a Otilia bajo su protección. Al principio, engolosinada por la experiencia de los baños, exigió una pistola y entrenamiento. Aurelio traía otros planes.

—De momento no podrá ser —le empezó a explicar con una sonrisa—, porque la plaza de tu maquila quedó vacía. El tipo que remataste era el puchador de allá. No hay maquila sin puchador ni matacigüeñas. Yo te enseñaré lo que haga falta, pero no tengas prisa. Primero pasa un poco de mota para nosotros, ya tendrás tiempo de empezar a divertirme.

Durante un mes Blasillo continuó recogéndola en el departamento y luego en la maquila, hasta que Otilia se mudó con Aurelio. Cada noche éste le entregaba un pequeño cargamento que ella distribuía en bolsitas y luego camuflaba a la perfección entre el cabello de su moño. Cuando los clientes se le acercaban en la maquila encontraba la manera de extraer de su cabello las pequeñas bolsas de marihuana que vendía en cantidades adecuadas. Aunque Otilia intentaba ser lo más discreta posible, aquello era un negocio, y la gente hablaba para recomendar o señalar con el dedo. Por las noches Otilia y Aurelio hacían cuentas y él le entregaba su parte de beneficios.

Otilia comenzó a desesperar. Los ingresos de la mota no estaban mal, pero le molestaba continuar con la ficción de no ser más que una vulgar operadora, cuando era la responsable de distribuir la marihuana en la fábrica. Se sabía nacida para insignes empresas, y poco a poco, se fue apoderando de ella una sed de sangre que no encontró cómo saciar. Le gustaba pasear por la maquiladora con el vestido entallado en las caderas, con el mentón bien alzado mientras ostentaba el moño donde escondía el secreto de las golosinas en venta. Pasaba la vista sobre los obreros y en el pequeño teatro de su mente decidía a quiénes de ellos matar sin misericordia, y a cuáles perdonar si le rogaban lo suficiente. Su cabeza comenzó a poblarse de extravagantes fantasías.

Tomó con bastante flema y sangre fría que el jefe de seguridad la obligara a realizarse un antidoping. Los exámenes rutinarios se realizaban por sorpresa cada dos o tres meses. El jefe de seguridad la llamó a su oficina, la miró de forma severa cuando abrió la puerta y la invitó a tomar asiento. De un cajón extrajo una botella de brandy, de la que se sirvió con generosidad en una taza de café. Ella rechazó la invitación de acompañarle. Se sentía molesta por los rayos de sol que se filtraban hirientes por las rendijas de la persiana. Era un individuo de sesenta años llegado del DF a petición del gerente general. Le gustaba que le llamasen ingeniero.

—Mira, bonita... Sabemos en qué pasos andas y podemos llamar ahora mismo a la policía. No te iría bien.

El tipo levantó su metro cincuenta del asiento y se paró frente a ella.

—¿Y por qué no lo hace, ingeniero?

—¿Qué necesidad hay? Además, la policía ya sabemos lo que es, ¿verdad?

—¿Y qué es la policía, ingeniero?

—No te hagas tonta, tú sabes que la policía es una banda armada más. Como las bandas que se reparten la ciudad como botín. Como el ejército.

—Es usted un hombre ilustrado, ingeniero. Me gustan los hombres ilustrados y que me ilustren.

—¿Qué se te ocurre que hagamos para dejarlo todo entre amigos?

—Haga usted la primera oferta, ingeniero, y luego platicamos.

—Sabemos que andas vendiendo mota y nos basta con el chivatazo para llamar a la policía o correrte de la empresa —dijo mientras posaba una mano sobre la rodilla de Otilia.

—Eso ya lo dijo, ingeniero, no se repita que no tenemos toda la tarde.

—Lo bueno es que yo estoy de tu parte, he vivido mucho y sé lo que es pasar necesidad. El sueldo de operadora no da para ni madres. Hay que tener unos ingresillos extra, ¿verdad?

—Es usted un hombre de mundo, ingeniero.

—Ahora estoy muy ocupado para explicártelo mejor. ¿Qué tal si quedamos en la noche para cenar?

—Me interesa su propuesta, ingeniero. Diga usted lugar y hora.

—¿Te parece bien a las siete en el Alitas de la Tomás Fernández? De allí podríamos ir a un lugar más tranquilo y ponernos de acuerdo.

Antes de llegar a su departamento telefoneó a Aurelio para que se reuniese enseguida con ella. Pasaron el resto de la tarde haciendo planes y riendo a mandíbula batiente con las ocurrencias del “ingeniero” que quería darle “alitas” a Otilia.

Otilia se reunió con él en el restaurante, y de ahí se marcharon a las ocho a un motel cercano. Uno bien rasquacho por la curva de San Lorenzo. Mientras entraba en el motel, Otilia maldijo mil veces al ingeniero por llevarla a un lugar tan cochambroso. ¿Qué se pensaba el enano aquel? ¿Que era una de esas pirujas que se anuncian en el *PM*? Le iba a dar alitas al cabrón para que tuviera su escarmiento.

Otilia hizo bien su trabajo. Dejó que el ingeniero la manoseara con todas las ganas, esquivó luego su boca y después se dejó besar el cuello con risitas de golfa. Se desnudó para él lentamente y, cuando el ingeniero ya estaba desnudo, permitió que introdujera su nariz en la vagina y le hiciese cosquillitas en el clítoris mientras proyectaba grititos de emoción. Estallaron los cristales de la ventana al mismo tiempo que el ingeniero era alcanzado por un rodillazo que Otilia le proporcionó en la barbilla. Aurelio se introdujo en el cuarto.

—Al ingeniero le gusta jugar duro —expresó Otilia con sonrisa sepulcral—, pero en el fondo es un hombre de negocios, un hombre cabal.

Se sentó en el borde de la cama mientras Aurelio estrangulaba al ingeniero con un hilo de seda. Otilia procedió a masturbarse al contemplar el espectáculo y analizaba con morbosidad las manchas oscuras de la lengua del ingeniero. Cuando éste cayó contra el suelo como un costal de *scrap*, Aurelio se quitó el cigarro de la boca y lo aplastó contra el suelo.

—Ándale, chula, no tenemos tiempo que perder. Pásame una manta.

—¿Qué haremos?

—No podemos dejarlo aquí, hay que desaparecerlo.

—¿Dónde?

—Vamos con Toño. Allí podremos trabajar tranquilos.

Meter el cuerpo en la cajuela fue cosa fácil, como resultó fácil abandonar el motel sumergido en tinieblas. Tardaron media hora en llegar con el tal Toño a una casa donde encerraban a las víctimas de secuestro para torturarlas o ejecutarlas. Toño lo condujo hasta un garaje lleno de herramientas de trabajo, cuerdas, palos y armas de todos los calibres. Entre Aurelio y Toño depositaron el cuerpo en unos plásticos sobre una mesa de cemento. Pesaba todo lo que pueden pesar noventa kilos de carne para los cerdos. De un rincón Aurelio extrajo una sierra eléctrica y contempló a Otilia sonriente mientras le daba la buena noticia.

—Te cedo el honor, chiquita. Gózalo. Quién sabe cuándo tendrás otra oportunidad.

Otilia pasó dos horas deliciosas aprendiendo a convertir aquel cuerpo en pedacitos menudos y discretos, a rebanar los huesos y articulaciones. A convertirlo en alitas, vociferaba Otilia entre carcajadas.

Era más de medianoche cuando regresaron al departamento entre risas, gastándose bromas como chiquillos. Su euforia era tal que, al cruzar la puerta del departamento, Otilia propinó unas pataditas a la colilla de uno de los cigarros que había sobre el suelo. Se arrojaron excitados sobre la cama y fornicaron como lobos bajo la luna. Mientras Aurelio dormitaba a su lado, Otilia se sintió como un cometa que planeara sobre la tierra y contemplase su magnificencia como si de una cosa insignificante se tratara; como si ella misma fuera ahora una deidad nueva que iniciaba su proceso de catasterismo.

Cerró los ojos para dormir, pero algo se lo impedía. Algo extraño estaba sucediendo, algo que se salía de lo cotidiano. Se trataba de un detalle pasado por alto, uno que no encajaba, pero no supo cuál. Al entrar en el departamento había pisado una colilla de cigarrillo. Aurelio era así, dejaba los cigarrillos por todas partes, o directamente los arrojaba al suelo para apagarlos de un pisotón. Ella tenía que ir recogiendo colillas por toda la casa para tirarlas al cubo de la basura. Pero aquella colilla no era como las otras. Tenía un doble anillo dorado bajo el filtro. Entonces entendió. Era una colilla de Mason & Dixon.

Abrió asustada los ojos al mismo tiempo que se prendían las luces del dormitorio y vio a tres hombres que los encañonaban con rifles alrededor de la cama.

—Te mandé que me esperaras en el motel hasta que yo volviera, shurrito —expresó Aníbal con frialdad, simplemente constatando un hecho.



—Y ya nunca más vi a la Princesa —concluyó Blasillo al mismo tiempo que apuraba su cerveza. No estaba acostumbrado a beber, así que las cervezas ya se le habían subido un poco a la cabeza. Se le trababa la lengua, pero al menos no iba a volver a llorar. Ahora se sentía un poco como si jamás hubiera visto la foto.

Blasillo apartó el PM lo más lejos que pudo. Aunque estaba doblado y no podía ver la portada, no deseaba ni tenerlo cerca. Pocamadre tomó el ejemplar y se levantó para arrojarlo a una de las

papeleras del Moridero. Aquella había sido la noticia del día. En Juárez cada jornada traía noticias nuevas de sangre. Los juarenses ya se habían acostumbrado a convivir con el horror como protagonista de lo cotidiano. También ellos. Hasta Blasillo.

Pocamadre arrojó el diario a la papelera y miró por última vez la foto de la portada. Los titulares vociferaban “El hallazgo de los amantes decapitados” y firmaba el artículo Angélica Villegas. En un departamento del fraccionamiento Rosario habían encontrado las cabezas de un hombre y una mujer jóvenes depositadas sobre una cama de matrimonio. En la foto de portada podía advertirse cómo las cabezas estaban de perfil y ambos tenían los ojos muy abiertos. Sus caras se encontraban tan próximas que sus narices casi se acariciaban con cariño. Parecían a punto de darse en los labios el amoroso beso de la despedida. El moño de ella le concedía la belleza espectral de una época sepultada, como si se tratara del busto de una deidad faraónica como Nefertiti. Los cuerpos habían aparecido dos días antes dentro de una zanja en las cercanías de Plaza Misiones, a escasos metros del consulado de Estados Unidos y de los más lujosos hoteles de la ciudad. El crimen parecía tener algo que ver con la desaparición de un gerente de la misma maquiladora donde trabajaba ella, una tal Dafni Martínez, oriunda de Arbolillo, una diminuta población de Veracruz. Como era habitual, nadie había sido detenido ni lo sería nunca.



Cuando la hoja fría realizó la comunión con la carne de su cuerpo, Otilia creyó ver el sol. Fue lo último que pudo ver en esta vida. Un sol como un pulpo de fuego que extendía sus tentáculos para abrazarla y lo conseguía. Aquel resplandor la hizo sentir ligera y alada como cuando unas horas antes creía transformarse en diosa. El fuego absorbió su cuerpo y ella irrumpió para siempre en un reino que los hombres rehúyen, pero cuando habitan en él, nos miran con la sonrisa serena de quienes ya nada temen, nada desean, nada ruegan.

La isla de los bienaventurados

Todos los días, después de las seis de la tarde, Honorio Roberto Ortiz abandona la maquila y cruza a El Paso. Ese 17 de febrero no es diferente. Ha sido un largo día de trabajo, mucho más pesado de lo habitual, y ahora todo lo que quiere es descansar en la tranquilidad de la ciudad vecina, lejos de balaceras y de peligros, en compañía de Lana y de los niños. De manera fría y mecánica, permitiendo a sus músculos relajarse por primera vez durante la jornada, dirige su auto hacia el puente y se forma en la llamada Línea Express. Es jueves y la proximidad del fin de semana lo relaja todavía más.

A vuelta de rueda encamina su *pick-up* blanca del año hacia los agentes de migración y los perros que corren de un lado a otro para conducir a los oficiales hasta los autos que captan su atención. A Honorio ese espectáculo le parece muy desagradable, pero con el

tiempo ha llegado a acostumbrarse. Se trata de perros entrenados para detectar droga en los autos que cruzan a El Paso. No falla ni una sola semana en que alguien, por lo general un estudiante de bajos recursos, o algún entusiasta captado por las bandas como señuelo, sea capturado en los puentes internacionales intentando cruzar algún cargamento de marihuana o drogas sintéticas. Al pobre pendejo (o a la pobre pendeja) le caen todas las *american strips and stars* mientras los tráilers con toneladas de droga cruzan al mismo tiempo por otra línea. *God Bless America, greasy people!* Honorio extrae de su chamarra la cartera y enseña su permiso de residencia al oficial de migración.

—¿Dónde va? —pregunta el agente con esmerada frialdad.

—A casa, oficial —responde Honorio en inglés. Es lo mejor. Los oficiales de la migra están preparados para hablar en su español mocho, pero es mejor dirigirse a ellos en inglés. Siempre. Para marcar la diferencia con la bola de mugrosos.

—¿Qué trae? —pregunta de nuevo el oficial con indiferencia. Honorio ríe por lo bajo, pero de manera que el oficial pueda oírlo. En estos momentos siempre hay que demostrar desenfado, desenvoltura. Para que no vayan a creer que uno oculta algo.

—Nada, oficial. Sólo el cuerpo cansado y ganas de llegar a casa para cenar un buen filete.

Ahora el oficial sonrío y parece relajar un poco el gesto de madera tallada de su cara.

—Es usted hombre de suerte.

El oficial examina con atención el permiso de residencia mientras por el espejo retrovisor derecho Honorio ve llegar al bueno de Tom Chunk. Tom Chunk es el oficial más antiguo de toda la línea,

un gringo bonachón de ascendencia irlandesa, grande y gordo, que mide casi dos metros. Su pelo rubio es tan delgado que parece cabello de ángel, pero lo caracterizan sobre todo el color sonrosado de su rostro y una sonrisa permanente.

—¡Hey, Robbie! —le saluda Tom Chunk con efusividad dándole la mano. En El Paso todos lo conocen por su segundo nombre en inglés: Robert.

—Hola, Tom, un gusto verte.

Tom Chunk se coloca al lado del oficial de migración y éste regresa su permiso a Honorio, quien vuelve a guardarlo en su cartera y la introduce en el bolsillo de su chamarra. Honorio sonrío ampliamente al ver el rostro de Tom Chunk.

—¿Qué? ¿Cuándo será la fiesta? —pregunta Tom.

Honorio sonrío enseñando su perfecta dentadura. Es una sonrisa a lo Jack Nicholson que transmite la generosidad del buen vecino, pero con un poco de malicia.

—Muy pronto, Tom. Estoy teniendo mucho trabajo en la maquila. Sólo espera que pase el frío y nos veremos en mi casa.

—Sí..., maldito clima. Luego te veo, amigo.

Tom Chunk le muestra con el brazo la señal de que puede pasar y Honorio aprieta el acelerador con la dulzura de quien sabe que se desliza por fin hacia el cálido hogar entre la familia querida, en el sueño americano.

Honorio conoce a Tom Chunk desde que Lana y él se marcharon a vivir a El Paso en 2009. La esposa de Tom Chunk, Margaret, es una mujer de cincuenta años con un problema en la cadera que le impide caminar del todo derecha. Margaret asiste a la misma iglesia que Lana todos los domingos, y empezaron a caerse bien a partir

de un curso de pastelería que Margaret ofreció en esa congregación. Es especialista sobre todo en tartas de manzana, unas tartas que en cierta ocasión ganaron un premio de repostería en Austin. Son buenas personas, generosas y sin dobles intenciones. En una ocasión el auto de Tom se quedó tirado en mitad de la calle Stanton, y Honorio le dio ríid hasta su casa. Fue el momento adecuado para conocerse un poco mejor. Honorio le habló de su trabajo en la maquila en Juárez, de cómo la crisis afectaba a las empresas, que habían retirado de las fábricas los permanentes cartelones donde anunciaban vacantes y demandaban mano de obra. Hablaron de todo un poco y comenzaron a conocerse mejor. Al llegar a casa, Tom lo invitó a pasar para tomar una cerveza. Se trataba de la casa americana estándar, con su jardín al frente y cochera para dos autos. En el jardín había una palmera y un columpio para los niños. Honorio le preguntó si tenían hijos.

—Maggie y Jack ya crecieron y ahora viven en New Jersey. A veces Margaret invita a los vecinos, y éstos traen a sus niños. Nos alegra verles jugar en los columpios. Sobre todo a Margaret. Siento que rejuvenece, eso me gusta. También a mí me vuelve un poco más joven.

Tom calló a continuación y pasaron a la casa por la puerta del patio, que daba a la cocina. Extrajo del refrigerador un par de botes de Budweiser y tendió uno a Honorio. La cocina desprendía un fuerte perfume a azúcar y a manzanas confitadas. Honorio abrió su bote y por unos instantes bebieron en silencio.

—El Paso está creciendo mucho. Cada vez hay más negocios, más lugares donde comer. Me gusta —dijo Tom Chunk sin concederle mayor importancia.

Honorio asintió antes de responder.

—Cada vez se marcha más gente de Juárez. Lo bueno es que muchos se traen su negocio de comidas o su pequeña empresa.

—Eso es bueno para la ciudad —dijo Tom—. El dinero es el pulmón de América. Una de sus dos razones de ser.

—¿Y la otra? —preguntó Honorio bebiendo un trago de su cerveza. Tom se repantigó en su silla y respiró hondo, con cierto orgullo, como si estuviera a punto de revelar a Honorio una gran verdad.

—Acompáñame.

Salieron por la misma puerta por la que habían entrado, con sus botes de cerveza en la mano. Tom se dirigió hacia la cochera y la abrió. Ambos se adentraron en la oscuridad hasta que Tom Chunk encendió la luz. Se trataba de una cochera amplia, para dos autos, pero aquello no resultaba relevante. Honorio enarcó las cejas y silbó al descubrir el pequeño museo de Tom Chunk: colgadas en la paredes tenía al menos una veintena de armas de fuego, entre pistolas y rifles de muchos calibres y alcances. Tom se volvió con orgullo hacia Honorio y adoptó una actitud entre filosófica y solemne. Extendió los brazos para hablar como si abriera las puertas de un nuevo reino a quienes sienten la necesidad de una creencia:

—Dios es grande y vela por nosotros. Nuestro reino se hizo con sangre y fuego. El fuego nos defenderá de nuestros enemigos. Esto es lo que da verdadero sentido a ser *american*, señor Ortís.

De camino a casa, que estaba en un barrio poco céntrico, tranquilo y acogedor, Honorio se entretuvo contemplando la cantidad de negocios que ahora se localizaban en El Paso, Texas. Toda Ciudad Juárez se había mudado a El Paso. No toda, claro, sólo la mayor parte de profesionales y empresarios: los necesarios para engordar

el marranito de los impuestos del City Hall. Los desdeñables y la carne de cañón permanecían en Juárez. Antes El Paso era una ciudad jodida. Las guías de viaje decían sobre El Paso: si estás en Estados Unidos y estás en El Paso, estás en el lugar equivocado. Todo el mundo cruzaba a Juárez a divertirse, a visitar sus bares, restaurantes y *massage parlors*. Quizá el mayor problema de Juárez había sido el de ser una ciudad tolerante en las mismas puertas del purgatorio. Ahora en Juárez ya no quedaba nada, salvo tinieblas, ruinas, ulular de sirenas, siniestros retenes del ejército y la policía federal... De camino a casa, Honorio citaba en voz alta, como si se tratase de un mantra, el nombre de todos los negocios con que se encontraba que antes radicaban en Juárez y ahora lo hacían en El Paso: Tacotote, María Chuchena, Frida's, El Tenampa, Shangri-La, Montana, Garufas, Barrigas... Y la lista seguía mientras él los nombraba uno a uno. Todo por culpa del gobierno, que llevaba décadas sin hacer su trabajo. A Honorio en el fondo le daba igual, ya había superado toda aquella llorera nacional contra el gobierno. Él hacía su trabajo para traer buen dinero a su casa en El Paso, y eso es todo lo que ahora importaba.

Cuando llega a casa la noche se ha precipitado sobre El Paso y ostenta su oscuridad como de barranco por donde se asoma la moral en tiempos convulsos. Cierra la puerta produciendo un portazo estridente, viril, para que todos sepan que ha llegado el hombre de la casa y no haya ninguna duda al respecto. Le gusta sentirse Pedro Picapiedra al volver al hogar con su troncomóvil y sus yabada-badús. Clarissa abandona la televisión ante lo que ya conoce como reclamo paterno. Honorio levanta en volandas su cuerpo de cinco años y la besa en la frente.

—¿'Onde anda tu hermano?

—Arriba en su cuarto, escuchando música.

—¿Y mamá?

—Afuera —responde tras hacer un pequeño movimiento con la cabeza para señalar el exterior. En ese momento escucha cómo se cierra la puerta de la cocina que comunica con el patio. Honorio se dirige hacia allí para saludar a su esposa. La encuentra en el fregadero lavando unos trastes. Lo recibe con una sonrisa. Del fogón emanan los reconfortantes aromas de una olla al fuego. Honorio besa a Lana en el hombro y le da dos pequeñas nalgadas cariñosas.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien, como siempre.

Honorio busca esta vez sus labios y le da un pequeño beso. Siente el punzante aroma de cigarrillo en aquel beso, pero ya está acostumbrado. Lana es una gran chica. Una madre modelo, una esposa leal y siempre cariñosa. Nunca falta una camisa planchada y un guiso espléndido en los platos que él llena con su sueldo de la maquila en Juárez. Sólo tiene ese desagradable vicio del tabaco. Parece ser algo más fuerte que ella, pero ya lo va controlando. Cuando se conocieron él también fumaba de vez en cuando, pero, ¿qué chingados, ¿quién no fumaba en aquellos tiempos? Honorio pudo dejarse el vicio sin plantearse mayores conflictos cuando comenzó a producirse la presión social sobre los fumadores. Pero Lana no. Honorio y ella lo habían hablado mucho, habían llegado a ciertos acuerdos. A Honorio no le gustaba que Lana fumase delante de los niños, por eso tenía que salirse de la casa. No les parecía adecuado que ellos crecieran viendo a su madre desarrollar una actividad tan antinatural y dañina para el organismo. Además, el humo se pegaba a los

muebles, y los noticieros decían que el humo de tercera generación era el más peligroso. No podía dejar que los niños pensarán que su madre era una loca. Ahora Lana no fumaba mucho, un paquete si acaso a la semana, pero a él le seguía pareciendo demasiado. Tarde o temprano tendrían que hacer algo más radical al respecto. A Lana le gustaba salir al pequeño patio a fumar cuando caía la noche, pero a pesar de todo podían verla algunos vecinos, y a Honorio le importaba mucho no llamar la atención en El Paso.

Honorio la abrazó de nuevo y jugueteó con sus cabellos negros que caían como culebritas aromáticas sobre sus hombros. Pasó la mano por sus redondos pechos y ella emitió una risilla prometedora.

—¿Y por acá todo bien?

—Todo bien, pero tendrás que hablar con Memo. Hoy volvieron a llamar de la escuela.

—¿Qué hizo ahora?

—Lo de siempre, cosas de chavos. Se peleó con un compañerito del salón.

—Ahora platico con él.

—También vino el vecino, ése del apellido chistoso que se me reburuja porque suena a pedrusco.

—Marmolejo —sentenció Honorio.

—Ese mismo —apostilló Lana—. Necesitaban hablar contigo para una reunión de vecinos mañana. Dice que se pasará a las nueve.

—¿Qué hay de cena?

—Guiso de pollo con papas. Media hora nomás, y listo.

—Platicaré con Memo mientras.

Honorio sube las escaleras hasta el segundo piso, donde Memo tiene su cuarto. En la puerta, una calavera sobre dos tibias cruzadas.

Honorio sonríe al recordar su propia infancia en Juárez, esa inocente rebeldía de los catorce años, la misma edad que tiene su hijo. A su abuela le horrorizaba entrar en el cuarto de Honorio: afirmaba que estaba lleno de presencias satánicas. La espantaban sus carteles de Iron Maiden, Judas Priest y otros grupos que Honorio todavía escucha para relajarse. Honorio toca con firmeza sobre la puerta cerrada. Con debilidad, desde el interior del cuarto escucha la voz de su hijo y Honorio abre.

Memo est a frente a la computadora, como todos los chavos de su edad. Pendejeando en el Facebook. Entretenidos en su realidad virtual donde pasan horas y horas. Honorio se pregunta si tanta computadora no será mala.

— Sabes por qué vine a verte?

—Me lo imagino —responde Memo sopl ndose el flequillo que le cae sobre la frente, blanca como la de su madre.

— Y qué piensas?

—No s  —responde un poco Memo a la defensiva—. D melo t .

—Ya sabes lo que pienso, William.

Cuando estaban a solas, a Honorio le gustaba llamar a Memo por su nombre en inglés. Ya no era un niño, y sentía que aquello formaba parte de esa complicidad nueva entre padre e hijo.

— Qu  es eso de andar dándose de chingadazos en la escuela? —Honorio bajó la voz para decir aquella palabra: chingadazos. No sea que Lana la oyera (a veces, cuando subía al cuarto de Memo para hablar con él, ella paraba la oreja tras la puerta para enterarse de cuanto conversaban). A pesar de lo que Lana pudiera pensar, era la palabra adecuada para una conversación entre un padre y su joven hijo. Así lo sentían ambos. Como una palabra de machos.

—Ese estúpido me provocó.

—¿Qué estúpido?

—Ése, ya te conté, el que anda tras de Cynthia.

—Ah, ya. Pero a ella no le gusta.

—Pero cómo friega... ¿Sabes qué me dijo hoy?

—¿Qué te dijo que fue tan importante?

—Que yo no era lo bastante bueno como para salir con una chava como Cynthia.

—¿Ah, no? ¿Y te dijo por qué?

—¿Pues qué crees? Que porque ella es gringa, y yo un recién llegado.

—¿Y le respondiste que tú eres *american*? Tú naciste en El Paso, William. Eres tan *american* como él.

—Más que él. Yo soy *american* —expresó Memo con mucho énfasis—, pero él no lo es.

—¿No lo es?

—Qué va. Su madre era regidora en Juárez. Cuando empezaron las ejecuciones pidieron asilo político y se vinieron todos acá.

—¿Y por eso lo golpeaste?

—Si hubiera sido sólo por eso...

—¿Qué más pasó?

—Dijo delante de Cynthia que si salía conmigo era peor que una puta. Que al menos las putas cobran por mamársela a cualquier grasiento.

—Ya lo hemos hablado antes, William.

—No me llames William, sabes que no me gusta.

—A mí sí me gusta, y soy tu padre. Y eres *american*.

Memo resopló, pero no contestó nada.

—Nos vinimos aquí para estar tranquilos. No quiero que andemos llamando la atención. No quiero que andes a golpes con nadie. No quiero que te expulsen de la escuela.

Memo bajó la mirada y asintió con docilidad, sin creer en lo que su padre le decía. Mientras asentía sin convicción dejó la mirada vagar por la pantalla de su computadora. El soniquete del chat de Facebook comenzó a burbujear. Memo se volvió con decisión a su padre.

—¿Por qué no volvemos a Juárez? Nuestra casa y los abuelos están allá.

—Ya sabes por qué. Es muy peligroso vivir allá ahora. Todos los días hay muchos asesinatos, balaceras, extorsiones, negocios quemados... Y lo peor, están la policía federal y el ejército.

—Pero muchos siguen viviendo allí. Muchos de mis amigos siguen allí.

—No vamos a volver, William.

—Que no me llames William.

—No vamos a volver, Guillermo. Aquí vivimos tranquilos, lo hago por ustedes y por su mamá.

—Pero tú sigues trabajando en Juárez —recordó Memo con sorna—. ¿Por qué no encuentras otro trabajo aquí?

Honorio guardó silencio. No porque no supiera la razón, sino porque quería sonar convincente ante su hijo.

—Ahora el mundo está en crisis, Memo. Ya sé que tú eres chavo y no entiendes de globalización ni de economía. Hablo de que uno no puede trabajar donde quiere, sino donde puede. Mi trabajo es lo único que tenemos ahorita. Es lo que nos permite vivir en El Paso, darles a ustedes de comer, vivir en esta casa. ¿Qué no entiendes que es lo mejor para todos?

Memo asintió con resignación mientras su padre se incorporaba dando a entender que la cuestión quedaba zanjada. Memo tecleó algo en el cajetín del chat.

—Venga, Memo. Ya mero vamos a cenar. Sabes que a tu mamá no le gusta que te comas fríos los alimentos.

Emprendió la media vuelta. En realidad entendía a su hijo. Se volvió para decirle con tono conciliador.

—¿Y sabes qué más? En el fondo, me alegro de que le dieras su arrastrada a ese puto.

Cenaron con tranquilidad y, después de acostar a Clarissa, Honorio y Lana vieron un rato los canales de televisión. En Telemundo emitían la serie *La reina del Sur*. A Lana le resultaba exagerada, pero a Honorio, sin parecerle de lo mejor, lo entretenía. Decían que estaba basada en una novela de mucho éxito, y Honorio se prometió darse la vuelta por Barnes and Noble para comprársela a Lana por su próximo cumpleaños. Fue alrededor de las diez, o poco antes, que sonó el timbre de la puerta. Honorio se había quedado adormilado frente a la televisión y no se dio cuenta, pero enseguida regresó a la consciencia cuando sintió cómo Lana imprimía un beso en el lóbulo de su oreja.

—El señor Pedrusco te espera en el recibidor.

Por un momento ambos sintieron ganas de romper a reír, pero si el visitante se encontraba en el recibidor podría haberlos oído. Honorio se incorporó con pesadez y se dirigió hacia allí mientras Lana apagaba el televisor para recoger algunos juguetes de Clarissa diseminados sobre la alfombra.

Horacio Marmolejo lo aguardaba vestido con un pesado abrigo que llegaba hasta sus pies. Era un hombre que frisaba ya la edad de

jubilación, y en su cara destacaba un enorme bigote negro en una cabeza de cabello tan cano como la nieve.

—Disculpa que te moleste tan tarde, Robert.

—No hay tos, Horacio, te estaba esperando.

—Hace un frío de la chingada, ¿verdad?

—Está cabrón —Honorio quiso ir directo al grano—. ¿Ocurre algo?

—Venía a avisarte que convoqué para mañana una junta de vecinos.

—No tocaba hasta fin de mes, ¿verdad?

Marmolejo asintió antes de continuar con gravedad. Honorio no tenía contemplada la junta del día siguiente y eso en principio le irritaba. Por lo general los habitantes de aquel fraccionamiento se juntaban para tratar aspectos relacionados con la comunidad y para organizar actividades y estar más próximos unos de otros.

—Tenemos una pequeña bronca y hay que arreglarla, Robbie —dejó caer Marmolejo.

Honorio lo miró con gravedad a los ojos y expresión solícita. Suspiró.

—Posiblemente no sea nada —siguió Marmolejo—, pero tenemos que actuar cuanto antes. No sé si te hayan dicho que andan dos vagabundos dándose la vuelta por el barrio, sobre todo en esta calle y en las adyacentes. Se trata de un par de *winos*, dos negros que viven debajo del puente. Con los fríos han cambiado de casa y ahora andan asustando a los niños con sus fachas, sacan la lengua a las ancianas y piden limosna de puerta en puerta.

—Sí —creyó recordar Honorio con vaguedad—. Algo de todo eso me dijo Lana. También vinieron a tocar aquí hará unos días.

—No voy a decir que sean peligrosos, más que nada son molestos, hacen que el barrio se vea más gacho.

—Comprendo —asintió Honorio.

—Ayer, sin ir más lejos, uno de ellos se robó la ropa del tendadero de la señora Cheryl Oaxaca. Cuando ella salió a recriminarles, tuvo miedo. Dice que uno la amenazó con el puño.

Honorio recordaba bien a la señora Cheryl Oaxaca. Vivía sola dos calles más abajo, en una casa de madera donde la hierba crecía agreste por todas partes. Había enviudado en tiempos recientes y se había convertido en una mujer temerosa de todo. Lana y otras mujeres del barrio solían visitarla con frecuencia por si se le ofrecía algo.

—¿No crees que sería mejor llamar a la policía?

—Eso hizo la señora Oaxaca, pero ¿qué crees? Ella dice que nunca se pasaron. Nunca están cuando se les necesita.

Honorio asintió con gesto apesadumbrado.

—Mira, Robbie. Somos nosotros quienes nos tenemos que ocupar de esto. La policía tiene mucha chamba últimamente. Toda la población que está abandonando Ciudad Juárez... Mira, no todos son trigo limpio. La neta, El Paso ya no es la ciudad más segura de Estados Unidos. La policía no quiere ocuparse ahora de un par de negros borrachos y alborotadores.

—¿Y qué podemos hacer?

—Es lo que vamos a decidir mañana, Robbie. Se trata de darles un susto, nada grave. Juntarnos seis o siete vecinos y darles una arrastrada a esos pinches morenitos. Unas patadas y ya. Para que sepan que tienen que irse a chingar a otro barrio.

—Claro. Ahorraremos tiempo y molestias.

—*You right*. Bueno, era nomás eso, para tenerte al corriente. Nos juntaremos mañana en mi casa, a las siete. ¿Cuento contigo?

—Mañana tendré un día muy liado en Juárez, pero haré lo posible por llegar. De todos modos, cuenta conmigo para ir a..., pues para hablar con los morenos.

—Sabía que podía contar contigo.

—Cómo no —Marmolejo y Honorio se estrecharon la mano—; es por nuestros ancianos y nuestros hijos.

—Buenas noches, señora —deseó Marmolejo quitándose el sombrero.

En ese momento Lana había cruzado de la salita a la cocina y lanzó un guiño significativo a Honorio. Marmolejo sonrió creyendo entender.

—Bueno, *Robbie boy*. Te dejo, ya es muy tarde y todos estamos cansados. Protégete bien bajo las cobijas. La noche pinta bien cabrona de frío.

Mientras Honorio se despedía de Marmolejo en el porche, Lana se había refugiado bajo las mantas en el dormitorio. Honorio terminó de apagar las luces de la casa, pero como cada noche, dejó prendidas las del porche y el patio trasero. Tuvo cuidado de cerrar bien todas las puertas y de activar las alarmas. Antes todos pensaban que El Paso era una ciudad bien jodida. Comparada con Juárez, era mustia y sin gracia, conservadora, carente de vida, llena de *red-necks* que evocaban El Álamo con resentimiento y de empleadas de hogar que trapeaban suelos para llevar a sus lepes una barra de pan del otro lado del río. Pero ahora la situación se había invertido, y lo mejor era vivir en El Paso. Lana es feliz desde que se fueron a vivir a El Paso, lejos, como ella suele afirmar, del olor persistente de Juárez

a mierda y a sangre. Los niños también se lo agradecían, aunque a veces Memo no entendiese. Vivían en una buena casa y no les faltaba nada. Muchos como él también habían abandonado Juárez, y así sería mientras las cosas no fueran diferentes. Para un mexicano, vivir en Estados Unidos no deja de ser un fastidio, pero han sido los gobiernos corruptos los culpables de todo este éxodo. Al subir al segundo piso vio que Memo todavía tenía la luz encendida, pero al escuchar los pasos de su padre la apagó.

Honorio entró en el cuarto y se quitó la ropa. La habitación estaba cálida y no le importaría un poco de frío. Lana parecía dormir, pero él la obligó a interrumpir su fingimiento, y ella no protestó. Mientras le bajaba las braguitas y besaba su cuello empezó a sentir con más fuerza su olor. Olía aún a quinceañera, su piel despedía el aroma del pan candeal, y su sexo y axilas desprendían la fragancia de un bosque a medianoche bajo la lluvia.

Después, ella se durmió sobre el pecho protector del hombre en quien confiaba. Honorio evocó cuando la conoció, poco antes de entrar en la UACJ, cuando todavía no cumplía los dieciocho. Comenzaron a salir a finales del tercer semestre, y desde entonces no se habían separado. Le había gustado su nombre: Lana. Creía que le traería buena suerte porque significa dinero. Se rió mucho cuando ella le contó que su madre había sido una mitómana del cine y a todos sus hijos les puso nombres de estrellas del mundo del espectáculo. A ella no le había ido tan mal, se llamaba Lana por Lana Turner; Rita y Ginger se llamaban así por Rita Hayworth y Ginger Rogers; Errol por Errol Flynn; Cary por Cary Grant. Al que sí le habían desgraciado la vida era al hermano del medio: se llamaba Elvispresli. Era todo lo contrario a un rey del rock, y ahora vivía como

podía, manejando un taxi en Ciudad Juárez. Se quedó dormido con una sonrisa.



Honorio se levanta cada mañana muy temprano, a las cuatro y media en punto. Lana duerme todavía y lo hará durante hora y media más, antes de preparar el desayuno y arreglar a los niños para la escuela.

Se ducha y viste con celeridad, pero durante la ducha permite que el vapor tonifique sus músculos. El paso siguiente es tomar su celular, consultar los SMS que hayan podido llegar durante la noche y, como cada mañana, hacer un par de llamadas a la maquila mientras Lana duerme todavía. Luego, un café rápido y al carro para llegar cuanto antes al puente internacional. Por fortuna, a esa hora el tráfico no es un problema, y mucho menos para internarse en Juárez.

Aprieta el acelerador con entusiasmo y en su mente realiza un repaso de las tareas pendientes para la jornada que apenas inicia. Ese día va a traer un caudal enorme de trabajo, pero eso ya se concretará en la reunión programada a las siete en la maquila. No cree que pueda alcanzar a tiempo la reunión de vecinos, pero en cuanto llegue a El Paso se dirigirá directo a casa de Marmolejo. Enciende la radio y averigua lo que todos ya sabían: el pronóstico del tiempo no es muy favorable y las heladas históricas continuarán durante toda la semana. En El Paso y Juárez muchas tuberías congeladas han reventado en esos días. Los noticieros alertan de que hacía más de medio siglo que las temperaturas no se derrumbaban hasta los

veinte grados bajo cero. Eso no detendrá el trabajo de la maquila, ni siquiera lo hará en estos días de febrero en que las escuelas y oficinas públicas pueden detener actividades y las autoridades solicitar que todo el mundo permanezca en casa. Honorio se ha cubierto con dos jerseys de lana gruesa y una chamarra que abrigue mucho, porque en la maquila no hay calefacción, como es natural, y durante la junta de las mañanas todos son más susceptibles al frío. La cosa cambia cuando comienza la verdadera jornada laboral y todos se ponen en movimiento. La ventaja es que en la sala de juntas, al cabo de pocos minutos, el ambiente se caldea lo suficiente como para no sentir tanto el frío. Además, alguien prometió llevar un calentón para los próximos días. De todos modos, en la maquila sólo pasa un par de horas por la mañana y otro par de horas por la tarde, en las reuniones de principio y fin de cada jornada. Es cuando todos repasan los objetivos cumplidos y reciben instrucciones para el día siguiente.

¿Cuál es el mejor lugar para esconder un libro prohibido? Le preguntó su jefe cuando empezó a trabajar en la maquila un año y medio antes. ¿Debajo de la cama? ¿En un rincón del clóset? ¿Bajo una losa suelta del baño? No, mi buen Robert: en una biblioteca; en una biblioteca, no lo olvide nunca. Por eso había resultado una tapadera genial comprar aquella maquila insignificante cuando los hindúes decidieron venderla para marcharse a Rosarito, Baja California, y seguir labores lejos del mundanal fuego de cada día. No es que no fuese una verdadera maquila, cualquiera que entrase por la puerta vería a sus operadores trabajando en la industria textil, pero de ahí no viene el dinero ni a nadie importa. El verdadero negocio está en la sala de juntas, donde se decide quién va a morir cada día en la ciudad y se reparten labores por grupos de trabajo. Son una maquila

un poco especial, pero todos los papeles legales están en orden. Para eso cobran su buen dinero los abogachos que tienen en nómina.

Mientras se aproxima al puente, Honorio recuerda cómo ayer tuvieron que ejecutar a éste y al otro. A uno con los hijos delante mientras los recogía en la puerta de la escuela. A Honorio no le hace gracia matar personas, pero el tipo de ayer puso una cara muy chistosa mientras le llovía el fuego del infierno por todas partes y gritaba: “¡Delante de los niños no, delante de los niños no...!”. Algo pasa en este país que está mal, piensa Honorio. Nadie sabe estar en su puesto, resultar a la altura de las circunstancias, cumplir con lo que se espera de ellos. La gente no muere precisamente como en las películas. Las personas normales no tienen mística ni heroísmo: mueren de cualquier manera. Si no hay contraorden, hoy tendrá que presentarse en una barriada para dar su escarmiento a un bato que no ha querido dar seguimiento a los pagos. La idea es matar a su padre y a su madre, a todos los integrantes de la familia que se encuentren en casa, no le hace si hay niños, para que al otro se le vaya quitando lo marrano.

A Honorio no le entusiasma su trabajo, eso es cierto, él no es ningún sádico, pero es el precio que tiene que pagar para poder vivir en El Paso, Texas, la ciudad más segura de Estados Unidos. Mientras cruza el puente, advierte que Tom Chunk le saluda con una sonrisa y le dice adiós con la mano.

—¡Que tenga un buen día, señor Ortís! —le desea Tom Chunk.

Buen tipo el Tom Chunk. Un gringo como cualquier otro. Un paseño ejemplar. Todo un patriota. Antes de apretar el acelerador para internarse en Juárez, Honorio se promete armar ya esas carnes asadas para cuando llegue el buen tiempo.

Nadie baja vivo de la cruz

Se aproximó al ataúd y contempló largamente el rostro plastificado y hermoso. Parecía el hermano pequeño de Barbie a punto de ser sacado de su cajita y conducido con cariño a un pequeño hogar de juguete, entre muebles de juguete y una esposa también de juguete, con la carita hierática y de plástico como él, con una sonrisa como la suya, sonrisita de plástico. Porque a Pocamadre le pareció que sonreía. No se trataba de una sonrisa marcada que pareciera burla de la muerte, pero sí creyó ver en aquellos labios un rictus irónico, una torcedura sarcástica en las comisuras. Quizá todo aquello residía sólo en su imaginación. Respiró muy hondo antes de pensar: “Pendejo”. Permitted que la palabra destacara como un fulgor en la sombría estancia de su conciencia, que fluyera limpia y directa hacia el cadáver: “Pendejo”. Se lo repitió al muñeco una tercera y

hasta una cuarta vez. No sabía si Reynaldo, allá donde su conciencia estuviese, podría escucharlo y desentrañar las sílabas, pero era todo cuanto cabía expresar en aquel momento entre él y el muerto, era todo cuanto deseaba decirle con sinceridad y llaneza. Apenas había cumplido diecinueve años y para él había concluido todo lo que debía concluir. Todo lo malo, de acuerdo, pero también todo lo bueno. El combo completo se lo había comido antes de tiempo. O más bien dio unas mordiditas y bebió un poco de su soda, sintió asco por el sabor de cuanto probaba, o quizá se sintió ahíto al empezar a comer. Al fin apartó la bandeja de alimentos indeseables, la vida dejó de ser un nutriente y se convirtió en una molestia, en una insana experiencia que debía ser vomitada y expulsada de un cuerpo colonizado por una epidemia incurable.

Se retiró de nuevo a un asiento. Lo primero que había hecho al llegar a la funeraria de la calle Montes Urales, diez minutos antes, había sido saludar a su prima Rebeca, la madre de Reynaldo. Le dio un abrazo de inútil consolación, transmitió también el pésame a los hermanos de Reynaldo y al marido de Rebeca, y se dirigió a un asiento antes de pasar a contemplar el cadáver. Al menos había cincuenta personas congregadas en aquella capilla, circulando entre las coronas fúnebres, sentadas frente al ataúd o arremolinadas cerca de la jarra de café. Con ojos llorosos y cara de espanto. En teoría, cincuenta candidatos capaces de salvar una vida. En unos sillones distinguió a una jovencita con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Era una chiquilla de apenas dieciséis años, rodeada de otras muñecas de su edad, compañeritas de prepa o amiguillas de darse el rol por el barrio. Entre ellas sólo reconoció a Dorita, que había tratado un poco, pero muy poco, a Reynaldo en alguna reunión de

familia. Luego Pocamadre supo que la muñeca de ojos rojos se trataba de la novia de Reynaldo. Que él le había dejado una carta escrita, así como otra a Rebeca y otra a sus hermanos, Terencio y Efrén. Tanta deferencia por los seres queridos albergaba la notoria carga de culpa implícita, la necesidad no resuelta por explicarse, por trascender la infinita otredad que siempre resultan ser los seres queridos. El hombre es un castillo donde mora un fantasma solitario que se asoma a veces entre las almenas. En ocasiones alguien lo descubre bajo la luna atisbando la otredad monstruosa de la existencia. La inaprehensible alienidad, la vastedad infinita de los otros y sus peculiaridades, su misterio o su amenaza. A Reynaldo le gustaba afirmar que el infierno son los otros. Pero el infierno, se decía Pocamadre, era la mierda de tener que vivir y recordar.

—¡Hey, Chango!

Así era el pequeño cabrón, y en el fondo a Pocamadre le gustaba aquella actitud tan bule. No lo llamaba primo, ni señor, ni se dirigía a él tratándolo de usted. Lo llamaba siempre Chango, como muchas veces se referían a él entre la poca familia que le quedaba o los colegas del sitio, como lo llamaban desde que su vello corporal había encanecido y comenzó a parecer un gorila blanco que conducía un taxi por Ciudad Juárez. La última vez que lo vio fue en Río Grande Mall, donde Pocamadre había acudido un viernes por la noche para comprar un seis de birras con qué entretenerse en su cantón. Mientras miraba la tele o repasaba las páginas de algún ejemplar de *La ley del revólver* o *Sensacional de trailers*, uno de esos cómics con morritas chulas de los que se consiguen por el centro. A lo mejor incluso llamaba a Trini para invitarla a unos tragos de un cuartillo de ron que le quedaba. Se había dirigido a las neveras y había elegido

un seis de cerveza León en bote. Lo tenía entre los brazos como si se tratase de un bebé llegado sobre el cual depositara todas sus ilusiones, cuando tras sus hombros escuchó una voz juguetona y meliflua que se dirigía a él.

—¡Hey, Chango!

Al volverse descubrió a Reynaldo. Vestía como un caballerito que estuviese a punto de emprender alguna clase de acción galante: pantalones de pinzas, chaqueta de lino blanco y camisa de rayas finas, verdes y rosicler. Su cabello rubio olía a recién enjabonado y su cuerpo de pequeña estatura (un metro sesenta y dos o sesenta y cinco) oscilaba de un lado a otro sobre sus pies, como si le ardiera emprender un baile con una chica guapa.

—Móchate con una, ¿no, Chango?

—Tas loco, pinche Reynaldo. No quiero salir de pleitos con tu amá.

—¿Pues para qué le dices? —expresó con alegría—, el infierno son los otros, pinche Chango.

Reynaldo siempre parecía estar bullicioso y alegre, conversaba con chispa y gracia, pero se trataba de una viveza extraña. Como la de un segundero que se mueve con más rapidez de la normal en un reloj, que consume segundos que todavía no se ejecutan y acaba por marcar horas, e incluso días, que todavía no han llegado. Así fue como Reynaldo consumió también todos los días del calendario de su vida.

Pocamadre recordó que Rebeca había abandonado El Paso haría cosa de un año, tras dejar a su último hombre, un gringo llamado Hank, para retacharse a Juárez con sus tres hijos. Terencio y Efrén eran hijos del gringo, de cuatro y tres años; Reynaldo, hijo de su

primer marido, un pocho silencioso y afable llamado Néstor a quien Pocamadre había visto sólo una vez. El padre de Reynaldo se marchó a algún lugar de Mineápolis a ganar más dólares, muchos dolarucos frescos que una vez al mes enviaba a Rebeca. Hasta que un día Néstor desapareció y los dolarucos dejaron de llegar. Luego Rebeca se juntó con el gringo y convivieron siete años. El gringo no la dejaba trabajar, ni conducir su propio auto. No le permitía salir sola de casa, una de esas casototas de madera con barda, mucho zacate y juguetitos para los niños. El jardín prometeico del sueño gringo. Una vez a la semana salía de casa, cuando los domingos la familia toda junta marchaba a comer fuera. Rebeca aguantó porque él era trabajador y buen hombre, porque era padre de Terencio y Efrén. Pero cuando se enteró de que Hank mantenía a otra mujer en el extremo opuesto de El Paso (y Rebeca se enteró como se enteran a veces las mujeres: cuando los hombres les dejan la tarjeta de visita de la otra bien metidita en el buzón de su entrepierna), Rebeca agarró su colección de tiliches y abandonó El Paso con sus hijos. Reynaldo tenía entonces once años, y había llovido un rato. Incluso sobre Juárez había llovido, y estamos hablando de aquellos tiempos en que sobre Juárez llovía mucha más lluvia que sangre.

—Acompáñeme a la caja si quiere esa chela. ¿Dónde para tu amá?

—Salió con unas amigas y con Tomás. Andan de acá p'allá con cosas de la iglesia. Rifas y reuniones.

Reynaldo lo acompañó a la caja. Pocamadre sabía por Dorita, que era quien más visitaba a su prima Rebeca, que Tomás era su actual compañero. Lo había conocido en la maquila donde ambos ensamblaban partes del sueño colectivo del primer mundo. Tomás pertenecía a una de las muchas iglesias evangelistas que habían

florecido en Juárez durante los últimos veinte años como corcholatas por el suelo después de un sábado de fiesta. Pocamadre pagó en caja y dio una propina al niño que empacó el seis en su bolsa de plástico. Enfilados hacia la salida, Pocamadre tendió una lata de cerveza a Reynaldo.

—¿Cómo crees, Chango? —tendió los brazos hacia adelante para rechazar el obsequio. Pocamadre se sorprendió.

—Creí que te latía una cerveza.

—Era sólo por embromarte. Tengo que ir por mi morrita y no le gusta que tome.

—¿Y tú haces caso a tu morrita en todo lo que te dice? ¿Qué no le puedes decir que te convidó tu primo?

Reynaldo emitió una carcajada que pareció la rúbrica de un testamento.

—El infierno son los otros, pinche Chango —volvió a sentenciar haciéndose el erudito.

Pocamadre se dirigió hacia su taxi mientras platicaba con Reynaldo de esto y de lo otro. Cosas de familia, planes para el fin de semana. Reynaldo iba a pasar por su chica para llevarla a un baile.

—¿Quieres que te acerque a alguna parte? —se ofreció Pocamadre.

Reynaldo volvió a reírse, y con esa risa agitó de nuevo todo su cuerpo. Sus ojos brillaron en la ya desmenuzada y opaca claridad de la tarde.

—No, Chango, dejé mi carro del otro lado —mintió Reynaldo—. Además, ¿qué iba a pensar mi morrita? Ya tengo edad de volar solo.

—¿Volar solo? —se quiso burlar Pocamadre abriendo la cajuela del taxi y acomodando en el interior el seis de cerveza entre fierros

y cajas de cartón—, con esas pinches orejas de Dumbo no llegarás muy alto.

Es posible que no lo oyera, o eso deseó Pocamadre al evocar el encuentro. Cuando el taxista se dio la vuelta, Reynaldo había desaparecido en dirección de nuevo al centro comercial. Los definitivos grumos de luz de la tarde se deshacían sobre las hombreras de su chaqueta como copos de nieve que cayeran sobre una desvencijada cruz en el último cementerio humano.



Todo es luz, piensas; todo es luz, confirmas. Es la luz de la infancia. Insólita. Dorada. Indefensa. Cruel. Es una luz como leche que alimenta cuanto alumbraba. Es la luz de la leche que santifica y luego amarga en el recuerdo del pezón. Es la perpetuidad del silencio culpable de los inocentes. Es la cruzada de los niños que marchan al degüello ostentando la cruz de los fieles. Es la luz que te alimenta como si fuera carne dorada del firmamento. Es la vida, es la luz, es la luz, te repites, y en esa repetición se amarra tu destino a un noray de tiempo y de hambre, de leche y de piel. Pero la luz es beatífica, todo lo bendice y lo envuelve en el manto de complacencia que la vida debe tener. La luz del día es la carpa dorada del circo del crimen.

Todo es luz, todo está a la vista, todo es alumbramiento como las mejillas tersas y rosadas de un niño recién nacido. Él es un germen de cosmos y tiempo recién nacido. La fiesta no ha hecho más que empezar, y ahora sólo cabe concluirla entre la dicha de todos, bajo el cono de luz solar que alumbraba el amor dominical y lo

envuelve como si fuera un regalo de cumpleaños. La familia está reunida al completo, el sol derrama sus semillas doradas bajo la montaña Franklin mientras las cervezas y los vasos de refresco para los niños corren de mano en mano. También tú corres. Corres de tu destino que se plastifica una madrugada y te convierte en muñeco. Corres de manera incierta sin saber a qué tribu perteneces, te mezclas a ratos entre los más niños que ya te miran como a mayor, y entre los mayores que te miran como a niño. Eres un chiquillo de once años, pequeño y delgado como tu madre que tanto te ama y a quien tanto amas. Tu piel es de blancura láctea como la de ella. Tus labios sonrosados parecen dos pétalos de una flor contaminada bajo la nariz gordezuela y respingona, casi de señorita. Corres sin freno y en una ocasión, al menos, te escabulles de la vigilancia familiar para esconderte tras unos árboles donde puedas fumar un cigarrillo que robase a un tío demasiado achispado para darse cuenta. Fumas entre los árboles y cada bocanada de humo que expulsas parece un beso de desprecio por un mundo que todavía no entiendes. Regresas al grupo festejante y distribuyes tu tiempo entre los congregados para beber de su rostro cada una de sus sonrisas. Entre el asador y los matorrales que se amodorrán al sol descubres la mirada volátil y la rehúyes. Es una mirada danzarina de pájaro que te inquieta. Alada y nerviosa, revolotea de rama en rama y de cornisa en cornisa de las buhardas. Te refugias de ella en la mirada de tu madre, confortante y protectora, en la sonrisa fraternal de tus dos hermanos, te refugias durante un momento entre la conversación de tu tío, que te cuenta historias del Chuco, y compartes el calor de los brazos morenos de tu madrina. Es un domingo cálido, luminoso, y la fiesta se halla en su apogeo. Deberías sentirse feliz, pero ya compartes con el mundo

la comezón de un futuro incierto. La vida es un enigma a los once años, ni siquiera tiene la ilusión de los quince. Es antes el misterio de la promesa que la presencia futura del rencor. La vida es todavía un bebedizo de sabor extraño, un alimento que se come sin hambre ni deleite. Es cuando la vida más duele, cuando menos arde el sol y más lejano se encuentra en el cielo. Es un sol que arde pero no calienta, sólo dora las vidas que se desparraman bajo la égida cósmica. El gran pájaro revolotea entre las ramas del sueño de la vida y hunde su pico en el pan blanco, candeal y nutriente, olisquea la fruta aromática y tentadora y entonces la goza. Disfruta la fruta la frugal y fructuosa querencia, te dice con el conocimiento que conceden los años, pero para ti se trata de un mal chiste, de una justificación que la niñez no entiende porque no sabe de sofismas ni derivaciones lingüísticas. Pero tú, que ya no entiendes de juegos porque no eres un niño, y no entiendes de juegos porque aún no eres un hombre, sólo te resta ofrecer sin gusto tu pan inocente para entregar como alimento la harina de tu vida. El gran pájaro llega en las noches como un gato a una rama donde dormita un lagarto bajo las estrellas, y mientras contempla esta blancura obscena de la luna emite cánticos marinos y gemidos rutinarios de sentido inconcreto. Tiembla entre las ramas del sueño, entre el perezoso paraje de los bosques galácticos, y cuando llega la humedad del rocío que entumece los pétalos ardientes de la flor, sientes que la noche ha terminado, comienza la vigilia y alza su presencia en la entrada del templo ciego y sordo, remoto y oscuro. Es cuando tus dientes buscan el candor blando de la almohada, cuando tus párpados se pliegan buscando el sueño pero sólo hallan la pesadilla recurrente, tiemblan un instante y se entreabren para dejar correr un rastro licuefacto del aura

de la luna, del gemido del lagarto en la rama cuando el gato lo captura y sacia su hambre que no es hambre, sólo capricho y juego de felino cazador. Es sólo un juego, ¿ves? Un juego donde yo me sacio de tu vida y te la arrebato antes de que aprendas a volar; de que busques la comunión con el asfalto de la madrugada y se te claven en las costillas, que se desbaratan como huesos de azúcar, el punzante aroma de todas las estrellas de estas noches. No sabes que te estoy convidando a la definitiva cita con la luna.



Sentado en la funeraria, Pocamadre evocaba aquellos momentos en que había podido convivir un poco con el hijo mayor de su prima y conocerlo mejor. Desconocerlo más, se dijo con las manos hundidas en los bolsillos de su chamarra mientras hacía tintinear las llaves de su carro con los dedos peludos de la mano izquierda. Se sentía nervioso y molesto, pero intentaba reprimir su irritabilidad adoptando la máscara que todos adoptan al principio en los velorios, antes de asomarse a la ventana desde la cual el muerto protagonista nos convoca para su contemplación. Recordó que antes había visto una cafetera y se incorporó para acudir en su busca. En efecto, la halló en un rincón junto a la puerta de la capilla, al lado del atril donde descansaba el libro de visitas que había firmado al llegar. Se sirvió mientras contemplaba a su prima en un sillón rodeada de los hermanos pequeños de Reynaldo y fue a sentarse con ella. Al principio no hablaron de nada en concreto. Él sólo bebía a pequeños sorbos su café ardiente y permitía que el agujijón

del calor despertase su lengua adormilada. Cuando depositó sus ojos sobre los de su prima, ella reaccionó como si se sintiera en la obligación de disculparse por su hijo, como si a Reynaldo le hubiera importado, o hubiera necesitado hacer lo mismo.

—No sé qué le pudo pasar por la cabeza... Yo lo veía tan feliz —comenzó a explicar su prima, quien por más vueltas que le daba no conseguía entender nada, armar una razón coherente para explicar esa lacerante ausencia de la vida—... Tenía su novia, con la que planeaba casarse; tenía un empleo donde lo querían mucho... Hasta había ganado un premio al mejor vendedor del año...

Desgranaba las palabras intentando arrebatarles todo sentido, pues el dolor de una madre es superior a toda palabra y toda sintaxis, es una música demasiado renuente a ser expresada con las herramientas del mundo.

—¿Y cómo llegó Reynaldo a Mazatlán, prima?

—Su premio consistió en un fin de semana en Mazatlán, en un hotel de la zona dorada, con gastos pagados.

Pocamadre había estado en Mazatlán varias veces diez o quince años antes. En aquel entonces ya era un importante destino turístico. No como Puerto Vallarta o Cancún, que más que nada son destinos predilectos de turistas extranjeros, pero no del turismo nacional. Desde la última vez que estuvo allí la zona dorada había crecido tanto que casi le costó reconocerla. Estaba llena de complejos hoteleros cuyas torres se elevaban más de cincuenta pisos sobre el nivel del mar. Pocamadre había viajado siempre acompañado de alguna mujer. Un resabio de cariños antiguos comenzó a subirle por los dedos de los pies hasta llegar a su cintura.

—¿Y no se llevó a su noviecilla? —Pocamadre lanzó una mirada hacia donde ella estaba, estrujando en la mano el pañuelo lleno de lágrimas, acompañada de chiquillas como ella.

—Andrea tenía exámenes de la escuela, y Reynaldo prefirió ir solo.

—¿Y qué fue lo que pasó? ¿Andaba drogado?

—Cómo crees, Changuito. Reynaldo no consumía nada de drogas. Ni siquiera alcohol. Que porque quería cuidarse para el futuro. El forense reportó a la policía que su cuerpo estaba limpio de sustancias tóxicas.

—¿Y entonces? ¿Nada más así, se cayó?

—No, no fue así nomás. No se cayó.

Rebeca aspiró una bocanada profunda de aire. Quiso seguir hablando, pero no pudo. Su marido tomó la palabra por ella.

—La policía reconstruyó todos los hechos, más o menos. Reynaldo volvió al hotel alrededor de las once, después de haber cenado en un restaurante que le recomendaron en el mismo hotel. Tomó la llave en recepción y luego subió a su cuarto, que estaba en el piso veintidós. Luego ya nadie lo vio con vida.

Pocamadre guardó silencio y esperó a que Tomás continuara el relato. Tenía aspecto extenuado, las bolsas de los ojos delataban, más que lágrimas derramadas, una fatiga y una desesperación más grandes de lo que podía seguir soportando.

—La policía registró el cuarto para encontrar drogas o alcohol, pero no hallaron nada. Tampoco encontraron rastros de que otra persona hubiera estado en la habitación, que estaba cerrada por dentro. La puerta de la terraza había quedado abierta, y cuando analizaron la cornisa descubrieron que Reynaldo había debido

permanecer allí, sobre la cornisa, de pie, al menos una hora completa, pues encontraron sus huellas bien marcadas. Debió de estar contemplando el vacío como una hora, poco menos o poco más. Y luego, sencillamente, saltó.

Tomás balbuceó antes de concluir. Pocamadre se agitó molesto en el asiento al haber recordado algo.

—Debió de ser como entre las cuatro y cinco de la madrugada, ¿verdad, amor? —Tomás se dirigió a Rebeca como buscando aquiescencia, pero ella no salió de su mutismo y continuó con la mirada perdida por los entresijos de las baldosas del piso—. Antes debió de dormir un poco, las sábanas estaban arrugadas. Entre las cuatro y cinco de la mañana abrió las puertas de la terraza, se subió a la cornisa y estuvo allí como una hora hasta que saltó. Lo encontraron tendido en la banqueta al amanecer.

Rebeca se agitó en su asiento y asintió. Pocamadre no podía entender nada. ¿Qué le podía haber empujado a cometer aquello? Quién sabe qué clase de pensamientos almacenan las personas más cercanas, cómo las deteriora nuestra existencia en el mosaico de sus vidas, cómo a veces las teselas que parecían bien pegadas empiezan a temblar como muelas que bailan en la boca buscando el precipicio de su destino. En ocasiones nuestros seres más queridos y cercanos encierran los mayores misterios de nuestra existencia. Ellos nunca nos dirán que no son quienes creíamos.



Regresas de cenar la que ya sabes ha de ser tu última cena. Pensabas en ello mientras apurabas sin afán los últimos bocados, de manera mecánica, con la evocación de la madre cariñosa que te obliga a comer siempre todo. Al final del magro festín extrañaste el beso de tu propio Judas. Regresas con pasos lentos por la orilla del Malecón hasta el hotel, pero la presencia de la multitud alegre que bulle alrededor no repercute en tus sentidos. Son ajenos a tus pensamientos, que pronto habrán de ser los últimos. Extrañas la soledad y quieres sellar con ella un pacto más permanente que la propia vida. Tu melancolía, tu triste desesperación sin fuego, tu sentido del humor desvalido que relampaguea como el hacha del verdugo, te abocaron a amar todo el imaginario barato de la muerte. Hiciste de la vida tu mayor accidente, y en comparación con él, para ti el mayor accidente de la vida no es más que un trámite que un burócrata indiferente signa al final de un formulario mientras mira aburrido el reloj de pared. Llegas al hotel, con una sonrisa recoges la llave en recepción y nadie nota en ti nada extraño porque nadie puede saber que pronto te alzarás por encima de ellos. Subes al cuarto, te duchas y permites que el agua corra fresca por tu piel por última vez. Te secas lo mejor que puedes, y con el mayor cuidado doblas la toalla y la vuelves a depositar en el toallero. El cuarto de hotel te parece hermoso, y a continuación decides acostarte a dormir.

Despiertas sin sobresalto alguno. Miras el reloj y compruebas que has dormido algo más de tres horas. Te sientes descansado y feliz. No quieres llegar cansado adonde tengas que llegar. Te vistes. Al principio no lo piensas mucho, sólo es una acción mecánica, ciertamente irrelevante, pero luego te detienes al abotonar la camisa que extrajiste de la maleta y que tu madre planchó con sus propias

manos. Ya has tomado esa decisión, y resuelves que cuando te encuentren habrá de ser vestido. No quieres amanecer como una paloma desventrada en una banquetta. Sobre todo, te molestaría que otros vieses tu desnudez. No otros como Andrea, claro, ella también se vistió con su piel desnuda para ti, y luego abrió la desnudez de la fruta de su piel, sino la desnudez ante los extraños, ante los pájaros nalgonos de quienes la vida parece no tener llene, ante los judas que besan y dejan un baboso rastro de caracol. Acudes de nuevo al baño una vez vestido y abres la colonia que Andrea te regaló para oler como ella quiere. Tienes una cita importante y quieres llegar lo más arreglado posible. Nada más te quitas los zapatos, porque siempre quisiste vivir descalzo como Zarathustra.

Abres la doble puerta del balcón y contemplas los dos abismos. Abajo los autos corren confusos y graciosos por la ciudad como cucarachas. Te sientes pequeño dios por unos momentos. Sonríes con tu sonrisa hiriente que nunca hizo daño a nadie. Los rascacielos te rodean y la noche no es fresca, pero la altura hace que una brisa confortante juegue con tu fino cabello rubio, y algunos rizos se deshagan sobre tu frente. Diriges la vista hacia arriba. No están todas las estrellas, pero no faltan a su cita las esenciales, las mismas que ves desde tu cuarto en Juárez, las mismas que veías en El Paso cuando implorabas en silencio para que llegase pronto la mañana.

Veamos qué se siente, te dices. Con cuidado, apoyándote muy bien contra la pared del ángulo derecho, te encaramas sobre la cornisa. Al principio permaneces en cuclillas unos segundos, pero a continuación, con mucha sangre fría y nervios bien templados, te incorporas hasta quedar de pie sobre la cornisa. Miras arriba, miras abajo. Te mides no tanto con el abismo de la noche, que con suerte

pronto te acogerá de buen grado entre sus inquilinos, sino con el volcán que se abre ante tus pies y que lanza hasta ti la llamarada del fuego de sus luces, ventanas, farolas y marquesinas de negocios de la ciudad de la vacación. Ya lo decidiste y te encomiendas primero a Dios. Tu madre te enseñó que había que encomendarse a Dios para todas las acciones de la vida, y aunque no creíste mucho en Dios, lo haces porque es tu última hora y no quieres en este momento trascendental quedar mal con nada ni nadie. Perdona lo que voy a hacer, ruegas, pero no seas muy cruel conmigo: no tengo más remedio que romper el contrato. Espero, si es que existes, que juzgues mi vida como fue y no me guardes rencor por este último gesto. Ojalá me hagas dormir bien, sin convulsiones ni accidentes que me devuelvan a la vida más deteriorado todavía. Esto último te lo ruego antes de volver a pedirte perdón, porque, aunque tu hijo no sea partidario de la venganza, bien sé que tú sí lo eres, porque eres un dios sanguinario que se complace con el castigo y con el fuego. Te encomiendo ahora el destino de todos aquellos cuyo nombre no quiero recordar y que me trajeron hasta esta orilla.

A continuación contemplas la luna redonda y grande sobre el firmamento, y con cuidado extiendes la mano hacia ella en signo de reverencia y de saludo. Es la misma luna que ahora en Juárez vela el sueño de tu madre, de tus hermanos y de Andrea, la misma luna que deseas traiga pesadillas a tus enemigos, a los que hicieron de tu templo, oh Señor, cueva de mercaderes y de ladrones. Ojalá, luna, le pides, te detengas un ratito más en el firmamento para anunciar a mi madre mi muerte, para explicarle que uno de los proyectos de su vida concluye aquí; pero que no se sienta fracasada, yo sé que sólo el amor la movió hacia mi persona. Ella hizo lo que pudo, y hecho está.

Por último tienes unos recuerdos para Tomás y tus hermanos: te prometes velar por ellos para siempre, convertido, ahora sí, luna, en una especie de chanate o de elfo juguetero que transitará desde mañana y siempre entre la vida y la muerte. Párate luna, antes de marchar a dormir, y exprésale a Andrea que no deseo detener en este momento sus sueños, pero que sepa que a partir de ahora habitaré sobre todo sus nocturnidades, pues esta noche me dará a beber la savia de todas las vigiliadas del tiempo.

Miras hacia abajo y con placer tientes la enorme masa negra de cemento que te llama y te engulle. Ven, Muerte, no tengo miedo, recógeme en el aire y ni siquiera me dejes tocar el suelo por última vez, hazme levitar para siempre en tu seno. Adiós, costas de esta ciudad que de nada conocía y ahora será mi tumba, adiós arenas jugueteras, adiós mar infinito, ojalá pueda pronto reposar entre las olas para siempre. Y ya. No tiene caso seguir aquí despidiéndome de todos los seres grandes y pequeños. Es el momento. Te quedas suspendido sobre una sola pierna y un solo pie y, como un niño que tiente el agua fría de la playa, mides el vacío gélido de la noche y de la muerte. Lo demás, te dices, tiempo habrá de ser contado entre los muertos.



—¡Hey, Chango!

Pocamadre recordaba muy bien la última vez que habló con Reynaldo. Había coincidido toda la familia en una fiesta que Tomás ofreció por su cumpleaños. De aquello habrían pasado diez meses.

Pocamadre tomaba unas cervezas heladas con la familia cuando acudió al baño y a su vuelta se topó con Reynaldo. Se dirigió hacia él con el mismo apodo familiar de siempre, Pocamadre le ofreció una cerveza pero se disculpó por no aceptar.

—No quiero engordar, mi chica no me lo perdonaría.

—¿Y dónde la tienes escondida, que no la veo?

—Anda en casa ayudando a su 'amá con unos arreglos. Al rato caigo con ella para salir a bailar. Se llama Andrea, ¿sabes?, como la mujer de la que estaba enamorado Nietzsche.

—¿Quién?

—Nietzsche, Chango. Un filósofo alemán, bien chingón. ¿Leíste *Más allá del bien y del mal*? Es mi libro favorito.

Pocamadre bebió con irritación de su botella de cerveza.

—Nomás Pito Pérez. Onde esté Pito Pérez que se quite cualquier méndigo alemán.

Reynaldo rió con ganas la gracia.

—Pues su morrita se llamaba Lou Andrea Salomé. Le fue mal con ella, dicen que por eso se volvió loco. Acabó en un manicomio.

—¿Y qué vas a aprender tú de un pinche loco mandilón?

—Se puede aprender mucho de los locos porque viven siempre al borde del abismo. ¿Sabes qué decía Nietzsche de los abismos? Que si te quedas contemplando detenidamente el abismo, sientes que el abismo te contempla.

Pocamadre extrajo el celular del bolsillo de su guayabera y vio que le había marcado el profe. Se levantó con pesadez, se despidió de mano de Tomás, y antes de abandonar la funeraria, dio un beso a su prima y a los niños.

La cabellera de Verináis

—Ándele, Poquita, no sea gachito, no me diga que no...

Pocamadre se revolvió un poco molesto en la silla. Eran muchos años de conocer a doña Chole, y el cariz que había tomado aquella conversación lo incomodaba. Compartían una jarra de café y un caldo en la cocina de casa de ella, una pequeña propiedad con un gran patio donde plantaba rábanos, jitomate y chile. Se quedó un momento contemplando los rábanos al sol antes de volver a hablar, como si entre ellos buscara la réplica adecuada.

—¿Qué no tiene un primito con quien mandarlo?

Doña Chole se ajustó las gafas en su nariz regordeta como uno de los jitomates que plantaba. Tras los gruesos lentes, sus ojos vibraron como traviesas cabecitas de ratón antes de responder.

—Usted sabe, Poquita, que somos solos en la ciudad. Y no creerá que voy a ir yo a esas calles.

Pocamadre emitió uno de esos gruñidos que invitaban a la deliberación. No es que le molestara hablar del asunto. Era algo común para los taxistas de Ciudad Juárez, desde siempre. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que acabaría conversando de aquello con doña Chole, que para él era casi como una madrina. Había intentado zafarse del tema a como diera lugar, pero comenzaba a intuir que no sería posible.

—¿Y por qué no llama a las chavas que se anuncian en el *Diario*? O en el *PM*, está lleno de ellas. Son muchachas limpias, honradas y trabajadoras.

—¡Ay, Poquita! —agitó las manos como si él hubiera expresado una simpleza—, ¿cómo cree que voy a meter una mujer de esas en mi casa? ¿Qué tal si me roba lo poco que tengo?

Ella retiró de su vista el plato de caldo de pescado que acababa de compartir con Pocamadre. Los caldos de pescado de doña Chole eran cosa especial, y ahora que estaban en cuaresma, con mayor razón se había antojado uno bien calentito. Porque el día anterior tocaron tolvaneras, y esa mañana amaneció fría. Febrero loco y marzo otro poco. Y abril, si se terciaba, chingaderas mil.

—Usted sabe, Poquita, que Tomasito ya está en edad. Acaba de cumplir dieciocho añitos, y los hombres tienen sus necesidades. Qué diera yo porque tuviese novia, porque pudiera estrenarse con una muchacha decente y cariñosa, pero “por lo suyo” —doña Chole remarcó mucho aquello de “lo suyo” como si se tratara de una plaga bíblica, o de una desgracia caída del cielo—, por lo suyo, Poquita, usted sabe que le cuesta trabajo conocer muchachas de su edad, y

que no todas son capaces de apreciar el hermoso corazón que Tomasito tiene.

A Pocamadre no le quedó más remedio que asentir. La verdad es que lo de Tomasito estaba en chino.

—No se hable más, doña Chole —asintió dando una palmada en la mesa—. ¿Cómo le hacemos, pues?

—Tomasito está listo para salir ahora mismo. Mire, Poquita, yo le doy a usted mil pesos, por el servicio del niño, que no debería pasar de trescientos pesos por lo que dice el *PM*, más la ida y la venida, y todas las molestias que esto a usted le pueda ocasionar. ¿Cómo la ve?

—Sale y vale. Es usted muy generosa, doña Chole.

—Todo sea por el bien de Tomasito. Nada más le pido que elija usted una muchacha lo más limpia y correcta posible. Yo sé que no todo es trigo limpio, Poquita, pero también sé que, entre esas muchachitas descarriadas, la mayoría son madres que harían lo que fuera por sus hijos.

—Ándele pues, doña Chole —el taxista se incorporó de la silla mientras echaba un vistazo a su reloj. Las agujas copulaban al mediodía de jueves santo.



Pocamadre había preferido quedarse a fumar junto a su taxi mientras doña Chole buscaba a Tomasito y lo vestía para la ocasión. El taxista echaba humo pensando en todas las posibilidades: doña Chole le había entregado mil pesos para que llevara a Tomasito a echar su primer *quicky*, pero eso porque ella contaba con trescientos varos

que le cobrarían unas huilas en la casa de masajes. Mínimo trescientos. Porque a la mera hora, seguro que los trescientos subirían a cuatrocientos, quinientos o más, asegún lo que al chiquillo se le antojara que le hicieran, o hacer él a ellas. Poca cosa le iba a quedar por la chofireteada y las molestias. Enseguida debió descartar aquella posibilidad por descabellada. Se abrió la puerta de la casa y por ella aparecieron doña Chole y Tomasito. Éste venía de la mano de su mamá, vestidito de punta en blanco con pantalones de pinzas y camisa a rayas con corbata. Era gordito, medía un metro setenta y todo en él desprendía dulzura y candor. Portaba en la mano un bastón blanco y unas gafas tras las cuales se distinguían sus ojos extra- viados, cada uno a la pipiluya, tirando hacia donde diosito le dio a entender. Tomasito, lo sabía bien Pocamadre de muchos años, y lo tenía muy en cuenta para sus fines, era ciego de nacimiento.

—¡Salude, m'ijo! —ordenó su madre, muy marcial.

Él tendió la mano hacia el vacío. Pocamadre se la estrechó. Estaba húmeda, calientita y flácida. Todo en Tomasito transmitía sensación de blandura, como si fuera un pan de bolillo con mucha mermelada y mantequilla recién sacado del microondas.

—¿Listo, m'ijo? —preguntó el taxista con voz viril.

—Cuando usted diga, señor Pocamadre.

—Ahí se lo encargo mucho, Poquita —volvió a terciar doña Chole—. Mire bien por él, que pase con una muchacha limpia, que tenga todos sus dientes y no le pegue una enfermedad de esas modernas.

—Despreocúpese, doña, que yo me encargo.

Pocamadre lo ayudó a entrar en el auto y luego se acomodó frente al volante. Tomasito olía a talco y loción para niños, y el

taxista blasfemó para sus entrañas al determinar que luego debería desinfectar todo el auto. Mientras arrancaba miró con atención por el espejo del retrovisor.

—¿Nervioso, m'ijo?

—Es la emoción del momento, señor Pocamadre. ¿Dónde iremos?

—Al mero centro —dejó caer como quien no quiere la cosa, a ver si ponía algún reparo al respecto. Pero Tomasito sólo suspiró mientras acariciaba el mango de su bastón con cierto grado de inquietud. Pocamadre sonrió enternecido. La juventud, el amor... ou-la-lá!

El taxista lo tenía todo bien armado en la mollera. Nada de casa de masaje, irían a la calle Noche Triste, donde las chavas hacían buen servicio por precios razonables, y los jotos rentaban cuartos en los hoteluchos de los alrededores. Servicio completo y habitación, quince minutos, treinta pesos; cincuenta la media hora. Pongamos que Tomasito se tomaba su tiempo por aquello de la timidez, la inexperiencia, las bonitas palabras de amor... En fin, todo eso que acontece en el primer encuentro, el cual en el fondo no es más que una cuestión técnica, puramente formal, como abrir tu primera cuenta de correo electrónico. Bueno, pues cincuenta varos estaban más que bien, eso le dejaba a Pocamadre nada menos que un margen de ganancias de novecientos cincuenta pesos. A doña Chole, a quien quería con toda el alma pero negocios son negocios, le explicaría que la maroma salió por un precio de cuatrocientos pesos, y podría quedarse con casi toda la feria. Ya arreglaría el apaño para que Tomasito no se diera cuenta de nada, que al cabo lo del chiquillo no era ponerse a cavilar en transacciones pecuniarias,

sino sacarse el gusanito y darle vuelo a la hilacha. Luego con los novecientos y pico varos, Pocamadre iría a echarse unos tragos al Fausto's, adquirir unos tapetes nuevos para el carro, y hasta le sobraba para comprar unos pendientes a Dorita y que los presumiera en el Butterfly.

—¿Qué es lo que quiere, m'ijo? —preguntó al chico con alegría, para ir haciéndose una idea de por dónde iban los tiros.

—¿Qué cosa, señor Pocamadre?

—Que por dónde la quiere meter, m'ijo, o que cómo quiere que le den su meneíto —por el espejo advirtió que el muchacho se ruborizaba. Ahora, más que Tomasito, pensó Pocamadre, parecía Tomatito.

—Pues no sé..., lo normal, ¿no? Pues como que así, ¿no?

—Usté manda, m'ijo, no se quiera privar de nada, que un día es un día.

—Yo, señor Pocamadre, la neta, no sé...

Natural, pensó el taxista, necesita una explicación, un empujoncito.

—Las hay chaparras, morenas, apiñonadas, con buena nalga, con grandes bubis, nadadoras... De todo un poco, es cuestión de buscarle y lo que le llena a uno el ojo... Bueno, lo del ojo es un decir, no me lo tome a mal, mi Tomasito...

—Yo..., la verdad, señor Pocamadre, me da igual... A mí lo que me haría ilusión...

Se le quedó mirando fijamente, a ver con qué le salía el mocoso.

—Lo que quiero es que tenga una cabellera bien largototota, una cabellera que le llegue hasta la cola, para olérsela y acariciarla, y revolverme en ella.

Pocamadre se agitó un poco inquieto en el asiento. Vaya con el escuincle. Todavía no echaba su primer *quicky* y ya tenía manías de viejo raboverde.

—Yo creo que no podrá ser, m'ijo, de ésas no hay muchas.

—Entonces, lléveme a mi casa —sentenció Tomasito haciendo una mueca de desagrado.

—No se alebreste, m'ijo. Ya veremos con qué nos encontramos.

Menudo cabroncito, pensó Pocamadre, tú a mí no me dejas sin mis casi mil pesos.

Llegaron al centro. Eran las doce y pico de la mañana, casi la una, y en la Noche Triste había tres o cuatro chicas dando la vuelta, pero ninguna ostentaba una cabellera destacable. Una de ellas, incluso, estaba bien pelona. Pocamadre comenzó a gruñir con cierto grado de enojo. Dio vuelta a la cuadra y en la otra acera encontró a siete u ocho jóvenes que fumaban, se apoyaban contra la pared o se rascaban junto a una farola mientras miraban pasar los carros con ojos de corderitas. Aminoró la marcha y se dirigió hacia una de ellas con un chistido. La chava corrió hacia él con entusiasmo.

—Hola, papi. Mira te cuento: chaquetita, diez pesos. Quince con pulseras. Mamada, veinte. Servicio completo treinta, por detrás treinta y cinco. Guarradas según, todo por adelantado.

—No es para mí, sino para el chiquillo —explicó moviendo la cabeza en dirección a los asientos traseros.

—No hay tarifa especial para niños —la chava extrajo un cigarrillo de una cajetilla de Sheriff y lo encendió con rapidez. Se quedó mirando a Tomasito con curiosidad.

—¿Qué tiene tu hijo que me mira tan raro? ¿Anda hasta'trás?

—No es mi hijo, mamácita, y no te está mirando. Es cieguito de nacimiento.

La chica retrocedió tres pasos.

—Uy, qué asco, yo con un ciego no lo hago.

—Pues llama a alguna de tus amigas, ándale.

La chava profirió un largo chifido y tres muchachas más se acercaron muy bien dispuestas. Una pelirroja y una güera de bote lucían una cabellera aceptable, pero la tercera tenía el pelo corto y ensortijado. Era pequeña, morena y nalgoncita, con aire como de chiapaneca. Fue la primera que metió la cabecita curiosa por la ventana, como un duende. Era graciosa a primera vista, aunque le faltase un colmillo.

—¿Alguna quiere meterse con un cieguito? —preguntó la muchacha con entonación monjil.

A la chiapaneca le brillaron los ojillos. Las otras dos permanecían más retiradas.

—¿Un cieguito? —preguntó la güera—, conmigo no cuenten, me da miedo. ¿Y cómo sabrá dónde la pone?

—Pues yo tampoco —sentenció la pelirroja—. Se ve bien raro, ¿no? Yo con disminuidos y gachupines no lo hago, me dan ansias.

Pocamadre empezó a irritarse con tanta majadería.

—A ver, pinches cabronas, ¿qué más les da que sea cieguito? ¡No les va a meter los ojos!

—No, a mí tampoco se me pega la gana —la primera chava se alejó fumando su Sheriff.

—Pues a mí no me importaría, se ve buen niño, ¿verdad? —reconoció la chiapaneca.

—Además es su primera vez, pero tú no le sirves —dejó caer Pocamadre.

La chiapaneca se vio graciosa cuando puso cara de contrariedad.

—Es que quiere una chava con el cabello largo. Cuantímás largo, mejor. Si encuentras una con el cabello muy largo que quiera darle servicio al chamaco, tú y yo nos metemos a otro cuarto y te doy una buena propina, ¿cómo la ves?

La chiapaneca se quedó piense y piense, examinando todas las posibilidades, hasta que al final expresó con soltura:

—Pues con la melena así muy larga, nomás la Verináis.

—¿Y dónde para la Verináis, m'ija?

—Hace un ratito andaba por aquí, habrá ido a la tienda a comprar una soda. ¿Quieres que la busque?

—Ándale, no te tardes, changuita —Pocamadre le guiñó un ojo. Con un poco de suerte, hasta él echaba un palito de mediodía, y luego su caguama. Vio cómo la chiapaneca se alejaba moviendo con cadencia las caderas y daba vuelta a la esquina. El taxista se reclamaba de gusto cuando Tomasito interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Señor Pocamadre...

—Ya mero, m'ijo, ya mero.

—Yo ya quiero que me lleve a mi casa...

—Ni más, m'ijo, ¿qué pensaría tu amá? Yo tengo que cumplir como un macho, y tú también, m'ijo. Ya verás que enseguida te conseguimos una chava bien hermosota con una cabellera bien larga, ya fueron a buscarla.

—Esas pirujas me dijeron cosas muy feas, señor Pocamadre.

—Es que ya no hay respeto ni capitalismo que valga, m'ijo, pero que no se le agüite el payasito, que ahí mero le arreglamos su estrenadita.

No pasaron ni dos minutos hasta que doblaron la esquina la chiapaneca y la Verináis. ¡Y es que tenía que ser la Verináis! Pocamadre se quedó mirando extasiado la larga melena que le llegaba hasta las corvas. Una cabellera ensortijada cuyos bucles brillaban al sol de la mañana como salamandras en la hoguera de una bruja. Y eso no era lo mejor de todo: era una hembra de casi dos metros de altura, con unos pechos como misiles norcoreanos y unas piernas de color caoba largas y bien torneadas que salían de unos ajustados pantaloncitos de mezclilla. Debía de tener alrededor de veinticinco o veintisiete años, se notaba ya una mujer bien templada, con cara almendrada y nariz chatita, la piel morena y brillante. Debía de ser costeña, como de Acapulco o de por ahí, una de esas hembras de embeleso que el sol y la sal de las costas llenan de salsa y son. Pocamadre no pudo dejar de lanzar una exclamación admirativa cuando la vio.

— ¡Si vieras lo que viene por allá, Tomasito! ¡Menudo cuerote! ¡Y con una melena como las que a ti te gustan! ¡Con esa melena podrías rellenar dos almohadas!

Tomasito comenzó a respirar agitado por la emoción. Las dos muchachas se acercaron y la chiapaneca volvió a meter la cabecita por la ventana del conductor.

— Te presento a la Verináis.

— Me llamo Berenice — se presentó la hermosa costeña —, pero con este cuerpo de ensueño todos me dicen... la Verináis.

Los ojos de Pocamadre se pasearon por aquel cuerpo con más curvas que la carretera del Espinazo del Diablo. Por un momento se arrepintió de que el cegatón de Tomasito fuera a comerse él solo todo aquel succulento pastel de carne, pero habían venido a lo que

iban, y el bisnes era como era, ya se daría él otra vuelteita para hablar a solas con la Verináis, que tanto honor hacía a su nombre de combate. Mientras la chiapaneca le hacía ojitos a Pocamadre, la costeña había metido la cabeza por la ventana del asiento de atrás.

—¿Es este el muñequito que quiere jugar con la Verináis? Qué rico, papito, con lo que me gusta a mí pelarles su primera banana a los changuitos.

Tomasito había agarrado la greña de la muchacha y se la llevó a las mejillas, la nariz y los labios para olerla, besarla y acariciarla. Detrás de los lentes, los ojos le giraban como trompos.

—¿Cuánto pues? —quiso saber Pocamadre para poner las cuentas claras y acabar con aquello de una vez. Tomasito seguía jugando con la melena y comenzaba a hacer bizcos y gestos faciales extraños. No era de extrañar que aquel zonzo hubiera dado miedo a las chicas. De pronto se le ocurrió que, de tan ardido como empezaba a estar, podía venirse en los calzones y echar por tierra el desfloramiento, que aquello quedase en nada y perder él su comisión. Pocamadre salió del auto, y mientras la Verináis tonteaba con el Tomasito, hizo cuentas con la sabrosa chiapaneca.

—Mira, papi, cincuenta conmigo más mi comisión, te lo dejo en otros cincuenta.

—Un poco cara tu comisión, changuita, ¿no crees?

—No sabes, mi rey, lo que costó convencerla. Es que ya le andaba echarse un taco. Por la Verináis son cien.

—¡Ah, jijo!

—Es que ella es bien especialota, tú sabes, ya la ves.

—Ya la vi, ya, ¿y cuánto nos van a cobrar en el hotel por los dos cuartos?

—Cincuenta pesos por media hora cada pareja. Hay papel sanitario en los lavabos, ¿sabes? La regadera son veinticinco pesos más, al fondo del pasillo.

—Mejor nos bañamos en nuestro cantón, changuita.

—No se puede, papuchi, es tarifa obligatoria, si no te bañas es cosa tuya.

Pocamadre reprimió una maldición y echó mano del bolsillo. Reprimió otra mentada de madre al darse cuenta de que no alcanzaba con los billetes chicos que traía, pues doña Chole le había pagado con dos de quinientos. Extrajo uno de quinientos y la chiapaneca adivinó enseguida lo que pasaba.

—Si no tienes cambio, no le hace. Yo te lo consigo. Dile al niñoito que salga del carro, que vamos aquí mismo.

Se refería a un hotelucho que se levantaba justo a sus plantas. Al principio ni había reparado en él porque, de tan ruinoso aspecto como presentaba, le pareció un edificio abandonado. Emitió un chillido y de la otra acera se acercó un niño que vendía papitas en un crucero. La chiapaneca le entregó el billete de quinientos.

—Dile a don Eladio que te dé cambio, pero oye, me lo dejas con el carnal del primo del ahijado del nieto de la Chueca.

Tomasito había salido del auto con ayuda de la Verináis y se apretaba mucho a su cintura como un tortolito. La chiapaneca hizo lo mismo con Pocamadre y ambas huilas guiaron a los clientes hasta la entrada del hotelucho.

En la recepción, o como pudiera llamársele a aquello, la chiapaneca recogió dos llaves y se abrazó mucho más a Pocamadre.

—Eres bien sangrón, ni me preguntaste cómo me llamo.

—Seguro que tienes un nombre muy bonito —respondió con sonrisa coqueta. Se le empezaba a pasar el enfado y era hora de socializar.

—Me llamo Zulma, ¿sabes?

Subieron por las escaleras, él y Zulma abriendo el paso, y en la retaguardia Tomasito y la Verináis. En el primer piso la chiapaneca lanzó una llave a su amiga y cada una abrió su cucarachero de amor. Cuando Pocamadre se vino a dar cuenta, la Verináis había introducido en el cuarto a Tomasito. De un pequeño empujón Zulma metió a Pocamadre en el suyo, cerró la puerta veloz y se dirigió al lavabo. El taxista comenzó a desvestirse en la penumbra y luego se tumbó sobre la cama. Escuchaba desde el lavabo el agua correr, y a continuación las risitas de Tomasito del otro lado del muro. Encendió un alacrán y le dio tres fumadas seguidas. Cuando salió la chiapaneca, enseguida puso cara de desagrado e hizo aspavientos con las manos para alejar el humo.

—¿Qué no te enseñaron en la escuela que fumar es lo peor que hay?

—Es por tener algo que llevarme a la boca.

—¡Pues llévate éstas!

La chiapaneca se empinó sobre él para ofrecerle las nalgas y Pocamadre arrojó el cigarro al suelo. Ella se abalanzó sobre su pene y lo introdujo en la boca para lamerlo ruidosamente. Pocamadre empezó a escuchar los chirridos de otro colchón.

—Si quieres tengo un viagra argentino muy bueno. Te lo puedo dejar bien barata.

—Me lo descuentas del cambio, pues.

—No, mi rey, los caprichos se pagan en el momento.

—Pues no necesito argentino que me la empalme. Por quién me tomas, yo soy puro mexicano.

—¡No se hable más! La neta, papi, no te hace falta.

Mientras la chiapaneca iba a lo suyo, Pocamadre se concentró en recolectar los distintos sonidos que llegaban del otro cuarto y de la calle. Entrecerró los ojos y comenzó a concentrarse en el calor que se expandía desde su bajo vientre hacia todo el cuerpo. Abrió los ojos como platos cuando Tomasito empezó a chillar como un desesperado, y al querer incorporarse, arrojó al suelo a la chiapaneca, que cayó de espaldas dando tremenda voltereta.

—¡Cabrón! ¡Me partiste la madre! ¡Te acordarás de ésta!

—¡Calla la puta boca, piriña del demonio! —gritó Pocamadre mientras se vestía con celeridad— ¿Qué le hacen al niño, putas más que putas?

Abrió la puerta del cuarto a tiempo de evitar recibir en la cabeza el zapato que la chica le había lanzado. Se arrojó hacia el otro cuarto mientras Tomasito chillaba dentro como si lo estuvieran decapitando con navaja barbera. Abrió la puerta con violencia y sobre el catre descubrió a Verináis con las piernas de Tomasito sobre sus hombros mientras le introducía un vergononón de caballo hasta la séptima costilla. El pobre chiquillo, que traía en la mano la peluca de la Verináis, chillaba como cerdito indefenso en el matadero.

—¡Deja al niño en paz, puto asqueroso! ¡Esto no fue lo que pactamos, hijo de la chingada!

Con todas las ganas Pocamadre comenzó a tirar de los hombros de la Verináis mientras el travesti hacía lo posible por extraer su herramienta de trabajo, lo cual se llevó su tiempesito porque ya la había enterrado dentro de él hasta la empuñadura.

—¡Socorro, a nosotras, que nos matan, que nos roban, que nos violan! —comenzó a chillar con su voz aguda la chiapaneca.

Pocamadre tuvo tiempo de arrojarle a Tomasito sus calzones, que éste pudo ponerse apenas con torpeza, y a continuación agarró el resto de las ropas. El travesti se incorporó y le propinó al taxista un puñetazo que lo mandó contra la puerta cerrada, aporreada en ese momento por la chiapaneca que pedía auxilio con la voz en grito. Se escucharon pasos veloces por todo el edificio. Portazos por doquier estallaban como granadas por todas partes. Gritos agudos volaron como murciélagos. Ahora la Verináis ostentaba ante Pocamadre una mandíbula de dientes blancos y afilados con los que hubiera podido desollar un carnero. La bella Verináis se había transformado en un agresivo señor moreno con calvicie prematura que parecía pescador de ostras de película del Indio Fernández.

Verináis se arrojó con las uñas afiladas contra la cara de Pocamadre. Para librarse de ella y evitar el estropicio, éste le propinó dos puñetazos en la boca y otros dos en el estómago. Verináis cayó de rodillas al suelo y escupió un diente. Balbuceó amenazante tras expulsar un poco más de sangre:

—De esta no te libras, cabrón. Vas a desear no haber nacido.

—¡Yo no nací, puto! ¡Mis papás me encontraron en un tambo de basura! ¡Por eso me llaman el Pocamadre! —se mofó el taxista mientras agarraba de una mano a Tomasito y con la otra retenía sus ropas, que empezaban a empaparse de la sangre que le corría por la cara.

—¡Corre, chamaco, y no me sueltes!

Se lanzó corriendo hacia la escalera por el pasillo con Tomasito de la muñeca. Entre lloros, el chiquillo llamaba a gritos a su mamá.

Al intentar descender los primeros escalones, el muchacho resbaló y cayó rodando hasta la recepción, donde quedó tendido como si fuera una rueda de hamburguesa cruda. Entre el mostrador y la puerta abierta se encontraba una vieja arpía con un cuchillo, pero Pocamadre la aventó contra un muro. La calle estaba llena de putas y de pillos. Consiguió meter a Tomasito en el taxi con los calzones por los pies. Sintió que la navaja de uno de los padrotes buscaba sus costillas. Le rompió el brazo al maldito pa' que se le quitara lo justiciero. Se metió en el auto. Arrojó a la calzada a tres que había sentados sobre el capó. Antes de dar vuelta, arrolló a otros dos que se interpusieron en su camino.

— ¡Putas e hijos de puta! — bramó Pocamadre cuando advirtió que le habían robado la casetera y los cidís de los Bukis que traía en la guantera. Seguro que le faltaría también la caja de herramientas de la cajuela. Tomasito lloraba derrumbado en los asientos traseros. Con rapidez le echó un vistazo y descubrió que todavía traía en la mano la cabellera de Verináis. Ansina, se dijo Pocamadre, no todo está perdido.



Como no podía dejar así al niño con su mamá, se lo tuvo que llevar al cantón. Menudo escándalo le hubiera armado doña Chole. Por el camino estuvo piense y piense en qué haría. Tomasito se había vestido y ya no lloraba. Sólo le quedaba el segundo billete de quinientos y no estaba dispuesto a perderlo así como así, después de haber sido arañado hasta sangrar y que le desvalijaran el carro, por no hablar de

las vueltas perdidas del primer billete de quinientos. Pinches putas y maricones, maldita la hora en que dijo que sí a doña Chole.

—¿Qué me hicieron, señor Pocamadre? ¿Qué me hicieron?

—Cállese, puto, y no sea quejica. Ya conoció por dónde amargan los pepinos, ya es macho de a de veras. Ahora nos queda un asunto pendiente.

—Ya lléveme a mi casa, señor Pocamadre.

—¿Y que sepa tu mamá que todavía no conoces mujer? Ni más. Además, por el camino perdí el otro billete de quinientos —mintió el taxista—. ¿Es que quieres que le salga debiendo acaso?

—No le hace, yo no le diré nada, se lo juro, la neta.

—¿Y mi ética profesional? ¿Crees que no tengo conciencia? ¿Que no soy derecho? ¿Que soy yo como esa bola de putas y maricones? Nel, m'ijo, no me ofendas.

Tomasito se encogió de hombros. De cualquier manera Pocamadre vio que ya estaba más tranquilo. Había llorado buen rato por el camino. Él había tenido una idea brillante que no podía salir mal. Se levantó de su asiento como un monito con resortera y tomó su celular. Se metió al baño y marcó el número de Dorita.

—¿Onde anda, m'ija?

—Acá en Las Misiones, tío. ¿Y usted?

—En el cantón.

—Qué a todo dar, tío.

—Oiga, m'ija, necesito que me haga un paro.

—Lo que haga falta, tío.

—Te lo compensaré, la neta.

—De qué se trata, tío.

—Venga p'al cantón cuanto antes.

- ¿Necesita que le trapee, tío?
 —No se trata de eso, pero te lo pagaré con creces.
 —Ya me dio miedo, tío. Mejor no voy.
 —Amos, anda, bien que te aliviané desde que llegaste.
 —Sí, tío. Cómo olvidarlo, tío.
 —La familia, Dorita, debe apoyarse siempre.
 —Cómo no, tío. Ahí le caigo, tío, pero ya no me asuste.



No costó demasiado trabajo acabar de convencer a Dorita de que le hiciera tamañote favor. Al fin y al cabo es una muchacha de nuestro tiempo, alivianada y sobre todo buena cristiana, con ideales elevados aunque trabajara en el Butterfly. Nada de putiferio, ella es libre de salir con quien quiera y de acostarse con quien se le pegue la gana. Y si te he visto, no me acuerdo, que un clavo quita otro clavo. Y en cuanto a Tomasito, no le molestó la idea de concluir aquel jueves santo como él quería después de todo, ya pasado el susto de aquel hipogrifo violento de la Verináis. En ese momento Tomasito esperaba entre las sábanas de la cama de Pocamadre.

—¿Cómo me veo, tío?

Pocamadre le echó un rápido vistazo a Dorita. La verdad es que la peluca de Verináis le llegaba a su sobrina hasta los talones. Parecía troglodita.

Pocamadre se abrió una botella de cañardiente mientras escuchaba las risitas juguetonas que llegaban de su dormitorio. Se alegró de que todavía le quedaran quinientos pesos.

Le diría a doña Chole que no se preocupara de la sangre. Que se debía a que lo había llevado con una virgencita de una buena familia muy necesitada. Que Tomasito cumplió como lo que ya era: todo un hombre. Cuando acabasen, quemaría en la leña la cabellera de Verináis y dispersaría sus cenizas hasta el cielo.

Simbiosis

Una tarde de primavera, cuando Elvis descubrió que el Martino había reabierto sus puertas, se dejó caer por allí. Solicitó permiso a un compa de la avenida Juárez para dejar aparcada su nave y se aproximó con paso cauteloso hacia el restaurante. Hacía más de seis meses que Elvis no entraba en el Martino, tiempo durante el cual había permanecido cerrado por las extorsiones de bandas criminales. Cuando el ejército y la policía federal abandonaron la ciudad, cuando se supo, en definitiva, que ya algunos habían ganado la guerra y conquistado la plaza, poco a poco empezaron a reactivarse los comercios, y los juarenses volvieron a habitar las calles y los antros que antaño habían sido el principal reclamo de una ciudad alegre y picante.

Se dirigió hacia el Martino, ubicado desde hacía décadas en la avenida Juárez, junto al bar Kentucky, donde había sido inventado

el coctel margarita, según la leyenda. El mismo Kentucky donde, evocaba siempre Zebulón, a veces pasaba sus buenos ratos John Wayne consumiendo cigarrillo tras cigarrillo en la barra de madera maciza y aguardaba la hora de que Zebulón lo llevase al aeropuerto para tomar una avioneta particular que horas más tarde aterrizaría en su rancho de Durango.

Elvis no se atrevió a entrar en el Martino y decidió permanecer en la puerta para observar con mucho cuidado. Cruzó frente al ventanal del restaurante recién abierto una mujer de sesenta años que hablaba con una niña. Ambas llegaban asoleadas, y sus muchas bolsas de las tiendas del centro de El Paso revelaban que habían cruzado el puente pocos momentos antes. Con cierta torpeza y sofoco, arreglaban el contenido de las bolsas antes de proseguir su camino.

—Abu, tengo mucha sed... ¿Pedimos aquí un vaso de agua?

—No, m'ija, vamos a la tiendita, aquí no podemos entrar.

—¿Por qué no podemos, abu?

—Porque aquí es el Martino's, m'ija. Sólo viene gente de dinero. Tú —sentenció la abuela— nunca podrás entrar en el Martino's.

Elvis advirtió que la niña adoptó cara de contrariedad, quizá como primer resabio amargo de conciencia de clase, y a continuación la abuela y su nieta reanudaron la marcha con las bolsas repletas de raciones de sueño americano compradas a los chinos del *downtown*. Fue entonces que Elvis decidió asomarse por el ventanal y contemplar el interior del restaurante. Cuando sus ojos se acostumbraron a la característica penumbra del mismo, advirtió que no parecía haber cambiado en los últimos meses que había permanecido cerrado. Aunque mucha gente lo llamaba Martino's, en realidad siempre había sido el Martino. El restaurante de más relumbré de la

Juárez cuando esta avenida era el epicentro de la vida nocturna en la ciudad, antes de que llegasen las maquilas, antes de que la urbe se expandiera hacia oriente y poniente como una galaxia de cemento recién nacida que devora neutrinos a su paso. Aquellos fueron “los tiempos”, diría algún viejo de la ciudad. Lo diría, por ejemplo, Zebulón, que llevaba más años que nadie en la *city* delante del volante de un taxi. Todavía en los años setenta, cuando la Juárez aún se llenaba de turistas gringos por la noche, el Martino era el restaurante más exclusivo de la ciudad. Cuánto había cambiado ésta desde entonces, se decía Elvis mientras miraba ojo avizor por el ventanal hasta que un mesero joven, a quien no pudo reconocer, se asomó a la puerta para examinar con detenimiento a aquel fisgón. Fue entonces cuando, al ser descubierto, dejó de escudriñar el restaurante a través de los cristales, saludó al mesero y emprendió el regreso hacia su taxi.

En realidad, hacía muchos años que el viejo Martino, el que había cerrado sus puertas unos meses antes, había dejado de ser aquel distinguido restaurante al cual la niña y su pobre abuela hubieran tenido vedado el paso. El mismo Elvis había estado comiendo en él siete meses antes, hasta que un día encontró cerrada la puerta y los camareros del Kentucky le informaron de que ya no abriría más. Había entrado en el restaurante por casualidad, una tarde soporífera en que el radiador de su nave había comenzado a calentarse y expulsar un humo oscuro y ostentoso. Estacionó su auto entre las calles tal y cual, salió para extraer de la cajuela un galón vacío de plástico, pero no encontró ninguno. Su primera idea fue dirigirse hacia La Cucaracha para solicitar agua, pero encontró el local cerrado. Hacía tiempo que no daba vueltas por la Juárez y pudo comprobar entonces, no sólo la decadencia profunda de la avenida, sino también cómo

la mayor parte de sus locales y negocios habían cerrado por culpa de los extorsionadores, que ya entonces comenzaban a cebarse sobre todos los negocios de la ciudad. Siguió caminando en dirección al Kentucky, pero antes, imperceptiblemente abierto, dormido como un gato sobre una rama durante una tarde de calor, descubrió el Martino. Hacía muchos años que no lo visitaba, nada menos que desde su juventud. Atravesó el umbral y transgredió el pequeño recibidor con su segunda puerta, que comunicaba con el restaurante, y a continuación se encontró entre una quincena de mesas preparadas para recibir comensales. El restaurante flotaba en una indolente penumbra. Los cristales de las ventanas atrapaban la luz del exterior, pero por alguna razón (Elvis pensó que serían vidrios ahumados) no permitían que ésta se desparramase por el restaurante. La iluminación que con palidez bañaba al Martino parecía una luz cautiva sobre la que destellaban, perdidas por aquí y allá sobre ciertas mesas, algunas diminutas lámparas que invitaban al solitario descanso o la confianza entre comensales. A pesar de tratarse de la hora de la comida (eran las dos de la tarde y cualquier restaurante debía estar de bote en bote) el Martino se encontraba vacío por completo. Deslumbrado todavía por el resplandor del sol de la calle, aguardó entre las mesas hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. A su izquierda había una gran barra de madera labrada, muy antigua, con la que quizá el Martino pretendía competir en rancio abolengo con la célebre barra del Kentucky. Una vitrina mostraba una selección de los mejores vinos de la casa y, frente a ella, el expositor de bebidas ostentaba plétora de licores. Con dificultad advirtió que alguien se movía al fondo del restaurante en la cocina, y entonces pudo distinguir a

duras penas el rostro rubicundo del chef que calzaba sobre su cabeza un alto *toque blanche* y alisaba su filipina.

—¿Buenas? —tentó Elvis.

—Buenas tardes —respondió otro hombre. Parecía no haber salido de ninguna parte, como si se hubiera materializado simplemente a pocos metros, entre la cocina y el taxista. Preguntó:

—¿Viene usted solo?

Elvis se quedó mirando al mesero, y pudo reconocerlo a pesar de los años transcurridos. Quizá llevaba allí toda la vida. Era un hombre pequeño de avanzada edad que vestía la típica chaquetita blanca y camisa también blanca de camarero con pajarita. Se peinaba el cabello con la raya del lado izquierdo y en su cara sobresaltaban, por encima de todo, unas enormes gafas cuadradas bajo su rostro cuarteado por completo, como el de un lagarto que ha pasado la vida bajo el sol.

—El radiador de mi auto está echando humo, ¿serían tan amables de prestarme un galón de agua?

—Creo que podremos ayudarle. Déjeme ver en la cocina. Si gusta, mientras puede tomar asiento.

El camarero tendió su brazo hacia las mesas con lentitud, como Bela Lugosi cuando recibe a Van Helsing en el castillo de Drácula.

—No será necesario, gracias —respondió Elvis con educación.

Al cabo de un par de minutos el mesero regresó con un galón repleto. Elvis, tras dar las gracias, abandonó el restaurante, se dirigió a buen paso hacia su taxi y derramó el contenido del galón sobre el radiador. Regresó al Martino.

—Gracias de nuevo, ahora sólo resta esperar a que el radiador se enfríe —comunicó Elvis al mesero, que le esperaba en mitad del

patio de mesas inmóvil como un reloj de cuco. Elvis le tendió el galón vacío.

—¿No gusta comer mientras? Podemos prepararle algo rápido —preguntó el mesero recogiendo el galón.

—No, gracias —respondió Elvis un poco incómodo.

El mesero torció un labio con gesto de contrariedad, y Elvis de pronto se sintió algo avergonzado, sin saber qué agregar, como si no tuviera para pagarse un filete y una cerveza. En realidad no había comido, así que no perdía nada con echarse algo al estómago. No debía de ser muy caro, al cabo el Martino había conocido tiempos mejores, pero estos tiempos ya no eran aquéllos. Le sacó de su obnubilación el delgado sonido de un chistar que pareció llegar de una mesa a su derecha: “Tch, tch...”, y Elvis volvió la vista hacia allí. En una recogida mesa para dos comensales, junto a la pared del restaurante, distinguió en la oscuridad una figura femenina que le hacía señas con una mano y volvía a chistarle: “Tch, tch...”. Elvis miró con curiosidad al mesero y éste le devolvió la misma mirada interrogativa desde unos ojos grises y fríos de lagarto petrificado sobre un cactus del desierto. Sobre los gruesos cristales de sus lentes flotaban las aspas de un ventilador iluminado como si tuviera dos remolinos por ojos.

—Sí, por qué no tomar algo... —balbuceó Elvis con torpeza mientras su atención se desprendía del mesero y se concentraba ahora en la silueta femenina que volvía a chistarle entre la penumbra:

—Tch, tch... —la sombra volvió a manotear en gesto de saludo.

—¿Me llama a mí? —preguntó Elvis a la dama, antes de dirigir una nueva mirada de interrogación al mesero, que torció levemente la cabeza y le devolvió un gesto de extrañeza. Avanzó dubitativo hacia la mesita desde la que alguien le hacía señas. En efecto,

sentada frente a aquella pequeña mesa contra la pared había una mujer joven y morena. Había algo familiar en ella, pero en principio no supo reconocer qué era. Debía de haber entrado mientras descargaba el galón de agua sobre el radiador, porque al entrar por primera vez no la había visto. Ella lo miraba con una sonrisa amplia y juguetona. Sus ojillos castaños brillaron con cariño cuando le preguntó:

—¿A poco ya no me recuerdas?

Elvis se quedó mirándola con enorme curiosidad, y lentamente comenzó a parpadear una luz en su memoria hasta hacerse más grande mientras se decía: no es posible, ¿puede tratarse de ella?

—No te quedes mirándome así como menso, ¿qué no te sientas conmigo después de tanto tiempo?

Elvis se dirigió con torpeza hacia la mesa donde la joven reclamaba su atención. Al llegar junto a ella volvió a aspirar un perfume extinguido, uno prendido en su memoria como resto de telaraña que cuelga de la esquina de un cuarto que ya no se limpia con frecuencia. Al mirarla más de cerca sonrió atontado, confundido primero por la sorpresa, enseguida por la nostalgia.

—¿Alma Delia? ¿Eres tú? —expresó como si cada palabra sostuviese un ancla que había que arrancar de un lecho marino.

—¿Te gustaría que fuera otra persona? —preguntó ella con chispa.

—¿Pero cómo? Ha pasado... ¡mucho tiempo!

—¡Ni me recuerdes!

—¿Treinta años?

—Te dije que ni lo mentaras —zanjó con una carcajada destemplada.

—Te ves estupenda, como si...

—¿Como si...?

—...como si el tiempo no hubiera pasado por ti.

Hizo descender la mirada, tan complacida por el comentario como cualquier mujer. Elvis aprovechó que sonreía y bajaba la cabeza para sentarse en la mesita que ella ocupaba.

—Mita y mita —comentó Alma—. Un poco de talento natural, y un poco de cirugía plástica en Houston.

—Así que vives en Houston... ¿y qué tal te va?

—No me puedo quejar, pero ya estoy de regreso a Juárez. No ha cambiado nada en todo este tiempo —afirmó como si el tiempo fuera una losa que le pesara.

—Cómo crees, eso es porque estás recién llegada... La ciudad ha cambiado en todo desde que éramos jóvenes. Aquí ya no se puede vivir. Sobrevivir es la palabra de moda.

Delia comenzó a trazar círculos con el dedo sobre el mantel de la mesita.

—No creas. Mientras hay vida, dicen que hay esperanza. Y aun después.

Elvis se quedó serio y la miró con atención. En Houston debía de haber buenos cirujanos plásticos. ¿Qué edad tendría? Más o menos la suya, y él frisaba ya los cincuenta y dos. Es verdad que hay mujeres que no se hacen nada, casi no envejecen y aparentan lozanía y belleza como por ensalmo. Un poco de talento natural, y alguna ayudita de los cirujanos. Ella tenía razón, acabó por reconocer Elvis.

—Y a todo esto, ¿tú cómo has estado?

La miró, y por primera vez en muchos años se detuvo con arrobo en el color avellanado de sus ojos. Sus largas pestañas le

parecieron después de tanto tiempo una tienda de campaña en la que guarecerse durante una tormenta. El perfume de su cabello leonino le trajo evocaciones de recónditos tiempos, cuando la vida era sólo promesa. Frunció el ceño antes de responder y bajó la mirada, un poco avergonzado, pero enseguida decidió mostrarse jactancioso.

—Ahí la llevo como puedo. Estuve unos años en Las Vegas buscándome la vida. Rolé un poco por los Estados hasta que me deportaron y regresé a Juaritos. Me volví a ir de mojado, gané una lana para comprar una licencia y un taxi. Me casé con una maestra. Poco a poco se me fue volando la vida, sin darme cuenta. Ahora volanteo por la ciudad. Me gusta porque soy mi propio jefe.

—Me gustó cómo dijiste “se me fue volando la vida”. ¡Qué dramático!

—Los años se van en chinga loca. ¿No piensas tú igual?

—A veces los años son como un cuchillo clavado en el tronco de un árbol. Un cuchillo que nadie arranca y, poco a poco, se va llenando de herrumbre, hasta que se funde con el árbol y desaparece.

¡Órale!, se dijo Elvis con un pestañeo. No es que le extrañara lenguaje tan florido. Su esposa muchas noches le recitaba pasajes de los libros que leía. Nada más le chocó aquella manera de expresarse, así de cultivada, recién encontrada a la vuelta de tantos años. Alma Delia, con quien había pasado gratos momentos de juventud. Ahí estaban los dos, en el Martino. Compartiendo recuerdos mientras el mesero de piel de lagarto los contemplaba con interés desde un rincón donde la luz se plisaba sobre la sombra y los tristes candiles parpadeaban sobre los corpachos de las botellas de licor importado. Elvis se levantó entonces del asiento.

—Ya me tengo que ir, Delia. Fue un gusto verte.

—¿Por qué tan pronto? Aún tenemos mucho de qué hablar —sus labios temblaron cuando ella dijo esto y, por unos momentos, sus dedos tibios se posaron sobre los dedos de él.

—¿Tengo algún número al que llamarte? —quiso saber Elvis.

—Acabo de volver a la ciudad. Todavía no.

—Un teléfono celular, ¿no tienes?

Delia le devolvió una mirada opaca antes de preguntar:

—¿Por qué no volvemos a vernos mañana? Aquí a esta misma hora. Se está a gusto. Me trae recuerdos, ¿a ti no?

Elvis asintió incómodo.

—¿Y dónde te estás quedando estos días? ¿Con tu familia?

—No quiero causar molestias. He rentado un cuarto en el Sylvia's, allí estaré mientras encuentro un departamento.

Elvis sintió que se le enchinaba toda la piel del cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la raíz de los cabellos. No existía nadie en Ciudad Juárez que no supiera que el famoso hotel Sylvia's, muy próximo a la casa de Juan Gabriel y emblemático de la ciudad durante décadas, había ardido por completo más de quince años antes.



Al día siguiente, antes de dirigirse de nuevo al Martino, se detuvo en la 16 de Septiembre frente a las ruinas del Hotel Sylvia's, a la altura de la calle que lleva a la Ignacio de la Peña. Por supuesto, no existía ninguna duda al respecto, Elvis dominaba la geografía y la historia de su ciudad. Quizá deformación profesional, por las

clases que impartía Aurora en la UACJ y sobre las que tantas veces ella le hablaba durante las tardes, mientras tomaban una copita de Pernod. La complicidad que ambos tenían al respecto, y el no haber tenido hijos, los había obligado en cierto modo a construir ese pequeño mundo de tradiciones levantadas en torno a ellos mismos. En el fondo, en su madurez por fin crepuscular, a Elvis le hubiese gustado ser historiador y dar clases en una escuela. Le gustaba acumular datos y fechas sobre acontecimientos históricos que, a veces, hilvanaba de manera un tanto confusa en sus pláticas con los demás taxistas. Aurora muchas veces llevaba a casa libros o tomaba esos cursos para maestros que impartían profesores como Pedro Siller o Ricardo León, y Elvis se soliviantaba al recordar todos los años que desperdició de papichulo en Las Vegas o de bala perdida por los Estados. Elvis siempre tenía alguna cita que insertar o alguna reflexión que relacionar con aquello de que se hablaba. Incluso se le había pasado más de una vez por la cabeza entrevistar a Zebulón para redactar una especie de biografía con Aurora, ya que Zebulón era una enciclopedia viviente de los años dorados de la ciudad, aquellos de la despreocupada vida bohemia internacional, los del restaurante La Fiesta, cuando la avenida Juárez era representativa de lo mejor de la noche, antes de que se convirtiera en un montón de antros en ruinas, antes de las maquilas, antes de las crisis económicas, antes de la guerra contra el narco.

Había pasado mala noche por pensar en todo aquello, pero Elvis no iba a dejarse engañar al respecto: allí seguían las ruinas del Hotel Sylvia's, otrora el hotel más lujoso de la ciudad, varadas en la costa de aquel mar de Tetis como los despojos de un ballenero que se pudre bajo la acción del viento y del salitre en una playa.

El Sylvia's había ardidido por completo una lejana mañana de 1996. No sólo no era posible que Alma Delia se alojase en el hotel, sino que ayer, al afirmar esto había pretendido engañarlo, quizá por vergüenza o por amor propio, y después de tantos años de ausencia, de andar vagando por ahí y volver a la ciudad, ella no sabía, porque no lo podía saber, que el Sylvia's ya no existía, que ya no era más que un cascajo abandonado en la orilla de la avenida como un perro muerto. Como el pasado.

Acabó su refresco de cola y enfiló hacia el sitio Moridero. Eran apenas las ocho de la mañana, buen tiempo para un pequeño desayuno y pensar un poco en la situación antes de volver al Martino, para esa cita con Alma Delia. Elvis intentaba poner orden en su memoria y acomodar a Delia y su familia dentro del mapa de la ciudad y del tiempo. Chingados, habían pasado treinta años, que se dice pronto. Una vida. Dos vidas enteras de dos chavos que empiezan de sicarios y acaban con un plomazo en la sien cuando ya no son necesarios. Habían pasado muchas cosas, por el mundo, por la ciudad y por ellos. Delia y él habían noviado desde que ambos tenían algo así como diecisiete o dieciocho años, antes de que a Elvis se le prendiese una mecha en la cola y saliera volando para los Estados. De eso se acordaba muy bien. Recordaba de forma vívida y palpitante la noche en que ambos se besaron por primera vez. Llovía ligeramente sobre la ciudad y salían de una fiesta. Traía cada uno de ellos una bebida de cola y ron en su vaso de plástico y los atrapó la lluvia, que en aquella ocasión no fue copiosa ni molesta. Elvis creía recordar que en algún momento ella y él se detuvieron con su bebida en la mano, al mirarse se abrazaron y dieron comienzo los besos

sin soltar los vasos. El hielo se derretía en ellos y la lluvia se mezclaba con el alcohol, y la bebida y los besos parecieron nunca tener fin.

Cosas de chavos, recordó Elvis. En aquellos tiempos era joven, y Alma Delia no era la única chica con quien entraba y salía. Nada serio. Sin compromisos verdaderos. Nada de te querré para siempre y esas cosas. Intentó recordar dónde vivía la familia de Delia. Estaba seguro de que se estaba quedando con ellos, pero por alguna razón no había querido revelárselo. Mientras manejaba hacia el Moridero comenzó a cavilar, a tirar del ovillo de su memoria. Chingados, es que habían pasado más de treinta años... ¿Dónde vivía la familia de Delia? ¿En qué habían trabajado? ¿Quiénes eran sus padres? Poco a poco, empezó a recordar detalles. Se habían conocido cuando la familia de Elvis llegó al barrio de La Chaveña, también conocido como de La Pila, a finales de los años 70. Su familia había alquilado una gran casa en la calle Espejo, frente al parque, y poco a poco Elvis se fue haciendo a las calles y la vida de aquel territorio urbano, que ya no era como la vida de los barrios de ahora. Enfiló de nuevo hacia la Chaveña, que hacía tanto tiempo no pisaba. En tiempos había sido una colonia pacífica y tradicional de la ciudad, en la que se asentaron familias de trabajadores que ahora habían envejecido. Ya casi no abundaban los jóvenes en la zona, se iban hacia otros rumbos a medida que también este barrio se dejó afectar, como por el efecto devastador de un cáncer, por el deterioro del centro histórico de Juárez. Y a pesar de todo, también se vio afectado por la ola de criminalidad desatada en que vivía la ciudad en tiempos recientes. Recordó que la primera vez que vio a Delia estaba acompañada por un primillo de ella, un chico rubio y muy delgado a quien todos llamaban Pincho. Lo recordaba bien porque, cuando llegó la adolescencia, coincidían mucho por

los tres o cuatro billares de la zona. Pero a Delia no la había conocido en los billares. La vio por primera vez mientras descendía una calle con el Pincho rumbo a casa. Él se la quedó viendo, y empezó a deleitarse con el movimiento de su falda, que dejaba ver unas piernas jugosas, adolescentes, bien torneadas de mujer recia y bien aposentada sobre la tierra. Aunque no era más que una niña, ya tenía Alma Delia la reciedumbre de las mujeres que nacen para mandar sobre hombres y gobernar familias. Desde el principio le gustó porque tenía dónde perder sus manos, porque los ojos se le llenaron con sus carnes firmes y dieron vueltas en sus curvas doradas. Su padre, ahora lo recordaba muy bien, era dueño de una tortillería en una de las calles cercanas, y Elvis se ofrecía siempre voluntario en casa para acudir a comprar las tortillas y coincidir con ella cuando no estaba en la escuela. La familia de Delia, recordaba Elvis, constaba de padre, madre y dos hermanos. En la tortillería ayudaban a veces los hermanos y Alma Delia, pero por lo general la llevaban sólo los padres de Delia con la ayuda de otras dos mujeres. Supo más tarde que una era la madre del Pincho, y la otra una parienta lejana. A Elvis le gustaba darle conversación a Delia cuando la encontraba. Sentía esa punzada envalentonada que conduce a los jovencitos, como potrillos que son, a dirigirse a las muchachas con la excusa de cualquier tontería, para hacer conversación y dilatar el tiempo fingiendo naturalidad mientras las mujeres estudian, sondean, analizan y, por lo general, descartan. Toda vida de mujer es un álbum de recortes de hombres prescindibles, desechados y al fin olvidados...

Como aquel año Elvis había llegado fuera de tiempos al bario, no pudo inscribirse en la preparatoria, y cuando lo hizo en la Hermanos Escobar, Delia le adelantaba en un año. Fue entonces

que intensificaron su relación, y al concluir las clases él comenzó a acompañarla a la tortillería primero, y en ocasiones a casa, que estaba un poco más allá, a sólo seis o siete cuadras. Ambos tenían diecisiete años en aquel tiempo. A ella le gustaba burlarse de él cuando al principio pronunciaba mal su apellido: Varela. Al principio Elvis pronunciaba Valera.

Se detuvo a tomar un café en El Coyote Inválido antes de dirigirse a La Pila. Primero pasó ante la casa en que él había vivido con su familia para descubrir que ahora era un inmenso galeón en renta que al parecer nadie quería habitar. En general descubrió el barrio en relativo estado de abandono, lleno de negocios cerrados y en ruinas, algunos tras haber sido incendiados, y se cansó de contar casas en venta o alquiler que se desmoronaban sobre sus propios cimientos. La ciudad estaba llena de viviendas que nadie quería comprar desde que empezaron los años de la furia, los años fúricos, los años juáricos, y los ciudadanos empezaron a emigrar a El Paso, o a regresar al interior del país, o sencillamente iban siendo asesinados.

Pasó primero por la tortillería de la familia de Alma Delia en la calle José de Urquidi, y entró para comprar un kilo para casa. Encontró a una mujer madura que sudaba mucho y ordenaba los productos sobre el mostrador.

—¿Qué va a ser? —le preguntó con desconfianza al verle tras pasar el umbral.

—Un kilo, y un par de esos chiles rellenos.

Mientras la mujer atendía su pedido, Elvis la contempló e intentó reconocerla en vano.

—Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta?

La mujer levantó la vista con recelo. Los preguntones no eran bien vistos en la historia reciente de Ciudad Juárez.

—Busco a una amiga. Alma Delia Varela. Su familia es, o era, dueña de esta tortillería.

—Se equivoca, mi amigo. Este negocio cambió de dueños hace mucho. Ahora es propiedad de la familia Campillo.

—¿Hace como cuántos años cambió de dueños?

—No sabría decirle, pero ya no tiene que ver con quienes ustedes busca —sentenció tajante.

—¿Y no sabrían darme razón de la familia Varela?

—Quizá la dueña, pero ya casi no viene. Ahora vive en El Paso. Todo lo que sé es que hace años vendieron la tortillería al señor Campillo y aquella familia se fue de la ciudad.

Elvis tomó el kilo de tortillas y los dos chiles envueltos en papel de estraza mientras pagaba y dio las gracias a la pobre mujer. Al salir, guardó el kilo en la cajuela del taxi y devoró los chiles frente al volante mientras pensaba que sería fácil encontrar la casa de los Varela. Quedaba a unas cuantas cuadras a la vuelta. Era una casa con jardín al frente y unos rugosos, altos saucos. Encendió su nave y hacia allá se dirigió. No tardó en localizarla, con el mismo jardín al frente, pero ahora muerto por completo y lleno de rastros, los saucos derribados y tendidos sobre el suelo entre la hierba alta, espesa y descuidada. En la puerta, un cartel rezaba: SE VENDE O RENTA. A continuación proporcionaba un número de teléfono celular. Elvis lo marcó.

—Bueno —contestó una voz del otro lado.

—Buenos días. Llamo por la casa que se vende o renta en la calle Ulises Irigoyen.

—Sí, dígame —expresó con frialdad.

—Me gustaría saber con quién debo hablar para que me la enseñe.

—Conmigo mismo. ¿Con quién tengo el gusto?

—Elvispresli Marrufo, para servirle.

—¡Ah, cabrón! —la sorpresa dio paso a un tono de voz más cordial—, ¿el Elvis de la prepa?

—El mismo, ¿con quién tengo el gusto? —preguntó con entusiasmo.

—Antonio Varela, no sé si me recuerde.

Elvis sonrió para sus adentros. Por fin los había contactado. Estaba hablando con el Pincho.



El Pincho se había convertido con los años en un hombre de mediana edad entrado en carnes. Ahora más que pincho parecía albóndiga. Quizá era el único de la familia Varela que no había emigrado, aunque su característico cabello rubio de juventud sí lo hiciera rumbo a la nada. Era dueño de una refaccionaria en la otra punta de la Chaveña. Después de los saludos de rigor, el Pincho lo invitó a compartir una caguama mientras metía carrilla a sus chalanos para que acabasen pronto una chamba. Platicaron de esto y de lo otro mientras entraban en conversación hasta que el Pincho fue directo al grano.

—Tú no andas buscando rentar la casa de la Irigoyen.

—La neta, no, Pincho. Nada más pasé por el lugar, me acordé de los viejos tiempos y me preguntaba qué fue de la familia que vivía allí.

—Aquella fue casa de mis tíos Ramón y Raquel. Hará más de treinta años que vendieron la tortillería y se marcharon todos a Tennessee. Allí abrieron otra tortillería, era lo que sabían hacer. Les fue bien.

—¿Sigues en contacto con ellos?

—La verdad, no. Cuando ellos se fueron, mis papás compraron la casa. Mi jefita murió hace quince años, y pronto le siguió mi apá. Dentro de unos días hará catorce que también está en gloria de Dios.

—Lo siento mucho, Pincho.

El Pincho hizo un gesto de fatalismo antes de tomar de la caguama y pasársela de nuevo a Elvis.

—Luego yo heredé la casa. Al principio me vino muy bien, porque éramos yo, mi vieja y cinco mocosos, pero luego me divorcié, mis mocosos siguieron viviendo allí hasta que se hicieron grandes, y mi ex se marchó a vivir con su hermana a Ohio. Me volví a casar, pero no tenemos niños. La vivienda nos viene grande, y además está muy arruinada, y lo que es peor, llena de recuerdos, de malas vibras y de presencias.

—¿Ah, sí? —preguntó Elvis con interés devolviendo la caguama al Pincho.

—Sí, casa vieja, ya se sabe...

Elvis guardó un silencio cauto antes de volver a preguntar.

—¿Y qué fue de tus tíos Ramón y Raquel?

—Ya murieron en Tennessee. Heredaron todo a sus hijos: la tortillería, los carros, todo... Ahora Iván y Carlos llevan el negocio. A veces hablan para acá, pero muy de cuando en cuando, casi no tenemos contacto, y nunca se retachan para Juaritos. Hablé hace poco con ellos por si estaban interesados en la casa, pero Iván me dijo: ¿y qué voy a hacer con ese viejo cascajo? Tenía razón, yo lo comprendo.

—Pero ellos tenían también una hermana —dijo Elvis llegando por fin al tema que le interesaba.

—Mi primita Delia, cómo no. Ya me las olía que andabas detrás de algo más que la casa y los recuerdos, pinche Elvis.

—¿No estás en contacto con ella?

—Pobrecita —dejó caer el Pincho mientras se santiguaba con una pena muy honda.

—¿Qué le pasó?

—Una desgracia, Elvis. Fue al poco de irse toda la familia para Tennessee. Ella al principio no quería irse de Juárez, pero aquí no iba a quedarse sola. Tenía diecinueve años recién cumplidos, y la familia decía que en los Estados se le abrirían más oportunidades. Fíjate nomás qué ironía más perra.

El Pincho rubricó su sentencia con un escupitajo contra el suelo. Elvis sentía que el corazón le latía con más fuerza.

—Fue al poco de llegar a Tennessee —continuó el Pincho—. Cosa de meses. Fue al cine con una amiguita que había conocido allí.

—¿Y luego?

—Pues que tuvo una méndiga suerte. No creo que te acuerdes, pero hace como treinta años, en Tennessee, un loco entró en un cine y comenzó a disparar contra los espectadores. Se echó a once el cabrón.

—¿Y Delia estaba allí? —preguntó Elvis de manera retórica.

—Fue la primera en morir, pobrecita mi prima Delia. Tenía toda la vida por delante, ¿cómo ves? Pinches gringos: nada les gusta más que una pistola y una cola que se mueva.



Aunque hacía cuatro meses que había dejado de fumar, ahora Elvis sintió el impulso indomeñable de una sobredosis de nicotina, y tres cigarros más tarde comenzó a reaccionar. Se había sentado en una acera para hacerlo, parapetado tras su taxi a manera de escondite. Para que no lo viera ni el gato. Aurora lo regañaría si descubriera que había regresado al cigarro, aunque sólo fuese por un momento de estupefacción, de debilidad.

Consultó su reloj, cuyas manecillas se aproximaban implacables hacia mediodía. Había quedado con Alma Delia a la misma hora de ayer, a las dos. Mientras encendía otro cigarrillo se repitió que todo aquello era una locura, que algo no encajaba entre las piezas de aquel puzle. Delia no podía estar muerta, él había conversado con ella ayer mismo en el Martino. ¿Y si no era ella, sino alguien que se le parecía mucho? Pero Delia no tenía hermanas gemelas, ni nadie que pudiera gastarle una broma; además, ¿para qué iban a querer gastarle esa clase de broma a un vulgar taxista como él?

Mientras Elvis fumaba daba vueltas en su imaginación a todas estas consideraciones y muchas más. Al fin decidió que, puesto que había quedado con Delia en el Martino a la misma hora, allí se personaría aunque fuese todo una broma o un disparate. Arrojó el cigarro al suelo y subió a su auto.

A las dos en punto traspasó las puertas del Martino, y Elvis volvió a adentrarse en aquel restaurante retráctil a la luz. Los rayos del sol de Juárez quedaban retenidos en los ventanales, y más allá de los mismos, la penumbra se volvía una sombra de tiempo, un remanso de décadas, como un remolino de agua que gira alrededor de sí mismo hasta que se extingue. Encontró vacío el restaurante,

como la tarde anterior. Elvis contempló con ansiedad todas y cada una de las mesas y los asientos. Alma Delia, por descontado, no estaba allí. El mismo camarero se aproximó de nuevo desde el fondo del restaurante, a la izquierda, donde se encontraba la cocina. Traspasó la barra acristalada de los licores y se plantó frente a él a distancia respetuosa.

—¿La misma mesa de ayer, señor?

—Sí, ¿por qué no?

El camarero lo guió hasta la mesa que Elvis había ocupado la tarde anterior. De otra mesa tomó una carta y la depositó sobre el mantel. El taxista siguió sus pasos y se sentó. El camarero le tendió la carta de vinos y licores. Elvis estaba sentado en la misma silla frente a la misma mesa. Lo atendía el mismo camarero con rostro de lagarto centenario, con sus mismos ojos escrutadores y brillantes, de mirada certera, tras los gruesos vidrios de los lentes. Preguntó si deseaba tomar algo. Elvis tanteó en su mano por unos instantes la carta de vinos y licores. Se decidió por una cerveza. Una sola. Debería volver al taxi para trabajar durante toda la tarde, más o menos hasta las ocho. Tomó el menú y comenzó a leerlo. El Martino siempre había sido un restaurante especializado en cocina francesa. Todos los platos que ofrecía la carta, además de los consabidos cortes de carne que no podían faltar en ningún restaurante de Chihuahua, eran tradicionales de la cocina francesa que tan de moda había estado décadas antes: *Escargots, Coq au vin, Pissaladière, Blanquette de Limoux, Saumon au court-bouillon...* Aquella carta parecía salida de cualquier película de Hollywood de los tiempos de aquella que tanto gustaba a su madre: *Cacha un ladrón*. Culpable nada menos del nombre de su hermano Cary, por

cierto. Unos platos muy raros que no le apetecían nada. Además, tampoco tenía hambre. Su intención no era quedarse a comer, sino beber aquella cerveza, pagar y marcharse. El camarero trajo su cerveza y la depositó con profesionalidad sobre el mantel. El taxista le devolvió el menú con una mueca de desinterés por la comida. El camarero lo recogió con gesto adusto de profesional que todo lo ha visto y todo lo comprende. Se sirvió cerveza en su tarro helado y bebió el primer trago. El camarero se retiró hacia algún lugar del restaurante y Elvis no volvió a verlo. Había pasado mala noche, se despertó con sueños agitados y le costó volver a conciliar el sueño. De manera paulatina se fue relajando, y la cerveza helada le ayudó a aplacar su ansiedad al mismo tiempo que el silencio sólido del restaurante y la gris penumbra reconfortante y fresca atemperaban sus sentidos y su ánimo. Dio una pestañeada que duró sólo un instante, y a continuación bebió otro trago. La siguiente pestañeada duró un poco más de tiempo, y cuando volvió a abrir los ojos descubrió que el restaurante estaba a rebosar. Miró con los ojos muy abiertos a su alrededor: el asiento que tenía enfrente seguía vacío, pero el Martino ahora se había llenado de parejas y familias que ocupaban con sus voces animadas todo el recinto. Personas de todas las edades, bien ataviadas, algunas mujeres con vestidos elegantes y hombres con traje y corbata. El camarero con rostro de lagarto y otros más se movían veloces entre las mesas con sus bandejas cargadas de bebidas y de platos franceses. ¿Cuánto tiempo había durado esa cabezada? ¿En qué momento habían entrado todos aquellos comensales sin que él pudiera advertirlo? Aún tenía medio tarro de cerveza y decidió apurarlo para pagar y marcharse. Quizá todavía eran buenos tiempos para

el Martino. Hizo una seña al camarero y volvió a tomar de su cerveza. La música que llegaba de alguna parte lo arrulló de nuevo, y sin querer cerró los ojos.

Volvió a abrirlos de repente, y entonces la descubrió frente a él. Alma Delia le sonreía con embeleso y cierta dosis de picardía. Reparó en que el restaurante estaba otra vez vacío, y entonces Elvis no entendió ya nada. Todos los clientes del Martino se habían retirado como habían aparecido, o acaso se trataba de que la fatiga y el alcohol le habían jugado una mala pasada. El camarero con cara de lagarto volvió a depositar la carta sobre la mesa.

—¿Cuándo llegaste? —le preguntó a ella.

—Hace sólo un minuto. Te miraba dormir.

—¿Viste salir a toda esa gente? —preguntó volviéndose a mirar hacia todas partes y examinar el restaurante vacío.

—¿Qué gente? —preguntó ella con sonrisa divertida—, si estamos solos, tonto.

—Pero hace un momento el restaurante estaba a reventar.

Ella se encogió de hombros.

—Sería antes. Cuando llegué ya no había nadie.

—¿A poco no?

—¿Cómo has estado?

—Pasé mala noche. Me siento un poco adormilado.

—Ya te vi. Me gustó verte dormir.

Elvis dudó antes de preguntar:

—¿Por qué volviste?

—Porque habíamos quedado ayer, ¿no te acuerdas?

—Sí me acuerdo. Pero no me refiero a ayer, sino a antes. ¿Por qué volviste... desde antes?

Alma Delia tendió su mano hacia él, y a Elvis no le quedó más remedio que depositar la suya sobre la de ella para jugar con la mano pequeña, cálida, latente... La sangre la recorría como el rumor de una balada céltica bajo la piel. Delia sonrió, enigmática, como una chiquilla que guarda un secreto.

—¿De veras que no te acuerdas?

Él movió la cabeza para negar y se le quedó viendo con cuidado. No cabía duda. Era Alma Delia, aquella muchachita con la que salió durante sus años de juventud. No había envejecido ni un ápice. La tarde anterior la había visto sin demasiado detenimiento. Creía que era la misma con unos años más, una buena dieta, un par de cirugías y una tabla de gimnasia. Ni más. La mujer que tenía delante de él no había envejecido ni un día durante más de treinta años, y ahora estaba allí, sola en un restaurante vacío, frente a él, sin más testigos que un camarero con cara de lagarto. Ella bajó la mirada con una sonrisa y también acarició con un dedo la palma de la mano abierta de Elvis.

—Hace mucho, mucho tiempo, habíamos quedado hoy aquí. No hoy, sino un día como hoy.

Elvis no dijo nada. Intentaba recordar algo, pero no podía. Por más que se sumergía en el petróleo espeso de su memoria no lograba extraer ni una gota de combustible para encender una antorcha.

—¿Sabes? —dijo Alma Delia—, tengo un secreto muy grande que contarte.

—¿Y por qué no me lo cuentas ahora?

Ella se encogió de hombros y respiró.

—No importa —la disculpó Elvis—, a lo mejor yo conozco tu secreto.

Elvis y ella entrelazaban las manos. Una calidez reconfortante se adueñó del cuerpo de él.

—¿Por qué no viniste a buscarme aquella tarde? —le preguntó Delia.

—¿Cuál tarde?

—Aquella, aquella tarde —repitió Alma Delia de forma significativa.

Acariciando su mano, Elvis se esforzó por recordar. Comenzó a correr con desesperación por los pasillos del laberinto de su memoria intentando encontrar un recuerdo que le ayudase a comprender, pero no fue capaz de dar con ninguno.



Al día siguiente, y al otro y al otro, Elvis regresaba al Martino. Poco a poco aquella reiteración en sus citas con Alma Delia le fue afectando más. Era como una noria que removía idénticas aguas. Todo giraba en torno a algo que ella no hizo y él tampoco, a un secreto que ella tenía y un secreto que tenía él. Se distanció por una corta temporada de los taxistas del sitio, de la cerveza en el Moridero y todo aquello que constituía su vida cotidiana. Incluso durante las noches con Aurora, antes de acudir a dormir, su atención se fue cubriendo con un velo de absentismo e indiferencia. Ni siquiera cuando Aurora le leyó unos fragmentos de una novela de Pedro Siller sobre la revolución, para un curso de Saberes al que asistía, él prestó mucha atención. Poco a poco Elvis fue teniendo cada vez más claro el secreto de ella, pero de manera extraña era incapaz de dar con el secreto que

se escondía en el fondo de su memoria, pertrechada tras algún rincón. Alma Delia había regresado de algún remoto lugar, y él acudía cada tarde a la misma cita. Comían algo, ella siempre pedía *escargots* y tomaba una copa de vino rosado mientras él se conformaba, la mayoría de las veces, con una cerveza y luego otra.

Un día acudió con el Pincho, que era incapaz de recordar más detalles sobre su prima, pero al menos le remitió con su hermana Teresa, que había sido más íntima de Alma Delia que él. Teresa habitaba una pequeña vivienda en Infonavit Casas Grandes. Era de hablar franco y por ello un poco bruta, una mujer obesa que había enflaquecido mucho. Tenía una pequeña peluquería instalada en su mismo hogar, aunque poco a poco había perdido a todas sus clientas porque se estaba quedando ciega. Usaba unas gafas muy gruesas, y a pesar de sus años era risueña e inocente como una chiquilla de doce años. De algún clóset del interior de un dormitorio extrajo una caja de cartón llena de fotos de los años ochenta.

—Sí, cómo no me voy a acordar de mi primita. Pobrecilla, no tuvo suerte en la vida.

—¿Cómo murió?

—No sé los detalles, pero se marchó de Juaritos muy sentida, al principio no quería acompañar a su familia, pero luego de pronto se animó. Tuvo que ver con una decepción muy grande.

—¿Una decepción amorosa?

—Sí. Ella me contaba que andaba con un chavo. A lo mejor hasta eras tú. Elvis... qué nombre más chistoso. Tu mamá tenía que tener gran sentido del humor. Ella me contaba que parecía un cantante, o algo tenía que ver con un cantante, o que cantaba en algún bar del centro. No me acuerdo.

Poco a poco de la caja comenzó a sacar fotos de tres décadas antes.

—Ayúdame a encontrar las fotos, ya casi ni veo.

Teresa extrajo fotos de distintas épocas y personas, pero en algunas, incambiada por los años, distinguió a Alma Delia. Como Teresa y ella habían ido juntas a la prepa, en algunas de aquellas fotos la vio vestida de colegiala. Un poco más abajo, Teresa encontró algunas fotos donde Alma Delia tenía veinte años.

—Esta se la tomamos en mi cumpleaños, cuando me casé con Toto. Él y yo nacimos el mismo día, y decidimos casarnos en nuestro cumpleaños. Delia y yo también éramos de la misma edad, y ésta fue de la última fiesta que nos vimos. Tenía veinte años cuando se marchó, y debía tener veintiuno cuando...

Teresa suspiró.

—Cuando la mataron —completó Elvis.

—El Pincho ya te contó. Fue en aquel cine, cuando entró un bato loco con una escopeta y acabó con un chingo de gente. Ella no quería irse p'al Chuco, decía que tenía una relación aquí que era muy importante. Con un chavo bien especial con quien se citaba muchas veces y al que conocía de la prepa. No te hagas, Elvis, seguro que eras tú, culero, y ahora vienes a que te suelte toda la sopa, cabrón, porque seguro te remuerde la conciencia.

Elvis tragó saliva, pero no contestó nada.

—Un día me dijo que ya estuvo, que había decidido irse con su familia a los Estates, que el chico con quien había quedado la dejó plantada. Que hicieron planes de boda para que sus padres no la obligaran a marcharse a los Estates. Iba a ser algo en secreto. Habían quedado en verse un día en un restaurante del centro para de

ahí irse al juzgado. Pensaban escaparse a Zacatecas, donde él tenía familia, donde sus padres no la encontrarán.

Elvis no reveló que tenía familia todavía en Zacatecas.

—Luego... Ella ya no quiso volver a buscarlo, y tampoco tenía tiempo, porque al día siguiente toda la familia se marchó al Chuco y no volví a ver a mi primilla. Pobrecita. Tan joven y tan linda. La enterraron de blanco porque no había conocido varón. Hay gente que tiene mala suerte en esta vida cochina.



Elvis se despidió con cariño de Teresa y prometió, sólo por amabilidad, volver algún día para saludar. Ya no necesitaba pensar mucho para saber que había sido él quien había citado a Alma Delia una tarde a la una en el Martino, pero nunca acudió a la cita. ¿Por qué no lo hizo? Recordó que en su juventud había andado con muchas morritas, que a Alma Delia la recordaba con ternura especial, pero no hasta el extremo de querer casarse. Si no acudió a la cita fue porque, en el fondo, ella no le había importado tanto. Era como una niña, después de todo, y en aquel tiempo él comenzó a andar de coscolino por aquí y por allí, a acudir a los téibols, a encamarse con alguna pirujita cuando apretaban las ganas de hembra. Alma Delia había sido otro cantar, una buena chica, una vecinita, recordó que habían salido más de una vez, que a manera de juego se habían besado, que acarició sus pechos en algún jardín durante alguna noche, que coquetearon, que ella quizá había abrigado ilusiones, que él no se hizo ninguna porque tenía otras hembras, porque era bien bule y bien chingón.

Quizá, si sus vidas hubieran tomado rumbos diferentes, si ella no se hubiese ido de Juárez, si él no hubiera volado tan pronto de la misma ciudad sin futuro y con maquilas, ellos se habrían casado. Elvis podía sospechar que en algún momento ella quiso llegar más allá, que le habló de los planes de partir de su familia, que ella no deseaba su rebanada de pan americano... Ya podía reconstruir todo aquello con ayuda de cuanto Delia misma le había insinuado en pasadas tardes en el Martino, con cuanto conocía por el Pincho y Teresa. Seguro que él, por mamón, se citó con ella en el restaurante nada menos que para casarse, así, por buena onda, pero él no apareció, cómo iba a aparecer, qué necesidad tenía él de casarse con veinte años, bien plantado como era, carita y buena voz, llamándose Elvis y con tupé bien chido. Luego le pediría perdón cuando se la topara por el barrio, al fin y al cabo sólo eran cosas de chavos, ¿verdad?

¿Y luego qué llegó? Sencillamente, Elvis dejó de ver a Alma Delia y ni siquiera pensó mucho en ella, ni la echó de menos ni acudió a su vieja casa a buscarla donde ella ya no estaría. Y luego le llegó subirse a un vagón del tren de la vida: cruzarse a El Paso de mojado, y saltar a Los Angeles para tentar el juego de Hollywood, hacer al fin tres o cuatro películas porno de serie zeta sin mucha fortuna, probar suerte en Las Vegas como doble de Elvis Presley, con quien compartía tantas cosas en común y hasta el nombre; y a continuación llegó Daisy Lou, aquella mujer de mediana edad que lo amaba con locura y a quien él trató tan mal, como el perro que fue cuando era joven, y llegaron los viajes por Europa con Daisy Lou, y llegó la vida, y la vida lo arrolló, y Daisy Lou lo expulsó de su lado, y fracasó en todo lo que se propuso, y al final, con treinta y tantos años, una vida vacía y una barriga cervecera mientras se quedaba calvo, sin el tupé del verdadero Elvis Presley,

y unos cuantos cientos de dólares, lo deportaron de Estados Unidos y arribó en Juárez, y con los dólares compró un carro y una licencia para manejar un taxi. Y comenzó a chofiretear en aquella ciudad a vuelta de rueda tras la muerte, siempre la misma muerte presentándose sin ser invitada con sus manzanas podridas en la fiesta de la vida. Y luego, con la amargura, sin rencor y en paz, llegó Aurora, y ella se convirtió en esperanza de lo poco que le quedaba de lo mucho que había creído que sería su deambular por la existencia cuando la juventud es toda promesa de una vida que empieza. Todo este encadenamiento de sentimientos y recuerdos y suposiciones le estrujaron el corazón, y entonces tuvo amagos intensos de llorar, y se marchó raudo hacia el Martino para ver a Alma Delia y pedirle perdón por su vida y porque había descubierto que su propio secreto era el reconocimiento de que él, sin maldad por su parte, había firmado la sentencia de muerte de Alma Delia muchos años antes, cuando lo vivido es breve y todo parece tener remedio, cuando el futuro parece escribirse sólo en el viento o en las aguas de cualquier riachuelo. Hasta que llegan las lluvias de los años perdidos y arrollan las ramas desprendidas de los árboles que flotaban inocentemente sobre un cauce que, de pronto, se vuelve caudaloso e incontenible. Y acaba con todo.



Eran de nuevo las dos de la tarde y habían pasado siete días. Elvis se personó frente a la puerta clausurada del Martino. Desde la semana anterior pasaba por allí cada tarde, pero la persiana metálica precintaba el local y no había manera de examinar el interior

ni por una rendija. Una semana antes había llegado al Martino y lo encontró cerrado por primera vez en aquellos largos días. Primero tocó con los nudillos en la puerta de vidrio, desde la cual no era posible contemplar su interior, y a continuación intentó escudriñar las tinieblas desde los ventanales. Por alguna razón el restaurante estaba cerrado y la entrada no le era permitida a nadie, pero él sabía que Alma Delia debía estar allí, como siempre había estado. Era difícil desentrañar el interior a través de la méndiga rendija que las cortinas encarnadas permitían sólo como atisbo de los secretos del restaurante encantado. Los gritos del sol, el hiriente reflejo de su luz sobre la vidriera, le impedían contemplar nada adentro. Cuando se acostumbró a la oscuridad del Martino, cuya opacidad ahora no permitía ser desentrañada, pudo distinguir algunas mesas y sillas, pero ningún movimiento de meseros ni de clientes. Él estaba convencido de que Alma Delia debía hallarse adentro, como seguro que allí permanecían todos los clientes que aquella tarde contemplara cuando, sin quererlo, se había asomado por un bucle temporal y entrevisto un momento del pasado que fue como pequeña llama en la oscuridad lacerante del presente. Volvió a la puerta y comenzó a tocar de nuevo sobre ella. Al principio de la calle, justo antes del puente internacional, había un convoy de militares, pero Elvis no lo vio porque su atención estaba retenida sólo por la idea de volver a entrar en el Martino. La angustia comenzó a ganarle, y comenzó a vociferar que le permitiesen la entrada antes de intentar abrir la puerta a la fuerza. Avisados por algunos comerciantes, cayeron sobre él los militares del convoy cuando intentaba arrojar contra la cristalera un tambo de basura de la calle. Enseguida se les unieron dos patrullas de munipas y

un furgón de la policía federal. Entre veinte o veinticinco macacos redujeron su ira, lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y al fin se lo llevaron a los calabozos, donde pasó el resto del día y el siguiente. Aurora había ocupado toda la tarde en una búsqueda desesperada de su marido, y al final, con la ayuda de Pocamadre, que tenía un compa en Previas, descubrieron que Elvis había acabado en el bote. Con algún contacto de Pocamadre, pero sobre todo por la presión que ejerció sobre los policías un profe de Derecho de la UACJ que estimaba a Aurora, Elvis pudo salir de prisión en la mañana de dos días después. A Aurora casi le salta el corazón por la boca cuando lo vio aparecer con el pantalón y la camisa hecha jirones, el rostro cárdeno y entumecido, hinchado de moretones todo el cuerpo y renqueante. No le pareció reconocer a su marido de tantos años, a ese hombre afable y tranquilo que se recogía con ella por las tardes a ver televisión, a escuchar música, a tomar un Pernod o una cerveza baja en calorías, a compartir lecturas de la escuela... Méndigos federales y militares de mierda, se dijo Aurora para sus adentros mientras ella lo dirigía al auto, putos gobernantes cagados en los pantalones... Para reducir a un simple taxista inofensivo sí que son valientes entre dos docenas.

Elvis no le quiso contar cuanto había pasado para que ella no pensara que había enloquecido. Tampoco le habló nunca de Alma Delia, ni de sus citas en el Martino. Una semana después, allí se encontraba de nuevo, frente a la persiana bajada que clausuraba su única esperanza de reencontrarse con Alma Delia. Aún no había conseguido reducir su hondo sentimiento de culpabilidad, esa sensación de epifanía con el gran secreto de la propia vida. Con el gran secreto de otra vida. A veces una persona desaparecida se convierte

en una idea, y la idea en un ideal, y entonces no hay ya más que dejarse arrastrar por la nostalgia o la fatalidad.

Harto al fin de estar frente al restaurante, se dirigió resuelto hacia el Kentucky para tomar una cerveza antes de partir. Al entrar en la solitaria cantina, cuya notoria decadencia ensombrecía todas las leyendas urbanas sobre su gloria antigua, pidió una cerveza en barra. Cuando el mesero se la entregaba contempló de refilón a dos o tres clientes que se apostaban del otro lado de la barra, y entonces lo reconoció. Era el mesero con cara de lagarto del Martino, aquel que durante los pasados días había atendido su mesa donde platificaba con Alma Delia. Con su cerveza en la mano se acercó a él con sigilo, pero éste no volvió la cabeza para mirarle. Tomaba alguna clase de zumo o de refresco en un vaso de tubo.

—Disculpe, buenas tardes. No sé si se acuerde de mí, de pasados días.

El mesero lo miró de refilón sin apenas ladear la cabeza.

—Sí, cómo no. Usted entró por un galón de agua y nosotros se lo llenamos con amabilidad.

—Gracias de nuevo —expresó Elvis con humildad, y fue directo al grano—. ¿Qué pasó con el restorán? ¿Está en obras?

El mesero lo miró de nuevo con displicencia antes de beber un corto sorbo de su vaso.

—Está cerrado. Definitivamente. Bueno, al menos por una temporada.

Elvis se agitó inquieto en el sitio.

—No tenían muchos clientes en los últimos tiempos, ¿no es eso?

—Apenas daba para vivir. Nosotros lo llevábamos como cooperativa, sin patrón alguno. Todos viejos, olvidados por la historia

reciente de la ciudad... Pero antes de que llegaran los federales y el ejército, al menos daba para vivir.

El mesero hizo un gesto de fatalidad, y tomó otro trago de su bebida.

—Tuvimos que cerrar por las extorsiones —reconoció—. Nos pedían una cantidad muy superior a lo que podíamos pagar. Mejor cerrar para salvar la vida. Ya vendrán tiempos mejores. Quién sabe. Quizá algún día. Si seguimos vivos para entonces.

Elvis maldijo de nuevo a las bandas de extorsionadores. Habían quemado y destruido muchos negocios, asesinado a muchos dueños.

—Lo siento mucho. Disculpe, ¿puedo hacerle otra pregunta?

El mesero asintió con la cabeza.

—¿Cuántos años lleva trabajando en el Martino?

—Hubieran sido cuarenta y un años el 7 de abril.

—Y en todo este tiempo... ¿no ha visto cosas raras?

—Más de las que quisiera recordar. Como todos los meseros de bares antiguos.

—¿Gente que aparece y desaparece?

—¿Como fantasmas? —preguntó el mesero con sonrisa irónica.

—Sí, como fantasmas, gente que viene y va —Elvis se sentía un poco avergonzado de su pregunta.

—Lo siento, no creo en fantasmas. Será por eso que no los veo.

—¿No ha vuelto a ver a la chica con que me juntaba estos últimos días?

—¿Cuál chica?

—Aquella chica con quien me sentaba a tomar y platicar. Usted atendía nuestra mesa.

El mesero guardó un silencio incómodo antes de responder.

—Me quiere confundir. Sabe que no había ninguna chica con usted.

—Cómo no. Nos atendió a la mesa. Nos traía consumiciones para los dos.

—Mire, son malos tiempos para la ciudad —respondió el camarero resuelto a zanjar de una vez por todas la conversación—. Usted llegó un día por un galón de agua, se lo dimos, usted volvió, se quedó a comer... Luego regresó, pedía todo doble, fingía o creía, eso no es asunto nuestro, hablar con alguien a la mesa. Usted fue el último cliente de una larga historia. Son malos tiempos para la ciudad, la avenida Juárez ya nunca volverá a ser lo mismo. Se veía usted buena persona, pagaba siempre... No era nuestro problema si usted hablaba solo mientras pagara la cuenta y fuera educado.

Elvis bajó la cabeza un poco avergonzado, y no respondió nada. Sólo musitó gracias y procedió a regresar a su lugar en la barra. Acabó su cerveza y se fue. Aquella noche se reunió de nuevo con Aurora para que ésta le leyera como a un niño algunos de los textos que compartían muchas noches, lecturas que ella encargaba a sus alumnos de Cultura y Sociedad Mexicana. Tampoco esa noche quiso revelar a Aurora las extrañas circunstancias que lo habían conducido a acabar hecho un despojo en un calabozo los pasados días, y ella no le preguntó nada. Confiaba ciegamente en él, y tenía la certeza de que, cuando él estuviese listo, se lo contaría todo sin ocultar nada. Tomó un libro que le entusiasmaba de Pedro Siller, pues había encargado unas lecturas suyas a sus alumnos, y comenzó a leer sin darse cuenta de que su marido temblaba por dentro al escuchar: “Lo demás es hoy recuerdos, lamentos, nostalgias, materia de sombras...”.

Son bellas las malditas

Pocamadre dobló con parsimonia a la izquierda después de abandonar a un cliente y ascendió por la Insurgentes rumbo a un puesto de tacos de buche entrevisto la noche anterior. Las agujas de todos los relojes marcaban casi la medianoche de una jornada en que el sol, rubio vikingo de fuego, había pasado el día vociferando desde la azul colcha del cielo. Había sido un día normal de fines de julio en Ciudad Juárez, uno de esos en que los termómetros marcan con facilidad los cuarenta grados y los ciudadanos hierven dentro de las oficinas, los coches o las ruterías populosas que se extienden por la telaraña vial de la ciudad. Aquella noche sería digna cónyuge de aquel día mortificador y sudorífero: un cielo de chapopote, sin rastro de luna ni sospecha de estrellas, envolvía la ciudad con su manto opaco de sudor viejo y cansancio acumulado. Daba la

impresión de que el mismo cielo se mostrara fatigado de seguir colgando en vano del firmamento.

A falta de aire acondicionado, Pocamadre viajaba con los cristales bajos a la espera de que el aire acondicionado hiciese su trabajo. Era una vieja broma entre taxistas de la ciudad: bajaban los cristales del auto y esperaban que se refrescara a condición de que la brisa soplase para atravesar el auto en movimiento, remontando las calles de la ciudad que se cocía en su propio jugo. Aire acondicionado, lo llamaban. Mala noche para las clemencias del clima, se dijo Pocamadre: no había ni la más mínima brisa, y a su paso el taxi sólo era capaz de remover espesas masas de aire que golpeaban como puños el rostro peludo y simiesco de Pocamadre.

Fue cerca de la Reforma y 2 de abril, a dos cuadras del puesto de tacos, cuando vio, entre la luz patibularia de pocas farolas, que un individuo le hizo el alto con la mano. Pocamadre consultó su reloj y comprobó que acababan de marcar las doce de la madrugada. Se dijo que estaba bien, que al fin y al cabo el día no había sido demasiado productivo y que no le vendría mal un viajecito para rematar la noche, celebrarlo con unos tacos de buche regados con un par de barrilitos, y al catre. Aminoró la marcha del auto y se aproximó hacia el individuo para examinarlo con mayor detenimiento. Se trataba de un bato de mediana edad y más bien calvo. Le pregunto si va muy lejos, se dijo Pocamadre, y si no me sale muy largo el viaje lo arrimo y me saco de perdís ochenta o cien pesos. Sin embargo, Pocamadre calculó mal los tiempos del individuo, y antes de que el taxista pudiese preguntar nada, el cliente nocturno abrió a toda prisa la puerta derecha del auto y se introdujo como si le anduviera llegar cuanto antes al retrete. Pocamadre lo contempló con suspicacia en el espejo

retrovisor: individuo de mediana edad, con el rostro empapado en sudor por las altas temperaturas. Los párpados a media asta y unos cuantos mechones de cabello gris daban a su semblante un aspecto demacrado.

—Póngase en marcha, aprisa —expresó el individuo con acaloramiento.

—¿Dónde va? —preguntó Pocamadre con suspicacia.

—Al centro, rápido. No pierda tiempo.

—¿Qué parte del centro?

El individuo hizo una mueca de dolor y se echó mano al vientre. Casi pareció doblarse.

—¿Gastritis? —quiso saber Pocamadre mientras se disponía a dar media vuelta para enfilarse al centro de la ciudad.

—No, cabrón, es la pinche panza —susurró el tipo entre quejidos—... la traigo llena de plomo.

Pocamadre intentó escrutar más allá de su rostro y su cuello, pero la iluminación precaria de las farolas le impidió analizarlo mejor. Se puso a la defensiva. Había querido terminar la noche lo antes posible, echar unos tacos y retirarse a su nicho para descansar hasta el próximo amanecer. Ahora le llevaba el demonio que el fulano lo hubiera pillado desprevenido antes de preguntar a dónde se dirigía.

—¿Qué parte del centro? —volvió a preguntar Pocamadre receloso de problemas. Enfiló su taxi a través de la calle Panamá para alcanzar cuanto antes la 16 de septiembre.

—Voy a un antro de la zona centro —musitó quejumbroso el cliente imprevisto—. Puede dejarme en la puerta del Reina de la Noche.

Pocamadre había estado un par de veces en el Reina de la Noche. Se trataba de uno de los garitos típicos de aquella zona, lleno de borrachos y vaqueros de medio pelo en los que un tropel de chicas de buenas proporciones, muchas de ellas estudiantes y no pocas menores de edad, bailaban alrededor de una barra y después, de manera más o menos velada, se retiraban con algunos clientes a las entrañas de los hoteles cercanos. Había estado varias veces, y en cierta ocasión conoció allí a una chava a la que tuvo que defender de un padrote y con quien acabó pasando la noche. Por lo demás, nunca había acudido solo al Reina sin un patrón que le invitara los tragos, ya que, teniendo en cuenta la escasa economía de un taxista en una ciudad donde casi nadie toma taxis, el Reina estaba más allá de lo dispuesto a pagar por unas horas de tragos y taco de ojo.

—Más aprisa, compa, tengo que llegar a tiempo, antes que...
—el cliente bufó entonces como si desfalleciera, pero enseguida recobró la compostura y clavó los ojos grises en el espejo retrovisor. Por unos instantes sus ojos se clavaron en los del taxista.

La iluminación de una tienda de informática que mantenía las luces prendidas durante toda la noche permitió a Pocamadre examinar con mayor cuidado a su cliente. Los cabellos grises, alborotados y caídos en mechones sobre su frente, le hacían un pobre favor al tipo, de por sí poco agraciado y en los peores momentos de una mediana edad muy traqueteada. Era normal, lo supo enseguida Pocamadre, que los ojos le bailasen como pelotas locas en las cuencas y la boca se le torciera cayendo hacia los lados como si se la hubieran dibujado a cuchillo sobre la jeta. No tardó en darse cuenta de que el tipo ostentaba una inmensa mancha de sangre que le bajaba del pecho y llegaba a la cintura como si se tratase de un plato humano de macarrones a la

boloñesa. Entonces Pocamadre no temió tanto por la vida del cliente como por los estragos que pudiera ocasionar sobre la tapicería del carro la sangre del individuo, y se volvió a él muy agitado:

—¡Oiga, usted está herido! ¡Adonde debo llevarlo es a un hospital, no a un antro!

—Cállese, cabrón —sentenció echándose mano al interior del bolsillo de su pantalón; Pocamadre creyó que el bato iba a sacar una pistola, pero en vez de eso enseñó frente a él un buen fajo de dólares, se inclinó adelante como pudo y los ostentó un momento delante de las narices del taxista.

—No quiero broncas con la polecía ni con naiden —expresó Pocamadre de manera conciliadora—; si no llega a un hospital se puede morir aquí dentro, y pa' mi chinga, ¿no? ¡Pues nel pastel!

—Mira, mi amigo... ¿Ves toda esta lana? Yo ya valí, así que no la quiero para nada en casa. No tengo hijos a quien dejársela, ni esposa... Tenía una morrita, pero la muy pinche no verá ni un cinco de esta lana —el cliente volvió a agitar el fajo de dólares para que el taxista lo escuchase con interés—. Catorce mil doscientos varos es lo que traigo acá, cuate... Te doy ahora mismo dos mil por el viaje y el resto por las molestias, lo que cueste limpiar la sangre de los sillones y toda la madre —el fulano revisó con rapidez los billetes y los arrojó sobre el asiento del copiloto, casi por encima del hombro de Pocamadre—. Llévame al Reina de la Noche y estacionate enfrente, compa, de preferencia donde esté menos iluminado, pero que yo pueda ver bien hacia la puerta, ¿entiendes?

Pocamadre asintió en silencio y cuando se prendió la luz verde reanudó el viaje hasta el Reina de la Noche. El centro de Juárez se hallaba despoblado de viandantes por ser noche de martes y los pocos

autos con que se cruzaban intentaban llegar con el mismo sopor de esa noche tórrida y espesa hacia donde se dirigieran, quizá hacia colonias perdidas en los cerros, donde la verdad pintada de una biblia de piedra insiste con su mensaje de servidumbre y resignación. Pocamadre sintió que la temperatura ascendía a medida que se aproximaba hacia el antro. De vez en cuando echaba miradas sobre su hombro y contemplaba al cliente, que se había recostado sobre la espalda del asiento con los ojos entornados, como si durmiera, pero sin atreverse a cerrarlos del todo. Quizá temía no volver a abrirlos. Como quiera que fuese, apretaba en el interior de la mano derecha el otro fajo de dólares, y sólo emitió un gemido de alivio cuando el taxi se detuvo en la calzada opuesta al Reina de la Noche, en la salida de un callejón mal iluminado desde donde poder atisbar sin ser visto ni levantar sospechas.

—¿Ve bien desde donde estamos? —preguntó Pocamadre mientras se hacía el distraído y recogía el fajo de dólares con su mano peluda. Pudo entrever y sentir que eran un chingo en billetes de cien y cincuenta, pero no era momento de contarlos.

El individuo asintió con la cabeza, reprimió un gemido de dolor y tomó aire antes de hablar.

—Escucha bien lo que tengo que decirte. Te he dado una buena lana por traerme hasta aquí, y si haces todo lo que te digo, esto que guardo en el puño también será tuyo. Es más o menos la misma feria, así que esta noche podrás volver a casa con un buen chivo para tu vieja y los niños...

—Está muy fea esa herida, señor... Se va a quedar pajarito acá dentro si no hace nada.

—Ese no es tu problema, cuate. Mira, hasta aquí llegué yo. Me llenaron la panza de plomo y con lo que traigo encima no hay quien me salve, así que no quiero perder mi tiempo muriéndome como un perro en la sala de espera de un mugre hospital. ¿Lo captas? Prefiero morirme aquí mirando, acabar ahora en el sitio donde todo empezó.

—¿Qué quiere que haga?

—Dime primero la hora.

Pocamadre consultó su reloj sin perder de vista al individuo por el espejo retrovisor.

—Quince para la una —respondió—. Ya queda poco para que cierren los antros.

—Que eso no te quite el sueño, compa. No vinimos a tomar tragos, aunque uno ahorita no me vendría mal.

Pocamadre guardaba una pequeña petaca de tequila Orendain en la guantera del taxi, pero ni loco se le hubiera ocurrido ofrecérsela a aquel pinche moribundo. Los balaceados en el estómago mueren vomitando la sangre, los higadillos y hasta la leche que mamaron de las tetas de sus madres, y no quería quedarse sin su magra ración de pisto para cuando la jornada laboral concluyese.

—¿Tienes un cigarro, compa?

Pocamadre extrajo un Delicados del bolsillo de su camisa y se dio media vuelta para tenderse. Estaba hecho un cristo el cliente. Parecía un caperucito. No había duda de que el lobo feroz se lo había chingado bien gacho, a conciencia.

—Gracias, tengo fuego —el cliente sacó de algún lado un encendedor marca patito y encendió su cigarro; expulsó la primera bocanada con alivio de moribundo, como los que mueren como

héroes fumando en las películas de guerra—. Disculpa, no pregunté si estaba permitido fumar.

—No se aflija, al cabo un día es un día —Pocamadre extrajo otro alacrán para él y se lo llevó a los labios. Lo encendió y el reflejo de la llama se proyectó sobre el espejo retrovisor, y éste sobre la sonrisa jodida pero satisfecha del cliente.

—Eso quiere decir que ella sale dentro de quince minutos, todo lo más.

—¿Ella?

—La morrita de quien te hablaba antes, compadre. La que ya no olerá más el olor de mi dinerito.

Sobre todo los que guardo en el bolsillo, pinche puto —pensó para sus adentros Pocamadre, pero sólo expulsó el humo del cigarro con determinación por las fosas nasales.

—Tres balazos me metió el padrote que la chulea hará cosa de un par de horas. No sé ni cómo llegué vivo hasta aquí, pero ya no importa. Sé que de ésta no salgo. Por ahí anduve dando vueltas por las calles hasta que vi tu taxi. ¿No quiere saber cómo va la historia?

—En realidad tuve un día muy largo, ¿sabe? Cuando lo recogí iba a echarme un taco para luego buscar la guarida. Me levanto muy temprano. La pinche vida de taxista es bien jodida y a veces uno no saca más que para tortillas y frijoles.

Pocamadre sabía que el individuo no lo estaba escuchando. Las tortillas y los frijoles se la traían floja al puto. Era su gran momento, se despedía de la vida y aquel pinche chango blanco que manejaba un taxi no le iba a arruinar su adiós al mundo.

—Cuando me quede frito, échate unos tacos a mi salud. Yo la conocí aquí mismo hará un par de semanas, en el Reina de la Noche.

Una chava de diecinueve, morena clara, con un cuerpo de los que hacen correr la leche y la lana... Y la sangre, compadre.

Pocamadre gruñó mientras el tipo empezaba a contar su historia.

—Total, para no hacerla muy larga, el padrote estaba en la cárcel... Un narquillo de los que ahora hay miles por Juaritos, el compadrito de uno de los que hoy parten el queso. Un par de veces me cogí a la chava, un par de veces la saqué a cenar y nos vieron juntos. Mala cosa.

—¿Y ahora?

—El tipo salió de la cárcel y fue a buscarme. Yo, pendejo de mí, ya estaba sobre aviso. Ni llegamos a enfrentarnos. Llegué a mi casa, salí del carro y el tipo salió de una van con vidrios polarizados. Me preguntó, ¿tú eres fulano de tal? Yo dije que sí, sacó la pipa y me cantó el madredeus...

—¿Y no pensó en correr mejor a un hospital? Mala cosa es morirse por un culo de diecinueve y un par de meneos...

—Con tres plomazos en el estómago, aunque sean mal dados como éstos, no hay cristo que se salve. No, compadre, prefiero venir aquí, a la puerta del garito, y verla salir a la una, como acostumbra. Mejor morir aquí viéndola a ella que en un sucio hospital en la camilla de un pasillo mientras las enfermeras se roban mis dólares y hasta se quedan con mis calcetines para venderlos en un mercado de pulgas.

El individuo cerró el pico. Apuró su cigarro y lo tiró por la ventanilla. El rostro lo traía empapado y la mirada casi se extinguía en sus ojos febriles, pequeños ya como los de un ratón asustado al verse preso en una trampa por haber querido comerse un rico trozo de queso.

—Mi segunda esposa no me dejaba fumar en casa, pero yo siempre supe que no me mataría el cigarro —dijo, y resopló antes de callar por un buen rato.

De la puerta del antro comenzaron a salir algunos individuos, algunos tocados con su sombrero vaquero que procedían de los ranchos y buscaban en Juárez vender sus quesos y sus manzanas y luego pasar una noche de jarana en la ciudad llena de veleidades. Un par de individuos gordos y altos como torreones con gafas oscuras precedieron a una pareja de jóvenes. Uno de ellos era un tipo de veintipocos años, vestido con ropa de marca y botas vaqueras de piel de avestruz. Pocamadre las reconoció porque tenían el diseño de un conocido fabricante de la ciudad, próximo al Mercado Juárez. La seguía una muchacha alta, morena clara, con la melena suelta. Pocamadre casi podía oler el perfume de sus jabones de baño, la colonia que había emborrachado su pelo. Su piel, un poco sudorosa por los ratos de baile entre el gentío del Reina de la Noche, brillaba extrañamente a la luz de las farolas y llenaba la calle con su presencia como una maldición.

—Son bellas las malditas, compadre... —fue lo último que Pocamadre oyó decir al cliente antes de enmudecer del todo. Examinó sus facciones a través del retrovisor. Se le dibujó en el rostro una de esas sonrisas de sabiduría que la vida pinta al final en la cara de quienes menos han sabido, y guardó silencio mientras contemplaba con arrobamiento moribundo a la muchacha. Ella pareció mirar con atención en todas direcciones, e incluso en una ocasión analizó con desconfianza el taxi que aguardaba en la oscuridad, pero al fin no prestó mayor atención al advertir que dos más se estacionaban en la calle para recoger a algunas de las nenas que esa noche no tenían plan y se dirigirían directas a casa. Al fin, la chica se marchó con su

joven amigo en el coche que conducía uno de los dos gordos como torreones, y en un momento determinado Pocamadre supo que el cliente inoportuno no hablaría más. Se dio la vuelta para examinarlo, comprobó que se había quedado frito con los ojos muy abiertos, casi todavía posándose sobre las curvas de la mujercita, y se maravilló de la lucidez que hasta el final había mostrado aquel individuo que prefirió morir de esa manera.

No se dio tiempo Pocamadre para ponerse sentimental. Arrancó de la mano del muertito el paquete de billetes y contó otra feriotota: trece mil ciento y pico dolarucos. No estaba mal para hacer de confesor a altas horas de la noche. Puso en marcha el auto, dio varias vueltas por el cercano barrio de La Pila, y en un jardín oscuro rodeado de viviendas que habían conocido tiempos mejores, tuvo mucho cuidado en dejar abandonado el cadáver del cliente sentado en un banco para que lo encontrasen bien pronto por la mañana. Había sido un buen cliente, se dijo mientras palpaba en su bolsillo los fajos de billetes, que acomodó lo mejor posible para que no se resbalaran. Entonces se acordó de la maestra Trini. Con cuidado de no hacer mucho ruido, se sumergió de nuevo en la noche de Juárez y elevó un ruego a Dios; no por el alma triste del difunto, sino porque el puesto de tacos de buche todavía estuviera abierto a esas horas de la madrugada.

Índice

- 11 Un grito en la madrugada
- 19 Día de campo
- 33 El precio de una vida humana
- 45 Guacanieve
- 53 Los ojos de la ciudad
- 65 El laurel del sol
- 91 La isla de los bienaventurados
- 111 Nadie baja vivo de la cruz

129 La cabellera de Verináis

149 Simbiosis

185 Son bellas las malditas



A vuelta

de rueda tras la muerte,

de Ricardo Vigueras, se terminó de imprimir en XXXXXXXX de 2014, en los talleres gráficos de XXXXXXX XXXXXXX XXXX., ubicados en XXXXXXX XXXXXXX XXXX XXXXXXX XXXXXXX XXXX XXXXXXX XXXXXXX XXXXXXXXXXXXXXXX. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación y supervisión en imprenta: Juan Carlos Cué. Portada: Iván Jiménez Mercado. Cuidado de la edición: Christian Ordóñez Bueno, Delfina Careaga y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

